

Mas el justo por la fe vivirá

FAITH EVIL

31 Principios de Fe

Bruce R. Edwards

31 PRINCIPIOS DE FE

“El justo por la fe vivirá”

Bruce R. Edwards

31 principios de fe

Derechos de autor © 2023

por Bruce R. Edwards

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo.

No se puede reproducir ni utilizar de ninguna manera.
sin el permiso expreso por escrito del editor
excepto el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Impreso en los Estados Unidos de América

Primera impresión, 2023

ISBN 979-8-24204-581-1

www.pastorbruce.com

Contenido

Prefacio	Página V
Introducción.....	PáginaVII
Principio 1 A vosotros según vuestra fe	Página 1
Principio 2 Vivir por fe	Página 6
Principio 3 Cómo vivir por fe	Página 9
Principio 4 Cómo desarrollar tu fe.....	Página 12
Principio 5 Maneras de Fortalecer tu Fe.....	Página 18
Principio 6 Aprendiendo a confiar en Dios.....	Página 23
Principio 7 ¿Qué es la verdadera fe?.....	Página 27
Principio 8 Poner la fe en acción.....	Página 32
Principio 9 Gracia y Fe.....	Página 36
Principio 10 No sobreestimes tu fe.....	Página 39
Principio 11 Enemigos de la fe	Página 42
Principio 12 Aditivos de la fe.....	Página 57
Principio 13 La fe como un grano de mostaza.....	Página 70
Principio 14 Fe que mueve montañas.....	Página 77
Principio 15 La fe de Thomas Kind y Abraham Kind.....	Página 81
Principio 16 La fe versus la necesidad y la presunción.....	Página 84
Principio 17 La fe da la victoria.....	Página 88
Principio 18 Cómo funciona la fe.....	Página 91
Principio 19 La llave que abre la fe.....	Página 94
Principio 20 Fe inquebrantable	Página 98
Principio 21 Fe y paciencia	Página 101
Principio 22 La fe es ahora	Página 104
Principio 23 La Esperanza – Preludio a la Fe	Página 106
Principio 24 Espíritu de Fe	Página 109
Principio 25 Fe Especial	Página 115
Principio 26 Pensamiento correcto	Página 118
Principio 27 Jesús es el autor de nuestra fe.....	Página 121
Principio 28 La fe agrada a Dios.....	Página 124
Principio 29 La fe comienza donde se conoce la voluntad de Dios.....	Página 127
Principio 30 Contendid por vuestra fe.....	Página 133
Principio 31 La fe nunca se rinde.....	Página 140
Reflexiones finales.....	Página 143
Versículos de fe	Página 150

Prefacio

La fe. Es la piedra angular de la vida cristiana, el puente entre las promesas de Dios y las realidades que experimentamos. Después de más de 40 años en el ministerio, puedo afirmar con seguridad que el mensaje de la fe no es solo una idea inspiradora, sino una verdad transformadora. Los principios de la fe han moldeado mi vida, han sustentado mi ministerio y me han permitido presenciar el poder de Dios una y otra vez.

Este libro, 31 Principios de Fe, es el resultado de décadas de aprendizaje, crecimiento y caminar con Dios. A lo largo de los años, he tenido el privilegio de escuchar las enseñanzas de algunos de los hombres y mujeres de fe más destacados de nuestro tiempo. Sus perspectivas, combinadas con las lecciones que Dios me ha enseñado a través de su Palabra y mi experiencia personal, han enriquecido profundamente mi comprensión de cómo funciona la fe. Ahora, tengo el honor de compartir estas verdades con ustedes.

La fe es la manera de ser salvo. La fe es la manera de recibir cualquier promesa de Dios. De hecho, la Biblia nos dice que vivamos por fe no una, ni dos, sino cuatro veces, en cuatro libros diferentes de la Biblia, que abarcan tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. Esta repetición subraya la importancia de la fe en la vida de cada creyente. Vivir por fe no es una sugerencia; es un mandato divino, un llamado a confiar en Dios en cada aspecto de la vida y a creer que su Palabra es verdadera.

En 31 Principios de Fe, comparto 31 lecciones extraídas de la Palabra de Dios. Estas lecciones están diseñadas para inspirarte y desafiar a desarrollar tu fe y a vivir por fe, no por vista. Cada principio es un pilar fundamental que te capacita para vivir una vida victoriosa basada en la confianza en Dios. Ya sea que apenas estés

comenzando tu camino de fe o que lleves años caminando con el Señor, estas lecciones te animarán a crecer más y más fuerte en tu fe. Fe. El mensaje de fe puede cambiar tu mundo. Por medio de la fe, lo imposible se vuelve posible. Por medio de la fe, accedemos a los recursos del cielo. Y por medio de la fe, vivimos la vida abundante.

Jesús lo prometió. Mi oración es que, al leer este libro, te inspires a creer en la Palabra de Dios, a creer en sus promesas y a experimentar su poder en tu vida.

Prepárate para emprender un viaje que profundizará tu relación con Dios y transformará tu vida. La fe no es solo un concepto para comprender; es un principio para vivir. Al estudiar estas lecciones, que tu fe crezca, tu corazón se anime y tu vida cambie para siempre.

CITAS DE FE

"Nunca tengas miedo de confiar un futuro desconocido a un Dios conocido." — Corrie ten Boom

La fe no elimina las preguntas. Pero la fe sabe adónde llevarlas. — Elisabeth Elliot

"Cualquier fe que deba respaldarse con la evidencia de los sentidos no es fe verdadera." — A. W. Tozer

«La fe es dar el primer paso incluso cuando no ves toda la escalera». — Martin Luther King, Jr.

"El mayor legado que uno puede dejar a sus hijos y nietos no es el dinero ni otras cosas materiales acumuladas a lo largo de la vida, sino un legado de carácter y fe." — Billy Graham

“La fe es la confianza sólida e inquebrantable en Dios, que se basa en la certeza de que Él es fiel a sus promesas.” — David Jeremías

Introducción

Agradezco la bondad y la misericordia de Dios en mi vida. El mensaje de fe ha sido un ancla en mi vida y mi ministerio. Recuerdo las muchas maneras en que la fe ha moldeado profundamente mi vida, guiándome tanto en la calma como en las tormentas. La fe ha sido más que un simple concepto o creencia; ha sido el ancla firme que me ha mantenido firme, incluso cuando el mundo a mi alrededor parecía sumido en el caos.

Hubo momentos en que el camino por delante parecía incierto y no sabía adónde ir. Fue en esos momentos que aprendí a confiar no en mi entendimiento, sino en las promesas de Dios. Una y otra vez, he visto cómo confiar en Él abre puertas que jamás imaginé, llevándome a oportunidades y bendiciones que no podría haber orquestado por mi cuenta. A través de la fe, he descubierto que no soy solo un espectador en la vida; soy un participante activo en el gran plan de Dios, en una posición única para marcar la diferencia.

Este mensaje de fe cambió e influyó radicalmente en mi vida de maneras importantes. La fe ha impactado mi matrimonio, mi familia, mi ministerio y mi vida de maneras positivas y eternas. Estoy sumamente agradecido con quienes han infundido la Palabra de Dios en mi vida y me han guiado en mi camino de fe. Son muchos los que han sembrado semillas de aliento, gracia y misericordia en mi vida. A todos, les estoy eternamente agradecido.

Esta constatación me ha inspirado a contribuir de forma significativa. He sentido un profundo llamado a compartir lo que he aprendido sobre la fe, para ayudar a otros a descubrir la misma fuerza y paz que me ha ayudado a superar esta

situación. Con esto en mente, me entusiasma compartir este libro de breves enseñanzas sobre la fe. Estas enseñanzas son...

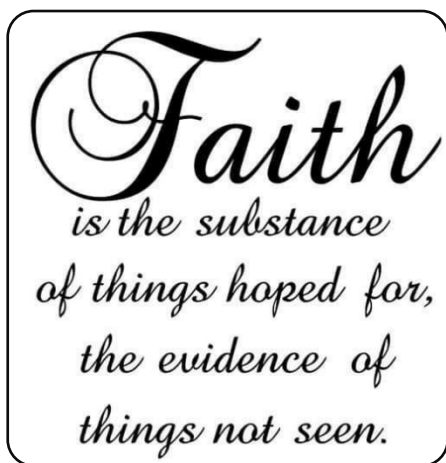
Reflexiones sencillas y sinceras sobre el poder de la fe y cómo puede transformar nuestras vidas.

Espero que, a través de estas enseñanzas, otros se animen a abrazar su propio camino de fe, a confiar en el plan de Dios para sus vidas y a ver cómo Él obra de maneras que tal vez ni siquiera se den cuenta. Creo que cuando compartimos nuestras experiencias y perspectivas, creamos un efecto dominó que puede impactar vidas mucho más allá de la nuestra.

Gracias por tomarse el tiempo de leer esto. Puede usar este libro como devocional, meditando en cada principio de fe. Le animo a escribir notas en los márgenes y en los espacios al final de algunos capítulos. Estoy ansioso por ver cómo Dios usará estas enseñanzas para inspirarlo y animarlo a usted y a los demás.

Con gratitud y anticipación,

Pastor Bruce



Principio 1

Hecho en vosotros según vuestra fe

Se cuenta la historia de unos ángeles. Estos ángeles acudieron a Dios para preguntarle qué quería que hicieran en respuesta a la oración de un cristiano que le pedía una bendición.

Los ángeles le preguntaron a Dios: "¿Cuánto quieres bendecirlos?". Dios les preguntó: "¿En qué depositó su fe?". Los ángeles respondieron: "Envío su fe en un dedal". Dios dijo: "Pues bien, llena el dedal de bendiciones y envíaselo de vuelta. Conforme a su fe, que le sea hecho".

De nuevo, los ángeles se acercan a Dios y le dicen: «Dios, hay otro de tus hijos que te pide bendiciones». El Padre vuelve a preguntar: «¿Y en qué envió su fe?». Los ángeles responden: «Envío su fe en un gran barril». Con una sonrisa, el Padre dice: «Llena el barril de bendiciones y devuélveselo. Conforme a su fe, hágase en él». Esta historia contiene una poderosa lección sobre la fe que debemos aprender.

“Sea hecho en vosotros conforme a vuestra fe” es una profunda verdad bíblica que se entrelaza con el ministerio de Jesús y toda la estructura de las Escrituras. Esta declaración se basa en Mateo 9:27-30, donde dos ciegos se acercaron a Jesús clamando por sanidad. Jesús les preguntó: “¿Creen que puedo hacerles ver?”. Su respuesta, “Sí, Señor, creemos”, se convirtió en el catalizador de su milagro. Jesús entonces dijo: “Sea hecho en vosotros conforme a vuestra fe”, y recuperaron la vista. Esta historia no solo demuestra el poder de la fe, sino que también revela la responsabilidad que tienen los creyentes de recibir las promesas de Dios.

El principio de la fe en las Escrituras

La fe es un tema recurrente en las enseñanzas y el ministerio de Jesús. Una y otra vez, destacó el papel de la fe para acceder a las promesas de Dios:

1. **La mujer con el flujo de sangre (Marcos 5:25-34):**Tras sufrir doce años, esta mujer tocó el borde del manto de Jesús, creyendo que sanaría. Jesús confirmó su fe, diciendo: «Hija, tu fe te ha sanado. Ve en paz y queda libre de tu sufrimiento». Su fe la conectó para recibir el poder sanador de Dios.
2. **El siervo del centurión (Mateo 8:5-13):**Un centurión romano demostró una fe extraordinaria, creyendo que Jesús podía sanar a su siervo con solo una palabra. Jesús se maravilló de su fe y declaró: «¡Ve! Se hará tal como creíste».
3. **Bartimeo, el mendigo ciego (Marcos 10:46-52):**Cuando Bartimeo clamó a Jesús pidiendo misericordia, Jesús le preguntó: “¿Qué quieres que haga por ti?”. Bartimeo respondió: “Quiero ver”. Jesús le dijo: “Ve, tu fe te ha sanado”, y al instante Bartimeo recuperó la vista.

Estos relatos revelan una verdad consistente: si bien el poder de Dios es la fuente de los milagros, es la fe la que activa y recibe lo que Él ya ha puesto a disposición.

La fe: la clave para recibir las promesas de Dios

Toda promesa de Dios se cumple según nuestra fe. Hebreos 11:6 declara: «Sin fe es imposible agradar a Dios». La fe no es un intento de manipular a Dios, sino una alineación con su Palabra y su voluntad. Dios ya nos ha provisto todo lo que necesitamos por medio de Jesucristo. Como declara 2 Pedro 1:3: «Su divino poder nos ha concedido todo lo que necesitamos para una vida piadosa, mediante el conocimiento de él». La obra está terminada; nuestro papel es creer y recibir.

Dios responde a la fe, no sólo a las necesidades

Dios no se conmueve principalmente por nuestras necesidades, aunque se preocupa profundamente por nosotros. El mundo está

llo de dolor, pobreza y sufrimiento; sin embargo, la intervención milagrosa de Dios a menudo depende de la fe. Esta verdad no disminuye la compasión de Dios, sino que resalta su orden divino. Por ejemplo, en Lucas 4:25-27, Jesús señaló que, si bien existían muchas viudas y leprosos en tiempos de Elías y Eliseo, solo quienes actuaban con fe recibían milagros.

La fe no niega nuestra dependencia de Dios; al contrario, la magnifica. La verdadera fe reconoce que separados de Él, nada podemos hacer (Juan 15:5). Sin embargo, con fe, «todo es posible» (Marcos 9:23).

La fe honra a Dios y Dios honra la fe

La fe es una demostración de confianza en Dios y su Palabra. Implica creer, hablar y actuar conforme a lo que Dios ha dicho. El "espíritu de fe" descrito en 2 Corintios 4:13 dice: "Creí, por lo cual hablé". Esta tríada de creer, hablar y actuar libera el poder de Dios en nuestras vidas.

Por ejemplo, en Santiago 2:17, aprendemos que «la fe sin obras está muerta». Los ciegos de Mateo 9 no esperaron pasivamente la sanación; buscaron activamente a Jesús, proclamaron su fe y recuperaron la vista. De igual manera, la mujer con el flujo de sangre se abrió paso entre la multitud para tocar el manto de Jesús. La fe no es pasiva; es activa e intencional.

La fe se alinea con la obra terminada de Dios

El Evangelio se centra en Jesús y en lo que ya ha logrado por nosotros. En la cruz, Jesús declaró: «Consumado es» (Juan 19:30), lo que significa la culminación de su obra redentora. La sanidad, la provisión, la salvación y la liberación ya están disponibles mediante su sacrificio. La fe nos alinea con esta obra consumada, permitiéndonos recibir lo que la gracia ha provisto.

Efesios 2:8 nos recuerda: «Porque por gracia sois salvos mediante la fe; y esto no de vosotros, sino que es don de Dios». La gracia es la parte de Dios; la fe es nuestra respuesta. Este principio se aplica a todos los aspectos de nuestra vida.

La responsabilidad de la fe

Si bien Dios es la fuente de toda bendición, tenemos la responsabilidad de creer, hablar y actuar con fe. Esta responsabilidad no significa esforzarnos con nuestras propias fuerzas, sino confiar en la guía y el poder del Espíritu Santo. Filipenses 2:13 nos recuerda: «Porque Dios es quien en ustedes produce así el querer como el hacer, para que se cumpla su buena voluntad».

Sea cual sea tu necesidad —sanidad, provisión, paz o dirección—, Dios ya la ha provisto. La clave es creerlo, expresarlo y recibirlo por fe. Las palabras de Jesús a los ciegos siguen vigentes hoy: «Según vuestra fe os será hecho». Confiemos en su Palabra y vivamos en la plenitud de sus promesas, sabiendo que la fe honra a Dios, y Dios honra la fe.

Aquí está el trato

Dios ya nos ha provisto todo lo que necesitamos. Cuando creemos y ejercitamos nuestra fe, recibimos lo que Dios ya ha puesto a nuestra disposición. El Evangelio se centra en Jesús y en lo que él ha logrado por nosotros. La fe no consiste en manipular a Dios, sino en alinearnos con lo que él ya ha hecho.

La fe honra a Dios y su Palabra, y a su vez, Dios honra nuestra fe. La fe implica creer, hablar y actuar conforme a su Palabra; es la esencia de vivir por fe. Cuando desatamos el espíritu de fe en nuestras vidas, Dios se compromete a cumplir su Palabra y a asegurar que sus promesas se cumplan.

Entonces, ¿qué necesitas? Sea lo que sea, Dios ya lo ha provisto, y es tuyo por fe. Créelo, dílo y recíbelo, porque se cumplirá según tu fe.

En Mateo, capítulo nueve, versículo 29, dos ciegos se acercaron a Jesús buscando sanidad. Jesús les preguntó: "¿Creen que puedo hacerles ver?". Respondieron: "Sí, Señor, creemos". Entonces Jesús les dijo: "Que se cumpla con su fe".

Fíjense, no dijo que se haría por su gran poder ni por sus oraciones, sino según su fe. Este es un principio de fe y, como tal, se aplica a cada uno de nosotros hoy: recibimos de Dios según nuestra fe.

Esta verdad se extiende a cada promesa de Dios, desde la salvación hasta recibir su favor, sabiduría, protección, dirección y provisión. Toda promesa de Dios se cumple según nuestra fe. Dios no se conmueve principalmente por nuestras necesidades, sino que responde a nuestra fe.

Esto no significa que Dios sea indiferente a nuestras necesidades; Él ve y se preocupa profundamente por el dolor, la pena, la pobreza, la persecución, la tragedia y los problemas del mundo y de nuestras vidas. Dios es imparcial, pero respeta la fe.

Dios ya nos ha provisto todo lo que necesitamos. Cuando creemos y ejercitamos nuestra fe, recibimos lo que Dios ya ha puesto a nuestra disposición. El Evangelio se centra en Jesús y en lo que él ha logrado por nosotros. La fe no consiste en manipular a Dios, sino en alinearnos con lo que él ya ha hecho.

La cuestión es la siguiente: la fe honra a Dios y su Palabra, y a su vez, Dios honra nuestra fe. La fe implica creer, hablar y actuar conforme a su Palabra; es la esencia de vivir por fe. Cuando desatamos el espíritu de fe en nuestras vidas, Dios se compromete a cumplir su Palabra y a asegurar que sus promesas se cumplan.

Entonces, ¿qué necesitas? Sea lo que sea, Dios ya lo ha provisto, y es tuyo por fe. Créelo, dílo y recíbelo, porque se cumplirá según tu fe.

Principio 2

Vivir por fe

Mandado por Dios

Vivir por fe es una pregunta fundamental que todo creyente debe abordar. La fe es una fuerza dinámica y poderosa en la vida del cristiano. La Biblia afirma inequívocamente que sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6). Como seguidores de Cristo, se nos instruye explícitamente a vivir por fe. Esta directiva se reitera en cuatro ocasiones distintas, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento: «El justo por la fe vivirá» (Habacuc 2:4; Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38). Claramente, Dios enfatiza la importancia de este principio.

¿Qué significa vivir por fe?

Vivir por fe significa no dejarse llevar por la opinión popular, las emociones pasajeras ni el razonamiento humano. Requiere una confianza diaria en Dios, confiando en su fidelidad y soberanía (Salmo 37:5). Es un proceso continuo de crecimiento y madurez en la fe, donde los creyentes comprenden que Dios obra activamente en ellos y a través de ellos (Filipenses 1:6).

En esencia, vivir por fe es una experiencia emocionante y gratificante. Se trata de acoger las promesas de Dios, actuar en obediencia y experimentar su fidelidad en cada aspecto de la vida. No es solo un concepto teológico, sino una realidad vibrante que transforma la forma en que los creyentes perciben e interactúan con el mundo que los rodea.

Vivir por fe no es lo mismo que ser una persona de fe o ser fiel a un conjunto de creencias religiosas. No se trata solo de tener fe. Todo

creyente tiene fe (Romanos 12:3). Vivir por fe no se trata de convertirse en creyente, aunque sí se requiere fe para ser salvo (Efesios 2:8). Hay muchos creyentes nacidos de nuevo que son salvos, aman al Señor y tienen fe, pero no viven por fe.

La fe es una palabra de acción. Para vivir por fe, piensas y hablas, y esto producirá acciones que corresponden a la Palabra de Dios.

Los creyentes que viven por fe están dispuestos a confiar y obedecer a Dios incluso cuando no comprenden plenamente sus caminos. No les preocupan las circunstancias que parecen contradecir la Palabra de Dios. Saben que Dios hace todo bien y que todo obrará para bien (Romanos 8). No se dejan llevar por la opinión popular, los sentimientos ni la razón. Viven cada día confiando en el Señor. Saben que Dios obra en ellos y a través de ellos, y que vivir por fe es un proceso en el que se crece día a día.

Explicando los 4 versículos

Para obtener una comprensión más completa y mejor de lo que significa vivir por fe, analicemos las cuatro escrituras que nos instruyen como creyentes a vivir por fe.

Habacuc 2:4 Introduce el concepto de vivir por fe. Dice: «Mirad al orgulloso, su alma no es recta; mas el justo por su fe vivirá». Vemos el contraste entre los orgullosos, quienes viven confiando en sí mismos, en sus habilidades, sabiduría, fuerza y obras, y quienes viven confiando en el Señor.

Romanos 1:17 Hace hincapié en "lo justo". Dice: "Porque en él (el evangelio) la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: "El justo por la fe vivirá"". En el libro de Romanos, Pablo se centra en la justicia, que significa estar bien con Dios. Nos revela que el hombre es justificado ante Dios no por las obras, sino por la fe en Cristo. Quienes aceptan el don de la justicia ahora tienen la expectativa y el poder de vivir por fe y no por la carne.

Gálatas 3:11Hace hincapié en la “fe”. Dice: “Pero que nadie se justifica por la ley ante Dios es evidente, pues “el justo por la fe vivirá”. En Gálatas, Pablo se centra en confiar en Dios en lugar de confiar en uno mismo. En el mundo, hemos aprendido a ganarnos lo que recibimos: nuestras calificaciones escolares, nuestros sueldos, nuestros puestos, ascensos, etc. Sin embargo, no nos ganamos la aceptación ni la justicia de Dios. Nunca debemos pensar que “Dios nos debe algo porque somos tan buenos”. Le debemos todo a Dios porque él es bueno. La fe comprende y acepta plenamente esa confianza y deposita una confianza total en él.

Hebreos 10:38Hace hincapié en "vivirá". Dice: "Ahora bien, el justo por la fe vivirá; pero si alguno retrocede, no me agrada". El libro de Hebreos se centra en el proceso o camino de la fe. Tenemos que vivir la vida de fe. La fe es una maratón, no una carrera corta. La fe es para toda la vida. La fe no se trata de un solo evento, una experiencia o una emoción. Debemos perseverar, sin rendirnos ni rendirnos. La fe requiere perseverancia (10:23). Debemos correr la carrera de la fe con paciencia (12:1-2).

¿Por qué es tan importante vivir por fe?

Porque la fe es la manera de recibir de Dios. La única manera de recibir constantemente instrucción, sabiduría, favor, dirección, provisión o cualquier otra cosa de Dios es vivir por fe. Vivir por fe es la única manera de agradar a Dios. Si eres un verdadero seguidor de Cristo, entonces querrás vivir una vida que agrade al Padre. Hebreos 11:6 nos dice: «Sin fe es imposible agradar a Dios». Romanos 14:23 dice: «Todo lo que no proviene de fe es pecado». Podemos hacer muchas cosas buenas en la vida, pero si se hacen con cualquier otro motivo que no sea la fe, se considera pecado. Vivir por fe es extremadamente importante para un creyente.

¡Hoy decide poner tu plena confianza en el Señor y vivir una vida de fe!

Principio 3

Cómo vivir por fe

Un plan bíblico

La fe es el fundamento sobre el que se construye toda la vida cristiana. Como creyentes, estamos llamados no solo a tener fe, sino a vivir por fe. Esto no es una simple sugerencia; es un mandato divino que se repite a lo largo de las Escrituras. La Biblia afirma claramente: «El justo por la fe vivirá» (Habacuc 2:4; Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38). Pero ¿qué significa realmente vivir por fe y cómo podemos aplicar este principio en nuestra vida diaria? Exploremos este concepto desde la perspectiva de las Escrituras, siguiendo los principios establecidos por Charles Capps.

El fundamento de la fe

La fe no es un sistema pasivo de creencias; es una fuerza activa y viva. Hebreos 11:1 define la fe como «la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve». La fe da fundamento a nuestras esperanzas y hace realidad lo invisible. No se trata de ilusiones, sino de una expectativa segura basada en las promesas de Dios.

Romanos 10:17 nos dice que «la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios». La Palabra es la semilla, y la fe es la sustancia que da vida a esa semilla. Para vivir por fe, primero debemos sumergirnos en la Palabra. La Palabra debe sembrarse en nuestros corazones, meditarse en ella y expresarse con nuestra boca. Al escuchar y hablar la Palabra continuamente, la fe comienza a crecer y a arraigarse en nuestras vidas.

El proceso de la fe

Vivir por fe es un proceso que involucra nuestros pensamientos, palabras y acciones. Proverbios 4:20-22 nos instruye a prestar

atención a las palabras de Dios, prestar oídos a sus dichos y guardarlas en nuestro corazón. ¿Por qué? Porque sus palabras son vida para quienes las hallan y salud para todo su ser.

1. **Pensamientos:**Nuestras mentes deben ser renovadas por la Palabra de Dios (Romanos 12:2). La fe comienza en el corazón, pero primero debe concebirse en la mente. Debemos derribar todo pensamiento e imaginación que se alce contra el conocimiento de Dios (2 Corintios 10:5). Nuestros pensamientos deben estar en sintonía con la Palabra de Dios.
2. **Palabras:**Proverbios 18:21 dice: «La muerte y la vida están en poder de la lengua». Nuestras palabras tienen poder creativo. Cuando hablamos la Palabra de Dios con fe, liberamos el poder de Dios en nuestras circunstancias. Marcos 11:23 nos dice que tendremos todo lo que digamos si creemos y no dudamos en nuestro corazón. La clave es hablar la Palabra con autoridad, plenamente convencidos de que Dios es capaz de cumplir lo que ha prometido (Romanos 4:21).
3. **Comportamiento:**La fe sin obras está muerta (Santiago 2:26). Vivir por fe requiere acciones que correspondan. Cuando creemos verdaderamente en la Palabra de Dios, nuestras acciones reflejarán esa creencia. Al igual que la mujer con el flujo de sangre en Marcos 5:25-34, quien actuó según su fe al extender la mano para tocar el manto de Jesús, nosotros también debemos dar pasos de fe, incluso cuando las circunstancias sugieran lo contrario.

La victoria de la fe

1 Juan 5:4 declara: «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe».

La fe es la victoria que nos permite superar todo desafío, prueba y obstáculo. El enemigo intentará desafiar nuestra fe con miedo, duda e incredulidad, pero debemos aferrarnos a nuestra confesión de fe sin vacilar (Hebreos 10:23).

No nos conmueve lo que vemos ni lo que sentimos; nos conmueve solo la Palabra de Dios. 2 Corintios 5:7 nos recuerda que «por fe andamos, no por vista». Nuestra fe se basa en la Palabra eterna e inmutable de Dios, no en las circunstancias temporales que nos rodean.

Conclusión

Vivir por fe es un estilo de vida. Es un compromiso diario de pensar, hablar y actuar conforme a la Palabra de Dios. Requiere diligencia, disciplina y un profundo conocimiento de las Escrituras. Pero a medida que cultivamos nuestra fe, veremos las promesas de Dios manifestarse en nuestras vidas.

Recuerda, la fe no es una lucha; es un descanso. Hebreos 4:3 dice: «Porque los que hemos creído entramos en ese reposo». Cuando creemos verdaderamente en la Palabra de Dios, descansamos en la seguridad de que Su Palabra cumplirá su propósito (Isaías 55:11).

Así que, sumérgete en la Palabra, dísela con valentía y actúa conforme a ella. Al hacerlo, experimentarás la vida victoriosa y vencedora que Dios ha prometido a quienes viven por fe.

NOTAS:

Principio 4

Cómo desarrollar tu fe

Todo creyente debe comprender primero esta verdad fundamental: puedes desarrollar la fe que tienes. La fe no es estática. No es algo que Dios da una vez y luego deja intacto. La fe puede crecer, fortalecerse, incrementarse y hacerse más efectiva. Las Escrituras afirman repetidamente que la fe está diseñada para madurar.

Desafortunadamente, el mensaje de la fe a menudo ha sido malinterpretado y, en ocasiones, criticado injustamente. Algunos lo atacan simplemente porque no comprenden qué es realmente la fe bíblica. Otros afirman que no se puede aumentar la fe porque ya se tiene toda la fe que se tendrá. Si bien esta afirmación tiene algo de verdad, pasa por alto un principio bíblico crucial: la diferencia entre poseer fe y desarrollarla.

Dios da la fe, pero los creyentes son responsables de cultivarla. Como una semilla sembrada, la fe tiene potencial, pero el potencial por sí solo no produce fruto. La fe debe nutrirse. Debe ejercitarse. Debe desarrollarse. Examinemos lo que enseñan las Escrituras sobre el crecimiento de nuestra fe y cómo nosotros, como creyentes, podemos cooperar intencionalmente con Dios en ese proceso.

Entendiendo la medida de la fe

El apóstol Pablo escribe:

“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Romanos 12:3).

Este pasaje establece una verdad poderosa: a cada creyente se le ha dado una medida de fe. La fe no está reservada para las élites

espirituales, pastores experimentados ni cristianos extraordinarios. Es un don divino otorgado a todos los que creen. La cuestión, entonces, no es si tenemos fe, sino qué hacemos con la fe que hemos recibido.

El estímulo de Pablo a los creyentes tesalonicenses confirma que la fe puede y debe crecer:

“Siempre debemos dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, y con razón, porque vuestra fe va creciendo cada vez más y el amor que tenéis unos por otros va abundando” (2 Tesalonicenses 1:3).

Si la fe fuera firme e inmutable, Pablo no podría haberlos elogiado por crecer en ella. Es evidente que la fe puede crecer en fuerza, profundidad y eficacia. Como solía decir el maestro bíblico Kenneth E. Hagin: «La fe comienza donde se conoce la voluntad de Dios». Una vez que la fe se siembra, debe cultivarse.

El proceso de crecimiento

Todo lo que Dios creó crece según principios divinos. Jesús usó con frecuencia imágenes agrícolas para describir realidades espirituales. Las semillas, la tierra, la siembra, el riego y la cosecha ilustran cómo se produce el crecimiento en el Reino de Dios.

Cuando se planta un árbol, no se convierte inmediatamente en un roble imponente. Empieza como un pequeño retoño. Con el tiempo, con el cuidado adecuado —riego, alimentación, protección y paciencia—, crece fuerte y fructífero. La vida humana sigue el mismo patrón. Nacemos como bebés y maduramos mediante la nutrición, la instrucción y la experiencia.

La fe funciona de la misma manera. Puede que comience siendo pequeña, pero está diseñada para crecer. Jesús dijo:

“Si tenéis fe como un grano de mostaza, podéis decirle a este monte: “Pásate de aquí allá”, y se moverá” (Mateo 17:20).

La cuestión no es el tamaño inicial de la fe, sino su desarrollo.

Un ejemplo útil es el de los músculos físicos. Todas las personas nacen con músculos, pero no todos tienen el mismo nivel de fuerza. La diferencia radica en el desarrollo. Los atletas y culturistas ejercitan sus músculos con regularidad y alimentan sus cuerpos adecuadamente. Como resultado, sus músculos se fortalecen y se vuelven más capaces. Por otro lado, los músculos descuidados se debilitan e ineficaces.

La fe funciona de forma muy similar. El pastor Rick Warren explica: «La fe es como un músculo: cuanto más se ejercita, más fuerte se vuelve». La fe que no se ejercita nunca madura. La fe que no se alimenta nunca florece.

Las Escrituras revelan dos ingredientes principales necesarios para desarrollar una fe fuerte: alimentar la fe y ejercitar la fe.

Alimentando nuestra fe

El primer y más esencial paso para desarrollar la fe es alimentarla. La fe no puede crecer sin la Palabra de Dios. Pablo lo afirma claramente:

“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17).

La Palabra de Dios es el alimento espiritual de la fe. Así como el cuerpo no puede sobrevivir sin alimento, la fe no puede sobrevivir sin una exposición constante a las Escrituras. Cuando leemos, escuchamos, estudiamos y meditamos en la Palabra de Dios, la fe se fortalece.

Alimentar nuestra fe implica más que una simple lectura bíblica. Implica meditar en las Escrituras, proclamar las promesas de Dios en voz alta y permitir que la Palabra arraigue en nuestros corazones. David declaró:

“En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmo 119:11).

Josué recibió esta instrucción del Señor:

“Mantén este libro de la ley siempre en tus labios; medita en él de día y de noche... Entonces serás próspero y tendrás éxito” (Josué 1:8).

La meditación es el proceso de reflexión profunda: rumiar la Palabra hasta que se vuelva parte de nosotros. Charles Spurgeon dijo una vez: «Una Biblia que se está desmoronando generalmente pertenece a alguien que no lo está». Cuando la Palabra es central en nuestras vidas, la fe crece de forma natural.

La fe también se nutre de la enseñanza y la predicación sanas. Dios ha dado maestros a la Iglesia para fortalecer la fe. Sin embargo, la responsabilidad personal persiste. Debemos prepararnos para escuchar y recibir la Palabra de Dios a diario.

Ejercitando nuestra fe

Alimentar la fe por sí sola no es suficiente. La fe también debe ejercitarse. La fe se fortalece con el uso. Santiago escribe:

“Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22).

La fe no es pasiva. Es activa, receptiva y obediente. Cuando actuamos según la Palabra de Dios, la fe se libera. Santiago continúa:

“Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma” (Santiago 2:17).

Muchos creyentes saben lo que dice la Palabra, pero nunca actúan con fe para aplicarla. El conocimiento sin acción produce estancamiento espiritual. Como señaló A. W. Tozer: «La fe no es una creencia pasiva. La fe es obediencia activa a la Palabra de Dios».

El ejercicio de la fe suele comenzar con pequeños pasos: confiar en Dios en las decisiones diarias, obedecer sus indicaciones, orar con confianza y aferrarse a sus promesas. Con el tiempo, al ejercitar la fe, esta se fortalece y se vuelve más resiliente.

Jesús mismo reconoció distintos niveles de fe. Habló de «ninguna fe» (Marcos 4:40), «poca fe» (Mateo 8:26) y «mucha fe» (Mateo 8:10). La diferencia no residía en la voluntad de Dios, sino en la respuesta del creyente.

Nuestra meta debe ser convertirnos en personas reconocidas por nuestra gran fe, no para nuestra propia gloria, sino para la de Dios. La fe honra a Dios porque confía plenamente en Él.

La consecuencia de la negligencia

Así como los músculos se debilitan cuando se descuidan, la fe se deteriora cuando no se nutre ni se ejercita. La fe descuidada genera duda, miedo e incredulidad. Cuando la fe es débil, las circunstancias parecen más grandes que Dios y los desafíos se sienten abrumadores.

Hebreos 3:12 advierte:

“Hermanos, tengan cuidado de que ninguno de ustedes tenga un corazón pecaminoso e incrédulo que los aleje del Dios vivo.”

La incredulidad no es una mera duda intelectual; es el resultado de una fe desconectada. Cuando los creyentes descuidan la Palabra y no la ponen en práctica, la fe se vuelve frágil e ineficaz.

Sin embargo, la buena noticia es esta: la fe siempre puede reavivarse. Al regresar a la Palabra y actuar en obediencia, la fe puede restaurarse y fortalecerse.

Un llamado al crecimiento intencional

Desarrollar la fe no es accidental; es intencional. Requiere un compromiso diario con la Palabra de Dios y una obediencia deliberada a sus instrucciones. Al alimentar nuestra fe y ejercitarla con constancia, nos fortalecemos, adquirimos más confianza y somos más eficaces en nuestro caminar con Dios.

Smith Wigglesworth dijo la famosa frase: «La gran fe es fruto de grandes luchas. Los grandes testimonios son el resultado de grandes pruebas». La fe crece en situaciones reales en las que elegimos confiar en Dios.

Comprometámonos a cultivar nuestra fe. Al hacerlo, experimentaremos una mayor victoria, una paz más profunda y una vida cristiana más fructífera, que glorifique a Dios y haga avanzar su Reino.

NOTAS:

Principio 5

4 maneras de fortalecer tu fe

La fe es el fundamento de la vida cristiana. Sin fe, es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6), y sin una fe firme, los creyentes a menudo flaquean ante la presión, la oposición y la adversidad. La fe no es simplemente algo que poseemos; es algo que debemos fortalecer continuamente. En un mundo lleno de incertidumbre, voces contradictorias y resistencia espiritual, una fe débil no sustentará una vida victoriosa.

La buena noticia es que la fe se puede fortalecer. Dios no ha dejado a los creyentes indefensos ni desprevenidos. Las Escrituras nos dan instrucciones claras y prácticas sobre cómo proteger, cultivar y fortalecer nuestra fe. Fortalecer la fe no se trata de exageraciones emocionales ni de un optimismo ciego; se trata de una disciplina espiritual intencional, arraigada en la Palabra de Dios y vivida a diario.

Los siguientes cuatro principios no son teóricos: son bíblicos, probados y prácticos. Si se aplican con constancia, te ayudarán a desarrollar una fe resiliente que se mantiene firme en cada etapa de la vida.

1. Esté alerta

El apóstol Pablo da un mandato claro y urgente:

“Estad alerta, estad firmes en la fe, sed valientes, sed fuertes” (1 Corintios 16:13).

La fe requiere vigilancia. La Escritura nunca presenta la vida cristiana como pasiva o descuidada. La fe es algo que debemos cuidar. Pablo describe la fe como una lucha cuando exhorta a

Timoteo a “pelearse la buena batalla de la fe” (1 Timoteo 6:12). Una lucha implica oposición, resistencia y la necesidad de estar alerta.

Así como un guardia que se duerme pone en peligro a toda una ciudad, los creyentes que se descuidan espiritualmente exponen su fe a ataques. La estrategia del enemigo es sutil. Actúa mediante la duda, el miedo, el engaño y la distracción. Pablo advirtió a la iglesia de Corinto que los creyentes no debían ignorar las artimañas de Satanás (2 Corintios 2:11). La ignorancia hace vulnerable la fe.

Vigilancia significa estar atento a lo que permites entrar en tu corazón y mente. Significa cuidar tus pensamientos, evaluar las enseñanzas y resistir cualquier cosa que contradiga la Palabra de Dios. Pedro refuerza esta verdad cuando escribe:

Sean sobrios y estén alerta. Su adversario, el diablo, anda como león rugiente buscando a quién devorar (1 Pedro 5:8).

La fe no se fortalece con la complacencia. Como dijo Charles Spurgeon: «La condición del creyente debe ser de vigilancia constante». La vigilancia mantiene la fe alerta, viva y lista.

2. Enfócate en Jesús

Una de las mayores amenazas para una fe firme es la distracción. El escritor de Hebreos nos da una solución clara:

“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2).

La fe comienza con Jesús y es sostenida por Él. Cuando los creyentes pierden el enfoque en Él, la fe comienza a debilitarse. Las circunstancias se agravan, los problemas parecen abrumadores y el miedo se arraiga. Una fe firme no es la ausencia de problemas; es el resultado de un enfoque fijo.

La experiencia de Pedro al caminar sobre el agua es un ejemplo contundente. Mientras Pedro mantuvo la mirada fija en Jesús, logró lo imposible. En el momento en que se concentró en el viento y las olas, comenzó a hundirse (Mateo 14:29-30). Las circunstancias no cambiaron; su enfoque sí.

Centrarse en Jesús significa centrar intencionalmente tus pensamientos, oraciones y expectativas en quién es Él y en lo que ha prometido. Jesús es fiel, inmutable y victorioso. No solo es el Salvador, sino también quien sustenta nuestra fe.

El pastor Rick Warren dijo sabiamente: “No sabes lo que Dios está haciendo, pero sabes quién es Dios”. Cuando la fe está anclada en Cristo y no en las circunstancias, permanece firme.

En una cultura distraída, la concentración debe ser intencional. La fe se fortalece cuando Jesús se convierte en el punto de referencia central de tu vida, no solo los domingos, sino todos los días.

3. Conozca la verdad

La fe no puede sobrepasar tu conocimiento de la Palabra de Dios. La ignorancia de la verdad debilita la fe, mientras que el conocimiento de la verdad la estabiliza. Jesús declaró:

“Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6).

La verdad no es relativa ni subjetiva; está personificada en Cristo y se revela en las Escrituras. Conocer a Jesús es conocer la verdad, y conocer la verdad es construir una fe inquebrantable.

Pablo escribe:

“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17).

La fe se desarrolla y fortalece con la exposición a la Palabra de Dios. No se puede tener fe en lo que se desconoce. Por el contrario, cuando la verdad está profundamente arraigada en el corazón, la fe se vuelve resiliente.

Un ejemplo útil es la formación que reciben los cajeros de los bancos para identificar el dinero falso. No estudian las falsificaciones a fondo; en cambio, estudian el dinero auténtico hasta conocerlo a fondo. Cuando aparece algo falso, se reconoce de inmediato.

De la misma manera, los creyentes que conocen la Palabra de Dios pueden identificar fácilmente las falsas enseñanzas, el engaño y el error. Oseas 4:6 advierte:

“Mi pueblo fue destruido por falta de conocimiento.”

El maestro de Biblia Derek Prince dijo: «La fe proviene de conocer la Palabra de Dios, creerla y actuar conforme a ella». Leer, escuchar, estudiar y meditar en las Escrituras con regularidad es esencial para fortalecer la fe. La Palabra proporciona claridad, confianza y convicción.

4. Habla la Palabra de Dios

Una de las maneras más ignoradas, pero poderosas, de fortalecer la fe es mediante la confesión: proclamar la Palabra de Dios en voz alta. Pablo explica este principio con claridad:

“Y teniendo el mismo espíritu de fe... nosotros también creemos, y por eso hablamos” (2 Corintios 4:13).

La fe no es silenciosa. Lo que dices constantemente moldea lo que crees. En circunstancias difíciles, la tentación es expresar miedo, duda e incredulidad. Sin embargo, hablar la Palabra de Dios fortalece la fe y libera poder espiritual.

Jesús ejemplificó esto a la perfección. Cuando fue tentado en el desierto, no argumentó emocionalmente ni razonó lógicamente. Respondió con las Escrituras:

“Escrito está...” (Mateo 4:4, 7, 10).

Hablar la Palabra de Dios alinea tu corazón con la verdad y fortalece tu convicción interior. Proverbios 18:21 nos recuerda que la vida y la muerte están en poder de la lengua. Lo que decimos fortalece la fe o la debilita.

Kenneth Copeland dijo una vez: «La fe se libera con las palabras». Confesar las promesas de Dios no niega la realidad; declara una verdad superior. El habla llena de fe refuerza la creencia, resiste el miedo y mantiene la Palabra activa en el corazón.

Conclusión: Una fe que triunfa

El apóstol Pablo llamó a la vida de fe una “buena batalla” porque es una batalla que estamos destinados a ganar. Fortalecer la fe no es opcional; es esencial para la perseverancia y la victoria.

Al afrontar las pruebas, recuerda alabar a Dios, mantenerte firme en la verdad y no rendirte. No luchas solo. Dios está contigo, te fortalece y obra a tu favor.

Mantente vigilante. Mantén tu enfoque en Jesús. Conoce la verdad profundamente. Habla la Palabra de Dios con valentía. Cuando lo hagas, tu fe no solo perdurará, sino que prosperará.

Esta no es una época de pasividad para los creyentes. Es un tiempo para luchar por la fe, mantenerse firmes y vivir con confianza en las promesas de Dios. Una fe firme no es accidental, se desarrolla. Y cuando la fe es firme, la victoria es inevitable.

Principio 6

Aprendiendo a confiar en Dios

Confiar en Dios es un aspecto fundamental de la fe, aunque a menudo es más fácil decirlo que hacerlo. Las incertidumbres y los desafíos de la vida pueden dificultar depositar plenamente nuestra confianza en Dios. Sin embargo, aprender a confiar en Él es un camino que conduce a una mayor paz, comprensión y crecimiento espiritual.

Aprender a confiar en Dios es un proceso continuo que profundiza nuestra relación con Él. Cuando conocemos verdaderamente quién es Dios, su carácter, su fidelidad, su amor y su gracia, podemos crecer en nuestra capacidad de confiar en Él. Al hacerlo, descubriremos la paz y la seguridad que provienen de saber que nuestras vidas están en sus manos capaces.

La definición más simple de fe es "confiar plenamente en Dios", por lo que desarrollar nuestra confianza en Él es crucial. De hecho, toda promesa de Dios está condicionada a la confianza en Él. Él ha prometido suplir tus necesidades (Filipenses 4:19), pero ¿realmente crees y confías en que Dios cumplirá? Cuanto más confías en Dios, más capaz es Él de suplir las necesidades de tu vida.

No se adquiere fe ni se gana confianza en Dios participando en un grupo de estudio bíblico o simplemente hablando de ello. La fe es como un músculo: se desarrolla al ser utilizada. Cuanto más se usa la fe, más se fortalece. Y cuanto más se fortalece, más puede Dios bendecir tu vida.

Dios usa las circunstancias y las pruebas para fortalecer nuestra fe y fortalecer nuestra confianza. Pedro nos dice: «Estas pruebas demostrarán que su fe es genuina. Se prueba como el oro, como el fuego lo prueba y lo purifica» (1 Pedro 1:7a NTV).

Hay cuatro pruebas comunes que Dios usa para probar nuestra fe, y es probable que estés pasando por una de ellas ahora mismo. Al pasar por ellas, sabrás que es una oportunidad para desarrollar tu fe y confiar más en Dios. Hablaré de las dos primeras hoy y de las dos siguientes mañana.

1. La prueba de presión

La prueba de presión plantea la pregunta: "¿Cómo manejarás el estrés?". ¿Dependerás de ti mismo o de Dios? El Salmo 50:15 dice: "Invócame en el día de la angustia; yo te libraré, y tú me honrarás" (NVI). ¿Recurres a Dios cuando estás en problemas y no a otras cosas?

2. La prueba de la gente

Dios a menudo usa a las personas en tu vida para poner a prueba, fortalecer y desarrollar tu fe. Esta prueba plantea la pregunta: "¿Cómo manejarás la decepción?". La vida suele ser decepcionante. Carreras, matrimonios e incluso planes no resultan como los planeamos. Pero lo más decepcionante en la vida son las personas. ¿Por qué? Nos decepcionan porque esperamos que satisfagan una necesidad que solo Dios mismo puede satisfacer. ¡Esta es una prueba!

Tu problema no son las personas en tu vida. Tu problema es tu respuesta a ellas. Las personas no son el problema, ni tampoco la solución. La solución es Dios. Cuando esperas que otras personas sean tu salvación, te estás preparando para la decepción.

3. ElPrueba de persistencia

El Test de Persistencia responde a la pregunta: "¿Cumplirás tus compromisos?". La vida se trata de asumir compromisos. El problema hoy en día es que la mayoría de la gente está comprometida a medias con dos docenas de cosas, en lugar de estar totalmente comprometida con una o dos cosas que

realmente importan en la vida, ahora y para siempre. ¡Qué desperdicio! Mientras que los débiles ponen excusas, los sabios encuentran el tiempo y la manera de hacer lo que dicen que harán. ¿Quieres ser débil o sabio? El Test de Persistencia muestra qué tipo de carácter estás desarrollando.

4. El PríoPrueba de ridades

Esta es la prueba más importante y pregunta: "¿Quién será tu prioridad?". ¿Cómo sabes si Dios es realmente tu prioridad? Hazte tres preguntas: ¿En qué piensas más? ¿A dónde va primero tu dinero? ¿Cómo inviertes tu tiempo? Tus respuestas revelarán tus prioridades.

Dios te reserva recompensas eternas si superas la Prueba de Prioridades. La Biblia promete: «Dios bendice a quienes soportan con paciencia las pruebas y las tentaciones. Después recibirán la corona de vida que Dios ha prometido a quienes lo aman» (Santiago 1:12 NTV). Una corona de vida simboliza todo lo que Dios quiere hacer en tu vida: todas las bendiciones que quiere concederte, todas las necesidades que quiere satisfacer y todas las recompensas que quiere darte en el cielo. ¡Qué gran oferta!

Obviamente, hay otras maneras de desarrollar nuestra confianza en Dios: dedicar tiempo a su Palabra, pasar más tiempo con Él en oración, alabándolo y agradeciéndole, simplemente conociéndolo mejor. Cuanto más conozcas a Dios, más confiarás en Él.

Confiar en Dios tiene sus desafíos. La vida puede ser impredecible y estar llena de dificultades. Desde perder el trabajo hasta la muerte de un ser querido, todos enfrentamos dificultades que pueden quebrantar nuestra fe. En tiempos difíciles, es normal tener dudas y preguntas. Esta es la verdadera prueba. Cuando las cosas se ponen difíciles y sientes que todo está en tu contra, ¿seguirás confiando en Dios?

¿Qué sucede si confías en el Señor? Mira la promesa de Dios en Isaías 49:23: «Quienes esperan en mí no serán defraudados» (NVI).

Jeremías 17:7 dice: “Bienaventurados los que confían en el Señor y han puesto en él su esperanza y confianza” (NTV).

Proverbios 3:5 y 6 dice: “Fíate de Jehová de todo tu corazón, Y no te apoyes en tu propia prudencia. 6 Reconócelo en todos tus caminos, Y él enderezará tus veredas.”

Aprender a confiar en Dios independientemente de la situación o circunstancia es una clave enorme para una vida de fe.

NOTAS:

Principio 7

¿Qué es la verdadera fe?

Introducción

Cuando mencionas la palabra fe, surgen todo tipo de pensamientos e ideas. A menudo, la gente piensa inmediatamente en ser religiosa, en ser una persona de fe. Algunos reaccionan negativamente por cosas que han leído o visto que supuestamente se hacen en nombre de la "fe". Quiero retarte a que mires la fe desde una nueva perspectiva. Cuando descubras lo que la Biblia dice y enseña sobre la fe, comenzarás a comprender qué es la verdadera fe bíblica y esto revolucionará tu vida de fe.

El apóstol Pedro lo llamó “fe genuina”.

Esto es necesario para que su fe sea auténtica. (Su fe es más valiosa que el oro, que se destruirá aunque se pruebe en el fuego). Su fe auténtica les traerá alabanza, gloria y honor cuando Jesucristo se manifieste. (1 Pedro 1:7)

La verdadera fe es sobrenatural; tiene el poder de cambiar las cosas y hacer que la Palabra de Dios se cumpla en tu vida. La fe verdadera es valiosa y siempre glorificará a Dios.

Lo que la fe no es

Para entender mejor lo que algo es, es necesario saber lo que no es. Aquí hay tres conceptos erróneos sobre la fe bíblica que debemos tener en cuenta: tres cosas que la fe no es.

1. La fe no es ser religioso

Muchas personas creen tener fe simplemente porque tienen creencias firmes. Pueden decir: "Tengo un profundo sentimiento de

ser cristiano". Creen que tienen fe porque asisten a la iglesia, leen la Biblia, dan la ofrenda, oran, etc.

Pero la Biblia enseña que la fe no es un sentimiento vago e interno, desconectado de la verdad objetiva revelada por Dios. La fe no es algo que se origina en nosotros ni se basa en nuestras emociones o buenas intenciones.

Confiar en nuestros sentimientos o acciones, ser religioso, no es la prueba de una fe verdadera. La Biblia nos advierte sobre los peligros de confiar en nuestros sentimientos o nuestra lógica. Proverbios 28:26 nos dice: «El que confía en su propia mente es un necio, pero el que anda con sabiduría será librado». De igual manera, Jeremías 17:9 declara: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas».

Esto no significa que la fe nunca nos conmueva; ¡ciertamente debería! El Evangelio es, después de todo, la mejor noticia de la historia. Pero la verdadera fe no se trata solo de sentimientos religiosos; se trata de creer con el corazón la verdad que se encuentra en las Escrituras. Cualquier otra cosa no es fe bíblica.

2. La fe no es creer sin evidencia

La verdadera fe NO es una fe ciega. La fe bíblica exige abandonar la razón, como si la fe fuera un salto a lo desconocido. La verdadera fe puede resistir un examen honesto de la verdad.

El apóstol Juan escribió sobre su experiencia directa con Jesús: «Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos, y palpamos nuestras manos tocando al Verbo de vida» (1 Juan 1:1). Pablo también mencionó a cientos de testigos de la resurrección de Jesús en 1 Corintios 15:5-8, fundamentando la fe en hechos verificables. La fe no se trata solo de lo que vemos, sino también de lo que las Escrituras testifican constantemente. Los bereanos, en Hechos

17:10-12, son elogiados por contrastar las enseñanzas de Pablo con las Escrituras.

Así que, la fe bíblica no requiere que desconectes tu mente. No se trata de creer sin razón; se trata de creer por la evidencia y la verdad reveladas por Dios.

3. La fe no es sólo pensamiento positivo

La verdadera fe no es la dominación de la mente, no es metafísica, no es solo pensamiento positivo. La Biblia deja claro que el objeto de nuestra fe es lo que le da significado y poder. La fe bíblica no consiste en desear que las cosas existan mediante el pensamiento positivo. Si bien es bueno ser positivo y rodearse de personas inspiradoras, el pensamiento positivo por sí solo no es fe bíblica.

Hebreos 11:6 dice: «Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a quienes lo buscan». La verdadera fe es poderosa porque confía en Dios, quien siempre es confiable y veraz. Nos centramos en la Palabra de Dios: Jesús, quien es el autor y consumidor de nuestra fe (Hebreos 12:2).

¿Qué es la fe?

Si la fe no es un sentimiento, una ilusión ni una actitud positiva, ¿qué es entonces? Hebreos 11:1 nos da una definición clara: «La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve». La verdadera fe bíblica crea una profunda certeza sobre las realidades invisibles prometidas por Dios. Pero hay más. Pablo nos recuerda en Efesios 2:8: «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, sino que es don de Dios».

¿Alguna vez te preguntas por qué crees lo que crees? Cuando oras, ¿cómo sabes que Dios te escucha? Esta seguridad proviene de la revelación misericordiosa de Dios. La fe es un don de Dios, un don que Él quiere que aceptes y disfrutes.

Hebreos 11:1 deja claro que la fe va más allá de simplemente creer. Incluso los demonios creen. (Santiago 2:19) La fe no es esperanza; la esperanza es el comienzo, pero la fe trae esperanza al presente con sustancia. La fe tiene evidencia, que son las acciones que realizamos. La fe sin acción es mera superstición.

La verdadera fe tiene tres componentes esenciales

1. **Conocimiento** Conocimiento de la Palabra de Dios. La fe se basa en lo que sabemos de Dios. El Nuevo Testamento nos dice que el fundamento de la fe proviene de conocer a Dios personalmente. Jesús dijo en Juan 17:3: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado». Llegamos a conocer a Dios por medio de su Hijo, Jesucristo. Juan 1:18 dice: «A Dios nadie le vio jamás; el único Dios, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer». Conocer a Jesús es el fundamento de nuestra fe.
2. **Asentir** Una vez que conocemos ciertas verdades sobre Dios, debemos estar de acuerdo con ellas. La fe implica reconocer que estas verdades son reales y que debemos creerlas. Al leer la Biblia y encontrarnos con las afirmaciones de Jesucristo, encontramos en él a alguien que nos impulsa a creer. Incluso cuando nos resistimos, la realidad de quién es Jesús y lo que ha hecho nos lleva a creer. No basta con conocer a Jesús; debemos aceptarlo y estar de acuerdo.

3. **Confianza** Finalmente, la fe genuina implica confianza. El conocimiento y el asentimiento por sí solos no son suficientes. Santiago 2:19 dice: «Hasta los demonios creen». Los demonios conocen la verdad sobre Dios, pero no tienen fe salvadora. La verdadera fe requiere pasar de simplemente conocer a Dios a confiar plenamente en él. Jesús nos llama a confiar activamente en él. En Mateo 11:28-29, nos invita: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas». La fe es una confianza activa en Dios basada en la verdad que hemos llegado a conocer y creer. En otras palabras, la verdadera fe produce acciones. La fe sin acciones está muerta. (Santiago 2:20)

¿Es tu fe real o finges? La fe verdadera es sincera y genuina. Es sólida, inmutable y dura toda la vida. No es falsa ni temporal. Se basa en Jesús, la Palabra de vida. Te animo a que examines tu fe. ¿Tienes una fe genuina? ¿Es sincera y real, o tiene obras que se han infiltrado tan lentamente que ni siquiera nos dimos cuenta? No importa lo que encuentres al examinarte, el poder de Dios, junto con su Palabra, puede impulsarte a niveles de fe aún mayores.

NOTAS:

Principio 8

Poniendo la fe en acción

Desbloqueando el poder de la Palabra de Dios

A lo largo de las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, presenciamos cómo el pueblo de Dios ha logrado hazañas increíbles al poner su fe en acción. Estos ejemplos sirven como poderosos recordatorios de cómo la fe puede transformar situaciones cotidianas en milagros extraordinarios.

La fe en acción en el Antiguo Testamento

Consideremos la historia de Josué y la batalla de Jericó (Josué 6:2-5, 16, 20). Dios le había prometido a Josué que Jericó caería en manos de los israelitas, pero esta promesa divina no se tradujo en una victoria inmediata y sin esfuerzo. En cambio, Dios le proporcionó a Josué un plan detallado: los israelitas debían marchar alrededor de la ciudad una vez al día durante seis días, y el séptimo día, debían dar siete vueltas a la ciudad antes de gritar. La clave era actuar con fe, siguiendo esta instrucción.

A pesar de la estrategia aparentemente impráctica —marchar alrededor de una ciudad fortificada sin evidencia inmediata de éxito—, los israelitas obedecieron. Su fe se demostró no solo en su creencia, sino también en sus acciones. Cuando siguieron las instrucciones de Dios al pie de la letra, los muros de Jericó se derrumbaron milagrosamente, lo que les permitió capturar la ciudad.

Esta historia destaca una lección crucial: la fe implica acción. Es fácil creer en las promesas de Dios cuando todo marcha bien, pero la verdadera fe se pone a prueba cuando actuamos según la palabra

de Dios a pesar de las circunstancias. Al igual que los israelitas, debemos actuar conforme a las promesas de Dios con la confianza de que él las cumplirá.

La fe en acción en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, vemos la fe en acción a través de la historia del paralítico y sus amigos (Lucas 5:18-20, 24, 25). Cuando un hombre paralítico fue llevado ante Jesús, la multitud era tan densa que sus amigos no pudieron alcanzarlo por la puerta. Sin inmutarse, subieron al tejado y bajaron al hombre a la habitación.

Jesús, conmovido por su fe persistente, le dijo al paralítico: «Hombre, tus pecados te son perdonados». Luego le indicó que se levantara y caminara. La sanación no se produjo sin acción. La fe de los amigos se evidenció en su negativa a rendirse, y la del hombre se manifestó en su disposición a obedecer el mandato de Jesús a pesar de su condición física. Su sanación fue resultado directo de su fe en acción.

Esta historia refuerza la idea de que la fe no es pasiva. Requiere que demos pasos audaces, incluso cuando los obstáculos parecen insuperables. La determinación de los amigos y la obediencia del paralítico propiciaron una curación milagrosa.

La fe en acción en el siglo XX

La fe en acción siguió siendo evidente en el siglo XX. Un ejemplo memorable es el de un servicio de sanación donde un evangelista animó a una señora en silla de ruedas a caminar. Mientras que tres de cada cuatro personas en silla de ruedas obedecieron la orden y experimentaron sanidad, la cuarta persona dudó, diciendo que no podía caminar porque no lo había hecho en años. La diferencia

estaba en la acción. Quienes actuaron con fe experimentaron resultados milagrosos.

Otro ejemplo inspirador es el de un hombre que no podía caminar debido a quemaduras graves. Cuando le dijeron que corriera, empezó patinando, pero con el tiempo empezó a caminar con normalidad, demostrando que la fe requiere acción y a menudo conduce a avances inesperados.

Estos ejemplos modernos demuestran que la fe en acción aún puede producir milagros hoy. Nos recuerdan que creer no basta; debemos actuar con fe para ver las promesas de Dios cumplidas en nuestras vidas.

El papel de la fe en la recepción del Espíritu Santo

La fe en acción también es crucial para recibir el Espíritu Santo. Como se ve en Hechos 19:1-6, Pablo preguntó a los discípulos si habían recibido el Espíritu Santo, destacando que el don ya había sido otorgado por Dios. Recibir el Espíritu Santo implica actuar con fe, similar a recibir cualquier otro don de Dios.

En la práctica, recibir el Espíritu Santo requiere que creamos en la promesa de Dios y la pongamos en práctica. Al igual que en otros milagros, debemos actuar conforme a la Palabra de Dios creyendo y recibiendo. La fe no se trata de rogar ni suplicar; se trata de aceptar lo que Dios ya nos ha dado.

Las interacciones de Pablo con los nuevos creyentes ilustraron que recibir el Espíritu Santo es una experiencia espiritual que requiere fe en acción. El Espíritu Santo nos fortalece, pero debemos responder a su presencia y cooperar con su guía.

Conclusión

La fe es más que solo creer; se trata de actuar según esa creencia. Desde los muros de Jericó hasta los milagros modernos y el don del Espíritu Santo, el patrón sigue siendo el mismo: la fe se demuestra con acciones. Como dice Santiago 1:22: «Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solo oidores». Para liberar el poder de la Palabra de Dios en nuestras vidas, debemos actuar conforme a ella con fe inquebrantable, tal como lo hicieron quienes nos precedieron.

“...imiten a aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas.” Hebreos 6:12b

NOTAS:

Principio 9

Gracia y fe: necesitas ambas

Gracia y fe: la alianza perfecta

Para experimentar plenamente las bendiciones y promesas de Dios, la gracia y la fe deben ir de la mano. Como nos recuerda Efesios 2:8-9: «Porque por gracia sois salvos mediante la fe; y esto no de vosotros, sino que es don de Dios». Observa que no dice que somos salvos solo por gracia o solo por fe; enfatiza que ambas son esenciales. La gracia es la provisión de Dios y la fe es nuestra respuesta. Juntas, abren la plenitud de la salvación y las promesas de Dios. ¡Necesitas ambas!

Gracia y fe:

Un dúo dinámico para poseer las promesas de Dios

La relación entre la gracia y la fe se extiende más allá de la salvación. Toda promesa de Dios —ya sea protección, sabiduría, sanidad, provisión, favor o dirección— se obtiene mediante la combinación de la gracia y la fe. La gracia representa lo que Dios ya ha logrado a través de Jesucristo, mientras que la fe es nuestra confianza activa en su obra terminada. Es esta sinergia de gracia y fe la que manifiesta las promesas de Dios en nuestras vidas. Sin ambas, nos perdemos la plenitud de lo que Dios tiene para nosotros.

Cómo evitar las trampas: el desequilibrio entre la gracia y la fe sola

Aquí radica el desafío: algunas personas se centran exclusivamente en la gracia, mientras que otras enfatizan la fe, excluyéndola. Quienes se concentran solo en la fe pueden caer en la trampa de intentar ganarse el favor de Dios con sus esfuerzos —orando, ayunando, dando o sirviendo— con la esperanza de obligarlo a

actuar. Por otro lado, quienes se centran únicamente en la gracia pueden adoptar una actitud pasiva, simplemente esperando que Dios actúe sin dar ningún paso de fe. Ambos enfoques conducen a la decepción, el vacío y el desánimo.

Gracia: La parte de Dios en la ecuación

La gracia se describe a menudo como un favor inmerecido. Es el regalo de Dios para nosotros, independientemente de nuestras acciones. La gracia se trata de lo que Dios ya ha hecho por nosotros a través de Jesucristo. Su obra está completa, y nada de lo que hagamos puede añadirle. La gracia de Dios es su parte de la ecuación: una obra terminada a nuestra disposición.

La fe: nuestra respuesta a la gracia de Dios

La fe, por otro lado, es nuestra respuesta activa a lo que Dios ya ha hecho. Se define como confiar plenamente en Dios, creyendo sin vacilar ni dudar que Él ha cumplido sus promesas. La fe no consiste en confiar en nuestros propios esfuerzos ni en nuestra bondad; consiste en depositar nuestra confianza en la gracia de Dios. Cuando respondemos con fe, nos aferramos a lo que Dios nos ha provisto.

Dios ya hizo su parte

Aquí está la clave: Dios ya cumplió su parte por gracia. Nuestro papel es creer y recibir por fe. No es solo la verdad la que nos libera; es la verdad que conocemos y aplicamos. Como dice Juan 8:32: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». La fe requiere el conocimiento de las promesas de Dios. Romanos 10:17 nos dice: «La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». Para tener fe, primero debemos saber lo que Dios nos ha prometido.

La fe debe responder a la gracia

Sin el conocimiento de las promesas de Dios, es imposible creer y tener fe. Oseas 4:6 advierte: «Mi pueblo fue destruido por falta de conocimiento». Tu parte es conocer la Palabra de Dios, creerla y responder con fe. La gracia sin fe no puede salvarte, y la fe que no se basa en la gracia de Dios está destinada al fracaso.

Sin embargo, cuando depositas tu fe en lo que Dios ya ha hecho por gracia, recibes la plenitud de su provisión. Como declara 1 Juan 5:4: «Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe». La fe es la clave para vivir en victoria.

Cree y confíe en Dios

Recuerda esto: Dios ha hecho su parte: la gracia. Ahora, te toca a ti hacer la tuya: la fe. Cree y confía plenamente en Él. Números 23:19 nos asegura: «Dios no es hombre, para que mienta, ni es hombre para que se arrepienta. ¿Acaso habla y luego no actúa? ¿Promete y no cumple?». Lo que Dios ha hecho por gracia es tuyo, pero se necesita que la gracia y la fe trabajen juntas para que sus promesas se cumplan en tu vida.

Tomadas individualmente, la gracia o la fe por sí solas pueden conducir al desequilibrio espiritual. Pero combinadas, se convierten en elementos esenciales de una vida espiritual próspera. Al igual que la sal, vital para nuestro bienestar físico, la gracia y la fe son vitales para nuestro bienestar espiritual. Ambas son necesarias para vivir plenamente.

NOTAS:

Principio10

No sobreestimes tu fe

El apóstol Pedro es un ejemplo profundo de cómo a veces sobreestimamos nuestra fe. En Juan 13:36-38, vemos a Pedro, lleno de celo y confianza, declarando su lealtad inquebrantable a Jesús. «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti», se jactó Pedro. Pero Jesús, conociendo el futuro, respondió: «¿De verdad darás tu vida por mí?». En cuestión de días, Pedro negaría a Jesús tres veces.

La negación de Pedro no se debió a falta de fe, sino a una sobreestimación de su fe. Creía sinceramente que estaba listo para seguir a Jesús hasta la muerte, pero Jesús sabía más. Jesús conocía la medida exacta de la fe de Pedro, al igual que la nuestra. Romanos 12:3 nos recuerda que a cada uno se le ha dado una medida de fe, pero es vital reconocer cuál es su medida actual.

La realidad de sobreestimar la fe

Habrán momentos en la vida en que nuestra fe se pondrá a prueba, y como Pedro, podríamos encontrarnos con dificultades. Es fácil sobreestimar nuestra fe, especialmente cuando confiamos en nuestro camino espiritual. Podríamos vacilar, tener dudas o tener dificultades en áreas que creíamos dominar. Sin embargo, estos momentos no son fracasos; son oportunidades para crecer, para aprender a confiar más profundamente en Jesús y para desarrollar aún más nuestra fe.

La fe es un trabajo en progreso, no un logro estático. Crece con la práctica, así como los músculos se fortalecen con el uso. Entonces, ¿qué debemos hacer cuando nos damos cuenta de que nuestra fe no es tan fuerte como pensábamos? La respuesta es simple: practica la medida de fe que sí tienes. Confía y sigue a Jesús lo mejor que puedas, sabiendo que Él siempre está contigo. Él te dará la gracia

que necesitas mientras continuas desarrollando la fe necesaria para enfrentar desafíos aún mayores.

2 Corintios 5:7 nos dice: «Porque por fe vivimos, no por vista». Este versículo nos recuerda que como cristianos debemos vivir por fe en Cristo, no confiando en nuestro propio entendimiento ni en las realidades físicas que nos rodean. La fe es la moneda del reino de Dios, y es por ella que recibimos todo de Dios: salvación, sabiduría, dirección y más. Sin fe, es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6).

La fe en Dios, no en la fe misma

Sin embargo, es crucial comprender que no es la fe en nuestra fe lo que hace realidad las promesas de Dios. Es la fe en Dios y en su Palabra. Siempre podemos confiar en Dios porque él es fiel, incluso cuando nosotros no lo somos (2 Timoteo 2:13). Nuestra fe debe centrarse en él, no en nuestra capacidad de creer. Cuando sobreestimamos nuestra fe, desviamos nuestra atención de Dios hacia nosotros mismos, lo cual puede llevarnos al fracaso. En cambio, debemos recordar que Jesús es el autor y consumidor de nuestra fe (Hebreos 12:2).

Pedro, uno de los discípulos más cercanos de Jesús, es un ejemplo contundente de esta verdad. Como miembro del círculo íntimo de Jesús y pilar de la iglesia primitiva, Pedro demostró a menudo una gran fe. Siguió a Jesús, echó sus redes en aguas profundas cuando se le indicó, e incluso bajó de la barca para caminar sobre las aguas. Sin embargo, a pesar de estos actos de fe, Pedro no estaba listo para seguir a Jesús a la cruz, aunque creía estarlo. Sobreestimó su fe, creyéndose más fuerte de lo que era.

Aprendiendo del ejemplo de Pedro

Al igual que Pedro, habrá momentos en que nuestra fe se pondrá a prueba y podríamos sobreestimar su fuerza. Podríamos enfrentar

preguntas, desafíos y dificultades que parecen estar más allá de nuestro nivel actual de fe. Podríamos vacilar, dudar o tener dificultades, pero estos son momentos para aprender y crecer. Romanos 10:17 nos dice que «la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». Nuestra fe crece a medida que nos sumergimos en la Palabra de Dios y permitimos que moldee nuestro corazón y nuestra mente.

Jesús conoce nuestros corazones. Él conoce nuestras debilidades y la medida exacta de nuestra fe, tal como conocía la de Pedro. La buena noticia es que, si bien a menudo sobreestimamos nuestra propia fe, también subestimamos la gracia y la disposición de Jesús para ayudarnos en nuestros momentos de debilidad. Jesús usa estos momentos para ayudarnos a crecer, no para condenarnos.

Esta comprensión no es excusa para el fracaso ni para no esforzarnos por vivir por la fe. Al contrario, debería animarnos a desarrollar aún más nuestra fe, a poner nuestra mirada en Jesús, el perfeccionador de nuestra fe, y a confiar más plenamente en él. Jesús no espera que ejerzamos una fe que aún no hemos desarrollado. Nos pide que usemos la fe que ya tenemos, confiando en que él estará con nosotros en cada paso del camino.

Conclusión: Practicar y crecer en la fe

Así que, practica la medida de tu fe. Confía en Jesús y síguelo lo mejor que puedas, y ten la seguridad de que Él siempre está contigo. Él te dará la gracia que necesitas a medida que desarrollas la fe necesaria para seguirlo a lugares a los que quizás no puedas ir ahora mismo. A medida que sigues creciendo en la fe, recuerda que no se trata de la fuerza de tu fe, sino de la fidelidad de Aquel en quien confías. Esta es tu palabra clave: no sobreestimes tu fe, pero no subestimes la gracia de Dios y su capacidad para ayudarte a crecer en la fe cada día.

Principio11

Enemigos de la fe

Cómo reconocerlos y superarlos

Introducción: La guerra invisible contra tu fe

Tu fe está bajo ataque ahora mismo. Aunque no te des cuenta, se libra una guerra invisible por el control de tus creencias, cómo las crees y si crees o no. La batalla no siempre es ruidosa ni evidente. De hecho, los ataques más peligrosos suelen ser sutiles, estratégicos y engañosamente silenciosos.

No te despiertas una mañana y de repente descubres que tu fe se ha desvanecido por completo. La fe rara vez se pierde en un solo momento catastrófico. Al contrario, se erosiona gradualmente: desgastada por la duda persistente, debilitada por el desánimo, socavada por la distracción y lentamente sofocada por el miedo. El enemigo no necesita destruir tu fe de un solo golpe; solo necesita comprometerla, confundirla o hacer que se vuelva ineficaz.

No te equivoques: tu fe es un blanco. Es precisamente lo que te conecta con las promesas de Dios, activa su poder y libera su provisión en tu vida. El diablo sabe que si logra neutralizar tu fe, puede paralizar tu progreso, detener tu destino y robarte tu herencia. Por eso, el apóstol Pablo, escribiendo a su hijo espiritual Timoteo, le dio este mandato urgente:

“Pelea la buena batalla de la fe” (1 Timoteo 6:12).

Observen con atención que Pablo no dice: «Piensa en la fe», «Estudia la fe» ni «Discúlpala». Dice: «Lucha». La fe es una lucha. Es una guerra. Requiere vigilancia, estrategia, fuerza y una determinación inquebrantable. Si la fe fuera fácil, Pablo la habría llamado un paseo, una conversación o una meditación. Pero la llamó

lucha porque comprendió que hay enemigos reales que trabajan activamente para socavarla, debilitarla y destruirla.

Charles Spurgeon dijo una vez: «La fe es algo vivo e inquieto. No puede estar desocupada. Debe estar haciendo algo: trabajando por amor o luchando contra el miedo». La fe que no lucha es una fe que muere. La fe pasiva es una fe vulnerable. La fe complaciente se convierte en una fe comprometida.

En capítulos anteriores, hemos explorado varios aspectos de la fe: qué significa vivir por fe, qué es la verdadera fe, cómo desarrollarla, cómo activarla y qué la hace efectiva. En este capítulo, nos centramos en un aspecto crucial y a menudo descuidado: los enemigos de la fe. Porque si no conoces a tus enemigos, no puedes defenderte de ellos. Y si no puedes defenderte de ellos, inevitablemente caerás víctima de ellos.

Si la fe es una lucha —y la Escritura lo declara—, entonces debe haber adversarios. De hecho, existen varios enemigos específicos que buscan socavar, debilitar y destruir tu fe. Examinaremos seis de los principales enemigos de tu fe, expondremos sus tácticas y te equiparemos con las armas necesarias para vencerlos.

1. Falta de conocimiento

El primer enemigo de la fe, y quizás el más devastador, es la ignorancia: la falta de conocimiento de la Palabra de Dios. Oseas 4:6 ofrece una declaración aleccionadora y escalofriante:

"Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento."

Este versículo no habla de educación general, sabiduría mundana ni inteligencia intelectual. Se refiere específicamente al conocimiento de la Palabra de Dios: sus promesas, su carácter, sus caminos y su voluntad. Sin este conocimiento, la fe no tiene fundamento. Solo puedes tener fe en lo que sabes que dice la Palabra de Dios. La

ignorancia, la desinformación y las enseñanzas erróneas sobre la Palabra de Dios pueden destruir sistemáticamente la fe.

Ilustración: Imaginen a un soldado enviado a la batalla sin entrenamiento, sin conocimiento del enemigo ni comprensión de sus propias armas. Puede tener valentía, pero la valentía sin conocimiento es temeraria y conduce a la derrota. De igual manera, los creyentes que carecen de conocimiento de las Escrituras pueden tener sinceridad, pero la sinceridad sin verdad es impotente.

Romanos 10:17 establece este principio esencial:

"La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios."

La fe no se genera mediante pensamientos positivos ni entusiasmo emocional. Nace y se fortalece mediante la exposición a la Palabra de Dios. Derek Prince observó: «No se puede ejercer la fe en un ámbito donde se desconocen las promesas de Dios». Si no se conoce lo que Dios ha dicho, no se puede confiar en lo que ha prometido.

La enseñanza errónea es particularmente peligrosa porque infunde falsa confianza en las personas. Creen basarse en la Palabra cuando, en realidad, se basan en la tradición humana, la opinión religiosa o el cristianismo cultural. Jesús reprendió a los fariseos precisamente por esto:

"Anuláis la palabra de Dios por causa de vuestra tradición" (Mateo 15:6).

Kenneth Hagin enseñó: «La fe comienza donde se conoce la voluntad de Dios». Sin un conocimiento bíblico preciso, la fe se convierte en conjeturas, ilusiones o presunciones. DL Moody dijo: «La Biblia no fue dada para aumentar nuestro conocimiento, sino para transformar nuestras vidas». El conocimiento que no conduce a la transformación es inútil, pero la transformación no puede ocurrir sin conocimiento.

La falta de conocimiento de la Palabra de Dios es uno de los enemigos más graves y extendidos de la fe. El remedio es sencillo, pero requiere disciplina: sumérgete en la Escritura a diario, estúdiala con diligencia, medita en ella continuamente y permite que el Espíritu Santo ilumine tu corazón con sus verdades.

2. Falta de esperanza

La esperanza no es una ilusión ni una ensoñación optimista. La esperanza bíblica es una expectativa segura, arraigada en las promesas de Dios. Hebreos 11:1 define la fe como:

"La certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve."

La esperanza es el marco sobre el que se construye la fe. Es el plano, el andamiaje, la estructura fundamental. Sin esperanza, la fe no tiene a qué aferrarse. Cuando pierdes la esperanza, pierdes el ancla de tu fe, y esta vaga sin rumbo.

Ilustración: Piensa en la esperanza como el esqueleto del cuerpo humano. La fe son los músculos, órganos y sistemas que dan vida y movimiento. Pero sin el esqueleto, todo se derrumba. La esperanza da estructura y forma a la fe.

Romanos 4:18 describe la fe de Abraham en términos poderosos:

"Contra toda esperanza, Abraham creyó en esperanza."

Aun cuando las circunstancias gritaban "imposible", la esperanza de Abraham en la promesa de Dios permaneció inquebrantable. Su esperanza no se basaba en su edad, la esterilidad de Sara ni en las probabilidades naturales. Su esperanza estaba cimentada en el carácter y la fidelidad de Dios.

Joyce Meyer escribe: «La esperanza es una expectativa favorable y segura; es una actitud expectante de que algo bueno sucederá y todo

saldrá bien, sin importar la situación que enfrentemos». Cuando la esperanza muere, la fe se asfixia. Proverbios 13:12 advierte:

"La esperanza postergada enferma el corazón."

Un corazón enfermo no puede sostener una fe firme. El enemigo lo sabe, por eso ataca implacablemente tu esperanza mediante la decepción, la demora y el desánimo. Susurra: «Nunca sucederá. Has creído demasiado tiempo. Dios te ha olvidado».

Max Lucado nos recuerda: «La fe no es creer que Dios hará lo que quieres. Es creer que Dios hará lo correcto». La esperanza mantiene tu mirada fija en la fidelidad de Dios, no en tus circunstancias. Jeremías 29:11 declara:

«Porque yo sé los planes que tengo para vosotros —declara el Señor—, planes de bienestar y no de calamidad, para daros un futuro y una esperanza».

Para proteger tu fe, debes proteger tu esperanza. Aliméntala con las promesas de Dios. Rodéate de testimonios de su fidelidad. Niégate a albergar pensamientos desesperanzadores ni a pronunciar palabras desesperanzadoras. Mientras viva la esperanza, la fe perdura.

3. Falta de concentración

Vivimos en la generación más distraída de la historia de la humanidad. Nuestra capacidad de atención se reduce, nuestras mentes están fragmentadas y nuestra atención se ve constantemente secuestrada por un sinfín de voces, imágenes y exigencias. En este contexto, mantener la concentración espiritual se ha convertido en un desafío monumental y una necesidad crucial.

Hebreos 12:2 (Biblia Amplificada) nos aconseja:

“Apartemos la mirada de todo aquello que nos distraiga y fijemos nuestra mirada en Jesús, quien es el Autor y Perfeccionador de la fe”.

Nuestra fe madura y se mantiene fuerte cuando nos mantenemos enfocados en Jesús. Pero cuando nos dejamos distraer por las circunstancias, abrumar por los problemas o consumir por lo que vemos en lo natural, nuestra fe se ve gravemente comprometida.

Ilustración: Pedro caminó sobre el agua mientras mantuvo la mirada fija en Jesús. En cuanto vio las olas y sintió el viento, comenzó a hundirse (Mateo 14:29-30). Sus circunstancias no cambiaron: la tormenta seguía furiosa. Pero su enfoque cambió, y con él, su fe flaqueó.

La fe de Abraham triunfó porque se negó a centrarse en imposibilidades. Romanos 4:19-20 dice:

Sin desfallecer en su fe, afrontó el hecho de que su cuerpo estaba prácticamente muerto —ya que tenía unos cien años— y que la matriz de Sara también estaba muerta. Sin embargo, no vaciló por incredulidad respecto a la promesa de Dios, sino que se fortaleció en su fe y dio gloria a Dios.

Abraham reconoció los hechos, pero decidió centrarse en la promesa y el poder de Dios. Los hechos son reales, pero no son definitivos. La Palabra de Dios es definitiva.

A. W. Tozer escribió: «Quien llega a creer correctamente en Dios se libera de mil problemas temporales». Cuando tu enfoque está centrado en Dios —su carácter, su fidelidad, sus promesas—, tu fe se mantiene firme sin importar lo que te rodea.

TD Jakes enseña: «Si no puedes descubrir tu propósito, descubre tu pasión. Porque tu pasión te llevará directo a tu propósito». Pero, fundamentalmente, tu enfoque determina tu nivel de fe. Aquello en

lo que te concentras crece. Si te concentras en los problemas, estos se magnifican. Si te concentras en Jesús, tu fe se expande.

La falta de enfoque en Jesús, el Autor y Perfeccionador de nuestra fe, es un enemigo serio y cada vez más común de la fe en nuestra cultura saturada de distracciones. El antídoto es la atención intencional y disciplinada: apagar el ruido, silenciar las voces y fijar la mirada en Él.

4. Falta de paciencia

Vivimos en una sociedad de gratificación instantánea. Queremos lo que queremos, y lo queremos ya. La comida rápida, la entrega en el mismo día, las descargas instantáneas y las respuestas inmediatas nos han condicionado a esperar que todo suceda pronto. Pero la fe no se rige por nuestros horarios, sino por los de Dios.

Hebreos 6:12 revela un principio crítico:

"Por la fe y la paciencia heredamos las promesas."

Observe que se requieren tanto fe como paciencia. La fe inicia. La paciencia sostiene. La fe cree. La paciencia persevera. La fe declara. La paciencia espera con confianza. Sin paciencia, la fe no puede cumplir su propósito ni producir el resultado prometido.

Ilustración: Un agricultor siembra con la fe de que habrá una cosecha. Pero entre la siembra y la cosecha, hay un tiempo de espera. El agricultor no desentierra la semilla todos los días para comprobar su progreso. No se asusta cuando no aparece nada inmediatamente. Entiende que el proceso requiere tiempo y tiene paciencia. Santiago 5:7-8 dice:

Hermanos, tengan paciencia hasta la venida del Señor. Observen cómo el labrador espera con paciencia que la tierra dé su valiosa

cosecha, esperando con paciencia las lluvias de otoño y primavera. Ustedes también, tengan paciencia y manténganse firmes.

La paciencia comprende que la Palabra de Dios nunca falla y que Él vela por su cumplimiento (Jeremías 1:12). La fe no solo cree en la existencia de Dios, sino que también confía en que recompensa a quienes lo buscan con diligencia (Hebreos 11:6).

Si nos impacientamos y no esperamos el tiempo perfecto de Dios, corremos el riesgo de abortar lo que Dios está gestando. Gálatas 6:9 nos recuerda:

"No nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo cosecharemos si no desmayamos."

La frase "si no nos damos por vencidos" es crucial. Muchos creyentes pierden su cosecha no porque Dios falló, sino porque se dieron por vencidos demasiado pronto. Se cansaron de la espera, se frustraron por la demora y abandonaron su fe antes de que llegara el gran avance.

Smith Wigglesworth declaró: «La fe es un don de Dios que el hombre no puede dar ni quitar. La fe es el canal por el que fluye la vida divina. Este canal no debe obstruirse». La impaciencia obstruye el canal.

Joyce Meyer añade: «La paciencia no es la capacidad de esperar, sino la capacidad de mantener una buena actitud mientras se espera». Tu actitud durante la espera fortalece o debilita tu fe. Quejarse, murmurar y cuestionar la fidelidad de Dios son formas de impaciencia que envenenan la fe.

La falta de paciencia es uno de los enemigos más formidables y frecuentemente subestimados de la fe. La solución es cultivar la perseverancia, confiar en el tiempo de Dios y mantener una actitud de fe expectante incluso cuando parezca que nada sucede.

5. Falta de creencia

Esto puede parecer contradictorio: ¿cómo puede la falta de fe ser enemiga de la fe cuando la fe misma es creencia? Pero la falta de fe se manifiesta de tres formas distintas: incredulidad, incredulidad y duda. Cada una ataca la fe de forma diferente, y las tres son mortales.

Incredulidad Es la ausencia de fe. No necesariamente niega la verdad por completo, pero no la acepta. Por ejemplo, si digo: «Debes nacer de nuevo para entrar en el Reino de los Cielos» y leo los versículos relevantes de Juan 3, podrías reconocer la verdad intelectualmente, pero decir: «Sé que debería, pero no estoy listo». Eso es incredulidad: reconocer la verdad, pero no ponerla en práctica.

Incredulidad Va más allá. Rechaza rotundamente la verdad. Usando el mismo ejemplo, la incredulidad respondería: «No lo creo. Creo que hay muchos caminos hacia Dios, y nacer de nuevo es solo una opinión religiosa entre muchas». La incredulidad es una oposición activa a la verdad.

Duda Es quizás la más insidiosa porque se disfraza de cautela razonable. La duda no niega la verdad de la Palabra de Dios; duda en aceptarla plenamente. Dice: «Creo, pero...» y luego enumera todas las razones por las que la promesa de Dios podría no aplicarse en esta situación. Santiago 1:6-8 lanza una severa advertencia:

Pero cuando pidan, tengan fe y no duden, porque quien duda es como una ola del mar, arrastrada por el viento. No esperen recibir nada del Señor. Esa persona es de doble ánimo e inconstante en todos sus actos.

La duda te hace vacilar ante las promesas de Dios, oscilando entre la creencia y la incredulidad, sin estar del todo resuelto, dudando constantemente. Marcos 11:23 enfatiza:

"De cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dude en su corazón, sino crea que sucederá lo que dice, le será hecho."

Fíjate que Jesús dijo: «No duda en su corazón». La duda no reside en tu cabeza, sino en tu corazón. Es una inestabilidad interna que socava la fe segura.

Ilustración: Imagina intentar construir una casa sobre arenas movedizas. Por muy sólidos que sean los materiales, la estructura acabará derrumbándose porque los cimientos son inestables. La duda hace que tu fe sea inestable.

Charles Spurgeon escribió: «La incredulidad es un ladrón. Nos roba los gozos que Dios nos ha preparado». Kenneth Copeland enseña: «La duda y la incredulidad no son actitudes pasivas, sino actitudes agresivas contra la Palabra de Dios».

Las tres —incredulidad, incredulidad y duda— son enemigas de la fe. Deben ser confrontadas, desafiadas y vencidas con la verdad de la Palabra de Dios. Romanos 10:17 ofrece el antídoto:

"La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios."

Cuanto más escuchas, hablas y meditas en la Palabra de Dios, más crece tu fe y disminuyen tus dudas. Marcos 9:24 nos da un modelo de oración: "¡Creo; ayúdame a vencer mi incredulidad!". Dios te ayudará, pero debes ser honesto sobre la batalla y luchar con determinación.

6. Miedo

El miedo es el polo opuesto de la fe. Mientras la fe cree, el miedo duda. Mientras la fe espera lo mejor, el miedo anticipa lo peor. Mientras la fe activa las promesas de Dios, el miedo abre la puerta a los ataques del enemigo. El miedo no es solo una emoción, es un

espíritu que busca intimidarte e impedirte creer en las promesas de Dios.

2 Timoteo 1:7 declara:

"Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio."

Observa que Pablo identifica el miedo como algo que Dios no te dio. Si Dios no te lo dio, entonces vino del enemigo. El miedo es un arma demoníaca diseñada para paralizar tu fe, inmovilizar tu progreso y robarte la paz.

Mientras que la fe activa la intervención de Dios, el miedo activa la interferencia del diablo. La misión de Satanás, según Juan 10:10, es robar, matar y destruir tu vida. El miedo es una de sus principales herramientas. Bombardea tu mente con pensamientos negativos, escenarios desastrosos y evidencia falsa, haciéndote dudar de las promesas de Dios y cuestionar su fidelidad.

Ilustración: El miedo es como una moneda falsa. Parece real, se siente real e incluso puede parecer convincente. Pero cuando intentas usarlo, no tiene ningún valor. El miedo se presenta como precaución, sabiduría o realismo, pero en realidad es simplemente incredulidad disfrazada de respeto.

Job 3:25 revela un principio que da que pensar:

"Lo que temía me ha sucedido; lo que me aterraba me ha acontecido."

El miedo es una forma negativa de fe. Cree y confiesa lo peor. Medita sobre el desastre. Y, trágicamente, a menudo hace que suceda aquello en lo que se centra, porque el miedo, como la fe, es creativo.

Franklin D. Roosevelt dijo la famosa frase: «Lo único que debemos temer es al miedo mismo». Si bien no es una cita bíblica, capta un

principio bíblico: el miedo se agrava, se multiplica y se alimenta a sí mismo. Si no se controla, se convierte en un tirano.

Pero aquí está la buena noticia: el miedo es mentiroso. Pruebas falsas que parecen reales: eso es lo que el miedo trafica. Magnifica las amenazas, exagera los peligros y distorsiona la realidad. Cuando confrontas el miedo con la verdad de la Palabra de Dios, pierde su poder.

Corrie ten Boom, quien sobrevivió a los campos de concentración nazis, dijo: «La preocupación no vacía el mañana de su tristeza. Vacía el hoy de su fuerza». El miedo y la preocupación matan la fe.

Si el miedo llama a tu puerta, responde con fe, y el miedo huirá. Isaías 41:10 manda:

No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré; sí, te ayudaré, te sustentaré con la diestra de mi justicia.

Cuando Dios dice «No temas», no está sugiriendo nada, sino dando una orden. Tienes la autoridad y el poder para resistir el miedo. Santiago 4:7 promete:

Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo, y huirá de vosotros.

El miedo es, sin duda, uno de los enemigos más poderosos y persistentes de la fe. Pero mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo (1 Juan 4:4). El miedo puede llamar a la puerta, pero no tienes por qué abrirla.

Luchando la buena batalla de la fe: Tu plan de batalla para la victoria

Pablo describió la lucha de la fe como una "buena" lucha, no porque sea fácil, sino porque es una lucha que estás destinado a ganar. Es

una lucha que vale la pena librar. Es una lucha con victoria garantizada para quienes se niegan a rendirse.

La palabra "bueno" aquí significa noble, honorable y digno. No se trata de una lucha inútil ni de un esfuerzo inútil. Es una guerra con significado eterno, implicaciones para el reino y transformación personal. Tu fe es valiosa y vale la pena luchar por ella.

Pero ¿cómo se lucha? ¿Cómo se ve en la práctica la guerra espiritual contra estos enemigos?

Primero, conoce a tu enemigo. Acabas de conocer seis adversarios principales: falta de conocimiento, falta de esperanza, falta de concentración, falta de paciencia, falta de fe y miedo. Nómbralos. Reconócelos. Identifica cuáles te atacan actualmente. Sun Tzu escribió en El arte de la guerra: «Si conoces al enemigo y te conoces a ti mismo, no tendrás que temer el resultado de cien batallas».

En segundo lugar, ármate con la Palabra de Dios. Efesios 6:17 llama a las Escrituras "la espada del Espíritu". Esta es tu arma ofensiva. Cuando Jesús fue tentado en el desierto, no negoció con el diablo; citó las Escrituras. "Escrito está..." fue su respuesta constante (Mateo 4). Memoriza versículos que hablen de tus batallas específicas. Repítelos en voz alta. Medita en ellos constantemente.

En tercer lugar, mantente conectado en oración. No puedes luchar solo. La oración es comunicación con tu Comandante en Jefe. Es como recibes órdenes, obtienes fuerza y accedes al poder sobrenatural. Judas 1:20 instruye:

Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, y orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios.

En cuarto lugar, cuida tu vida mental. 2 Corintios 10:5 manda:

“Derribamos argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevamos cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.”

Los pensamientos se convierten en palabras. Las palabras en acciones. Las acciones en hábitos. Los hábitos en carácter. El carácter determina el destino. Todo empieza en tu mente. No dejes que el enemigo se afiance allí.

En quinto lugar, rodéate de creyentes llenos de fe. El aislamiento te hace vulnerable. Hebreos 10:24-25 insta:

"Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino animándonos unos a otros."

El hierro se afila con hierro. La fe es contagiosa. La incredulidad también. Elige tu círculo con cuidado.

En sexto lugar, mantenerse firme y negarse a rendirse. Efesios 6:13 dice:

"Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que en el día malo podáis resistir, y después de haber acabado todo, estar firmes."

A veces, el mayor acto de fe es simplemente mantenerse firme cuando todo en tu interior quiere huir. Winston Churchill dijo: «Si estás pasando por un infierno, sigue adelante». No te detengas en medio de la batalla.

1 Juan 5:4 nos da esta promesa triunfante:

"Porque todo lo que nace de Dios vence al mundo. Y esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe."

¿Entendiste eso? Tu fe ya ha vencido. La victoria ya está lograda en Cristo. No estás luchando por la victoria, sino desde la victoria. Estás imponiendo lo que Jesús ya ganó.

John Wesley declaró: «Denme cien predicadores que solo teman al pecado y solo deseen a Dios, y no me importa si son clérigos o laicos, solo ellos sacudirán las puertas del infierno y establecerán el reino de los cielos en la tierra». ¿Qué describía Wesley? Personas cuya fe es inquebrantable porque saben a quién sirven.

Tu fe está bajo ataque, pero no estás indefenso. Has sido equipado. Has sido empoderado. Has sido posicionado para la victoria. Reconoce a los enemigos. Enfrentalos con la verdad. Mantente firme en la Palabra de Dios. Niégate a rendirte.

La lucha de la fe es buena porque Dios es bueno. La lucha de la fe se puede ganar porque Dios es fiel. La lucha de la fe vale la pena porque tu destino depende de ella.

Así que lucha. Lucha con todo lo que tienes. Lucha con la Palabra en tu boca y el Espíritu en tu corazón. Lucha hasta que todo enemigo se retire. Lucha hasta que se produzca un gran avance. Lucha hasta que la victoria se manifieste.

Porque cuando peleas la buena batalla de la fe, no solo sobrevives, sino que conquistas. No solo perseveras, sino que vences. No solo te mantienes firme, sino que haces avanzar el reino.

La pregunta no es si enfrentarás a estos enemigos; lo harás. La pregunta es si los reconocerás, los resistirás y los vencerás. Tu fe es demasiado valiosa para perderla. Tu destino es demasiado importante para renunciar a él. Tu llamado es demasiado significativo para abandonarlo.

Levántate. Prepárate. Alza la voz. Y lucha. Porque la buena batalla de la fe es una batalla para la que naciste.

Principio12

Aditivos de fe

Cómo potenciar su fe para una mayor eficacia

En este capítulo, nos centraremos en algo que a menudo se pasa por alto o se pasa por alto por completo cuando se trata de tener una fe que funcione. Compartiremos los ingredientes adicionales que necesitamos para que nuestra fe sea efectiva y productiva; los llamo "ADITIVOS DE LA FE". De hecho, la Biblia menciona específicamente siete de ellos.

Así como el motor de un automóvil necesita más que solo combustible para funcionar correctamente, tu fe necesita más que solo la Palabra de Dios para ser plenamente efectiva. Piensa en estas siete cualidades como "Aditivos para la Fe": elementos vitales que, al añadirlos a tu fe, la hacen altamente productiva y eficiente.

La fe es como el motor de un coche. El motor es la fuerza motriz que lo impulsa a su destino. De igual manera, la fe es el poder espiritual que te impulsa hacia tu propósito divino. Pero por muy elegante o impresionante que parezca un coche, sin un motor que funcione, no irá a ninguna parte. De igual manera, tu vida puede parecer exitosa en apariencia y puede que tengas un profundo amor por el Señor, pero si tu fe no funciona eficazmente, te costará alcanzar tu destino espiritual.

Así como un motor requiere no solo combustible, sino también aceite, agua, anticongelante y otros líquidos para funcionar correctamente, tu fe necesita ciertos aditivos para funcionar al máximo. Si bien la Palabra de Dios es el combustible que impulsa tu fe, estos aditivos son necesarios para asegurar su correcto funcionamiento. No pondrías gasolina en tu auto y esperarías que funcionara sin problemas sin aceite, líquido de transmisión, líquido de frenos ni refrigerante. Cada líquido cumple una función

específica y trabaja en conjunto para mantener el motor funcionando al máximo rendimiento. De igual manera, cada aditivo para la fe cumple una función única y esencial para mantener tu vida espiritual funcionando con la máxima eficacia.

El fundamento bíblico

El apóstol Pedro describe estos siete aditivos en 2 Pedro 1:5-8:

Por esta misma razón, esfuércense por añadir a su fe la bondad; a la bondad, el conocimiento; al conocimiento, el dominio propio; al dominio propio, la perseverancia; a la perseverancia, la piedad; a la piedad, el afecto mutuo; y al afecto mutuo, el amor. Porque si poseen estas cualidades en mayor medida, evitarán que sean ineficaces e improductivos en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Observe que en el versículo 8, Pedro enfatiza que poseer estas cualidades en mayor medida garantiza que su fe sea eficaz y productiva. La frase "esforzarse al máximo" en el versículo 5 indica que este no es un proceso pasivo; requiere intencionalidad, diligencia y acción deliberada de nuestra parte. Como dijo Andrew Murray: "La ley de la fe es esta: cuanto más trabajamos, más recibimos". Debemos cultivar activamente estas cualidades en nuestra vida.

Analicemos con más detalle cada uno de estos aditivos para comprender su importancia y cómo mejoran nuestra fe.

1. Bondad

La bondad se refiere a la virtud, la integridad y el carácter. Significa ser una persona honesta y de excelencia moral. Al añadir bondad a tu fe, te comprometes a hacer lo correcto, protegiéndote del orgullo, la avaricia y el egoísmo. Sin integridad, la fe puede ser mal utilizada y pervertida. La bondad garantiza que tu fe se emplee en armonía con la voluntad de Dios.

Piense en un contratista que construye una casa. Si carece de integridad, podría ahorrar dinero, usar materiales de baja calidad o cobrar por un trabajo que nunca realizó. La casa puede lucir hermosa por fuera, pero sus cimientos están comprometidos. De igual manera, la fe sin bondad puede producir resultados que parecen impresionantes por fuera, pero que son huecos e inestables por dentro. Como bien dijo Charles Spurgeon: «Un buen carácter es la mejor lápida. Quienes te amaron y recibieron tu ayuda te recordarán cuando los nomeolvides se marchiten. Graba tu nombre en corazones, no en mármol».

La bondad significa que no manipularás a otros con tu fe, no usarás lenguaje espiritual para engañar ni buscarás las bendiciones de Dios por medios deshonestos. Significa que tu "sí" es sí y tu "no" es no (Mateo 5:37). Cuando las personas observen tu vida, deberían ver la coherencia entre lo que profesas y tu forma de vivir. El mundo está observando, y nada daña más el testimonio de la fe que los creyentes que carecen de integridad básica y excelencia moral.

Joyce Meyer lo expresa así: «La integridad es hacer lo correcto incluso cuando nadie te ve». La bondad sumada a la fe garantiza que tu camino espiritual se mantenga coherente tanto en espacios públicos como privados. Prioriza añadir bondad a tu fe.

2. Conocimiento

Pedro se refiere al conocimiento de la Palabra de Dios, no al mero conocimiento natural. Es esencial adquirir continuamente la verdad espiritual mediante el estudio de las Escrituras. Oseas 4:6 advierte que la gente perece por falta de conocimiento, específicamente, de la Palabra de Dios. Comprender los caminos de Dios equilibra tu fe, previniendo el mal uso y la mala interpretación.

Imagina intentar operar una maquinaria sofisticada sin leer el manual de instrucciones. Quizás la consigas funcionar

temporalmente, pero probablemente la dañarás o no aprovecharás al máximo sus capacidades. La Palabra de Dios es nuestro manual de instrucciones para la vida y la fe. Al estudiar las Escrituras, aprendemos cómo funciona la fe, qué agrada a Dios y cómo alinear nuestra vida con sus propósitos.

El conocimiento no es solo información; es revelación y comprensión que transforma nuestra forma de pensar y vivir. Romanos 12:2 nos dice: «Transfórmense mediante la renovación de su mente». Esta transformación ocurre al saturar nuestra mente con la Palabra de Dios. Cuanto más conocemos la Palabra de Dios, más sólida y orientada es nuestra fe. La fe sin conocimiento es como el celo sin sabiduría: apasionada, pero desacertada.

Proverbios 1:7 afirma: «El temor del SEÑOR es el principio del conocimiento». El verdadero conocimiento comienza con la reverencia a Dios y crece mediante el estudio y la meditación en su Palabra. Como declaró RA Torrey: «La razón por la que muchos fracasan en la batalla es porque esperan hasta la hora de la batalla. La razón por la que otros triunfan es porque han obtenido la victoria de rodillas mucho antes de que llegara la batalla».

A Smith Wigglesworth, conocido por su poderoso ministerio de fe, le preguntaron una vez sobre su secreto. Respondió: «No suelo pasar más de media hora en oración, pero nunca paso más de media hora sin orar». Sin embargo, también enfatizó que leía la Biblia completa varias veces al año. El conocimiento de la Palabra de Dios era el fundamento de su extraordinaria fe. Sé diligente en añadir conocimiento a tu fe.

3. Autocontrol

El autocontrol es señal de madurez espiritual. Significa ser "hacedor de la Palabra, no solo oidor" (Santiago 1:22). La falta de autocontrol indica una "fe infantil", donde uno se deja llevar por sus deseos e

impulsos carnales, como un bebé que necesita supervisión constante para evitar sufrir daño. A medida que creces espiritualmente, aprendes a dejar atrás las conductas infantiles (1 Corintios 13:11) y a permitir que la Palabra de Dios gobierne tu corazón, alma y mente.

Consideremos un termostato en comparación con un termómetro. Un termómetro simplemente refleja la temperatura de su entorno; no tiene control. Un termostato, en cambio, controla el entorno regulando la temperatura. Los creyentes sin autocontrol son como termómetros: simplemente reflejan las emociones, circunstancias o tentaciones que los rodean. Pero los creyentes con autocontrol son como termostatos: regulan sus reacciones según la Palabra de Dios, independientemente de las condiciones externas.

El autocontrol significa no expresar todo lo que pasa por tu mente. Significa no comer todo lo que se te antoja, comprar todo lo que deseas ni reaccionar ante cualquier provocación. Significa poder decir "no" a tu carne y "sí" al Espíritu. Como escribió EM Bounds: "Lo que la iglesia necesita hoy no son más maquinaria ni mejores recursos, ni nuevas organizaciones ni métodos más innovadores, sino hombres a quienes el Espíritu Santo pueda usar: hombres de oración, hombres poderosos en la oración".

El dominio propio en la oración significa orar incluso cuando no tienes ganas. El dominio propio al dar significa diezmar incluso con un presupuesto ajustado. El dominio propio en las relaciones significa perdonar incluso cuando has sido profundamente herido. Es la disciplina para hacer lo correcto incluso cuando todo en ti quiere hacer lo fácil o cómodo.

Kenneth Hagin Sr. solía enseñar que los creyentes deben disciplinar su cuerpo, mente y espíritu. Decía: «Las confesiones de fe crean la realidad». Pero también enfatizaba que la confesión sin la acción correspondiente —sin autocontrol— carece de sentido. El

autocontrol cierra la brecha entre lo que creemos y cómo nos comportamos. El autocontrol es crucial para mantener una fe fuerte y eficaz. Asegúrate de añadir autocontrol a tu fe.

4. Perseverancia

La perseverancia, o paciencia, nos permite soportar las pruebas y los desafíos sin perder la esperanza ni la fe. Significa ser firmes, decididos y constantes, plenamente comprometidos con Dios incluso en circunstancias difíciles. Mediante la perseverancia, crecemos en resiliencia, confiando en la fuerza y la confiabilidad de Dios, y nuestra fe se vuelve inquebrantable.

Piensa en un corredor de maratón. La carrera no se gana en la primera milla ni siquiera en la décima. La ganan quienes siguen corriendo cuando sus músculos piden alivio, cuando sus pulmones arden y cuando todo su ser quiere rendirse. La perseverancia en la fe funciona de la misma manera. Muchos creyentes comienzan la carrera con entusiasmo y emoción, pero cuando el camino se vuelve difícil, abandonan su fe o se conforman con menos de lo mejor de Dios.

Sin este aditivo, corremos el riesgo de que nuestra fe se vea perjudicada. ¿Alguna vez has visto a alguien entusiasmarse con una promesa de Dios y luego darse por vencido cuando no se manifiesta de inmediato? Esa es la fe sin perseverancia. Santiago 1:3-4 nos dice: «La prueba de vuestra fe produce perseverancia. Que la perseverancia complete su obra, para que seáis perfectos y completos, sin que os falte nada». Observa que la perseverancia debe «completar su obra»; cumple una función en el desarrollo de nuestra madurez espiritual.

Hebreos 10:23 nos anima a mantener firme la profesión de nuestra fe, sin vacilar, y Hebreos 6:12 nos recuerda: «No queremos que se vuelvan perezosos, sino que imiten a aquellos que por la fe y la

paciencia heredan lo prometido». La combinación de fe y paciencia es poderosa: es la fórmula para recibir las promesas de Dios.

Hebreos 10:36 enfatiza además: «Es necesario que perseveren para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, reciban lo que él ha prometido». Observen la secuencia: hacer la voluntad de Dios, perseverar y luego recibir la promesa. Muchas personas se detienen en el primer o segundo paso y se preguntan por qué nunca ven el cumplimiento.

John Wesley, quien enfrentó tremenda oposición y dificultades en su ministerio, dijo una vez: «Haz todo el bien que puedas, por todos los medios que puedas, de todas las maneras que puedas, en todos los lugares que puedas, en todos los momentos que puedas, a todas las personas que puedas, mientras puedas». Eso es perseverancia: no rendirse, no bajar el ritmo, no retroceder hasta completar la obra.

No pierdas la promesa de Dios por rendirte demasiado pronto. La bendición podría estar a la vuelta de la esquina, el gran avance podría estar a una sola oración de distancia, y el milagro podría estar a un día de manifestarse. Añade perseverancia a tu fe.

5. Piedad

La piedad significa vivir con profunda reverencia hacia Dios, reflejando su carácter y santidad en cada aspecto de la vida. Es una devoción que prioriza a Dios, buscando su presencia y alineando nuestros pensamientos, palabras y acciones con su naturaleza divina. Practicar la piedad profundiza nuestra intimidad con Dios y nutre una fe que influye en cada aspecto de nuestra existencia.

Lo opuesto a la piedad es la impiedad: ser irreverente, profano o malvado. 1 Timoteo 4:8 nos recuerda que «la piedad en todo es provechosa». No se trata solo de asistir a los servicios religiosos o leer la Biblia, aunque ambos son importantes. La piedad consiste en cultivar un estilo de vida de adoración, donde cada decisión, cada

conversación y cada acción se filtren a través de tu relación con Dios.

Consideremos a Daniel en el Antiguo Testamento. Incluso cuando se volvió ilegal orar a Dios, continuó orando tres veces al día con las ventanas abiertas hacia Jerusalén. No oraba para demostrar algo ni para hacer una declaración; era simplemente su estilo de vida piadoso. Su compromiso con Dios superó su preocupación por las consecuencias. Eso es piedad en acción.

La piedad garantiza que tu fe se use para cumplir los planes y propósitos de Dios, no solo para satisfacer deseos terrenales. Algunas personas solo buscan la fe por lo que pueden obtener de Dios: un mejor trabajo, una casa más bonita, mejor salud. Si bien Dios ciertamente desea bendecirnos, la piedad mantiene nuestras motivaciones puras. Nos recuerda que conocer a Dios íntimamente es mayor que recibir cualquier regalo de su mano.

AW Tozer escribió: «Lo que nos viene a la mente cuando pensamos en Dios es lo más importante de nosotros». La piedad moldea nuestra forma de pensar en Dios y, en consecuencia, nuestra vida para Él. No se trata de seguir reglas legalistas, sino de un corazón que desea agradar a Dios en todo.

Leonard Ravenhill, el predicador y guerrero de oración, desafió a los creyentes con estas palabras: «La oportunidad de la vida debe aprovecharse en el momento en que se presenta». La piedad significa que priorizamos nuestra relación con Dios ahora, no algún día, cuando la vida se vuelva menos ajetreada o menos complicada. Ponte como meta añadir piedad a tu fe.

6. Afecto fraternal

El afecto fraternal, o bondad, dirige nuestro corazón, mente y voluntad a agradar a Dios. Fomenta la unidad, el apoyo y la compasión dentro del cuerpo de Cristo y expresa una preocupación

genuina por los hermanos en la fe. Al brindarnos amor y cariño unos a otros, demostramos el poder transformador del amor de Dios y damos testimonio de la realidad de nuestra fe.

Jesús les dijo a sus discípulos en Juan 13:35: «En esto conocerán todos que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros». El afecto fraternal es la evidencia visible de nuestra fe. Es fácil afirmar que tenemos fe, pero la forma en que tratamos a nuestros hermanos y hermanas en Cristo revela la verdad. Una fe que no se traduce en bondad, compasión y un interés genuino por los demás es incompleta.

Imagine una familia donde los hijos se niegan a hablarse, pelean constantemente y no se preocupan por el bienestar mutuo. ¿Qué diría eso de sus padres y del entorno en el que crecieron? De igual manera, cuando los creyentes carecen de afecto fraternal, se refleja mal en nuestro Padre Celestial y perjudica nuestro testimonio ante el mundo.

La bondad evita que nuestra fe se vuelva egoísta e introspectiva. Algunos creyentes se absorben tanto en su propio camino espiritual, sus necesidades y su propio crecimiento que olvidan que somos parte de un cuerpo más grande. Pablo nos recuerda en Romanos 12:10: «Améntense unos a otros con amor. Hónrense unos a otros por encima de ustedes mismos». Esta clase de devoción requiere intencionalidad; no ocurre por casualidad.

Al igual que otros frutos del Espíritu, la bondad solo se cultiva permaneciendo en Cristo. No es mera amabilidad o cortesía. Es un afecto genuino que nos impulsa a actuar cuando vemos a un hermano o hermana necesitado. Es la cualidad que nos impulsa a orar por los demás, animar a los desanimados, apoyar a los que luchan y celebrar las victorias de los demás como si fueran nuestras.

Martin Luther King Jr. dijo la famosa frase: «La pregunta más persistente y urgente de la vida es: '¿Qué estás haciendo por los demás?'». El afecto fraternal responde a esa pregunta mediante expresiones tangibles de amor, apoyo y compasión. Es más que solo ser amable: añade afecto fraternal a tu fe.

7. Amor

El amor es la cumbre de todos los componentes de la fe. Gálatas 5:6 nos dice que «la fe obra por el amor». El amor es el fundamento sobre el que se construye nuestra fe y se manifiesta en actos de bondad, perdón y compasión. Es un amor desinteresado, sacrificado e incondicional que refleja el amor de Dios por nosotros y alimenta nuestro amor por los demás.

El amor garantiza que nuestra fe esté motivada por las buenas intenciones. Puedes tener una fe que mueva montañas, pero sin amor, de nada sirve (1 Corintios 13:2). Puedes dar generosamente, hablar con elocuencia y servir con sacrificio, pero si el amor no es la fuerza motriz, todo carece de sentido. Sin amor, nuestra fe no vale nada; es solo ruido, y de nada nos sirve (1 Corintios 13:1-4).

Piensa en el amor como el aceite que lubrica todos los demás aditivos de la fe. La bondad sin amor se convierte en santurronería. El conocimiento sin amor nos vuelve arrogantes (1 Corintios 8:1). El autocontrol sin amor se convierte en legalismo severo. La perseverancia sin amor se convierte en orgullo obstinado. La piedad sin amor crea rigidez religiosa. El afecto fraternal sin amor genuino es mera cortesía superficial. Pero cuando el amor impregna cada aditivo, funcionan armoniosamente y eficazmente.

Este no es el amor sentimental, basado en los sentimientos, que fluctúa según las circunstancias. Este es el amor ágape, el mismo amor que Dios demostró al enviar a su Hijo a morir por nosotros cuando aún éramos pecadores (Romanos 5:8). Es una decisión, un

compromiso, una determinación de buscar el bien mayor para los demás, sin importar cómo nos traten o si lo merecen.

Pablo describe este amor en 1 Corintios 13:4-7: «El amor es paciente, es bondadoso. No tiene envidia, no se jacta, no es orgulloso. No deshonra a los demás, no busca su propio beneficio, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija con la verdad. Siempre protege, siempre confía, siempre espera, siempre persevera».

Observe cuántos otros aditivos se entrelazan en esta descripción del amor: paciencia (perseverancia), bondad (afecto fraternal), humildad (bondad) y no guardar rencor (autocontrol). El amor es el hilo que une todos los aditivos, creando un tapiz de fe eficaz y productiva.

Rick Warren escribe: «Somos producto de nuestro pasado, pero no tenemos por qué ser prisioneros de él». El amor nos libera de la prisión de la falta de perdón, la amargura y el egocentrismo que pueden invalidar nuestra fe. Cuando actuamos con amor, nuestra fe tiene el poder de transformar no solo nuestras vidas, sino también las de todos los que nos rodean.

Asegúrate de que tu fe esté cimentada en el amor. Sin él, todos nuestros demás esfuerzos espirituales son en vano.

Conclusión: Construyendo su arsenal de fe

Al desarrollar e incorporar intencionalmente estos aditivos en nuestra fe, construimos una base sólida para nuestro camino espiritual. Al cultivar la bondad, el conocimiento, el autocontrol, la perseverancia, la piedad, el afecto fraternal y el amor, nuestra fe se vuelve dinámica, transformadora y resiliente. Abracemos estas virtudes, fortalecidos por el Espíritu Santo, mientras recorremos el camino de la fe, brillando como testimonio de la obra transformadora de Dios en nuestras vidas.

La fe no es una búsqueda solitaria; prospera cuando se sustenta con estos siete aditivos. Pedro no sugiere que elijamos los aditivos que preferimos; nos llama a desarrollarlos cada vez más. Cada uno desempeña un papel vital para asegurar que nuestra fe funcione con la máxima eficacia.

Piensa de nuevo en el motor de ese coche. ¿Qué pasaría si descuidaras uno de los fluidos esenciales? Si tu coche se queda sin aceite, el motor se agarrota. Si le falta refrigerante, se sobrecalienta. Si el líquido de transmisión se agota, no puedes cambiar de marcha. Cada fluido es fundamental, y la ausencia de uno solo puede causar una avería catastrófica. Lo mismo ocurre con estos aditivos.

Quizás has estado actuando con un conocimiento sólido, pero te falta autocontrol. Quizás tienes perseverancia, pero has descuidado la piedad. O quizás sobresales en el afecto fraternal, pero te das cuenta de que necesitas cultivar la bondad y la integridad en ciertas áreas de tu vida. La belleza de la enseñanza de Pedro reside en que nos muestra exactamente lo que se necesita para que nuestra fe sea "eficaz y productiva".

Así que, revisa hoy el nivel de tus aditivos de fe y haz los ajustes necesarios. Sé honesto contigo mismo. ¿En qué aspectos eres fuerte? ¿En qué aspectos eres débil? ¿En qué aspectos has estado actuando con el piloto automático, asumiendo que tu fe está bien cuando, en realidad, te falta una o más de estas cualidades esenciales?

No esperes a que tu fe se desmorone en un momento de crisis para descubrir que has estado operando con recursos espirituales agotados. Así como no esperarías a que el motor de tu auto se estropee para revisar el aceite, no esperes a enfrentar una prueba importante para darte cuenta de que te falta perseverancia, ni a enfrentarte a la tentación para descubrir que has descuidado el autocontrol.

El apóstol Pedro comenzó este pasaje diciendo: «Esfuércense al máximo» (2 Pedro 1:5). Esta no es una sugerencia casual, sino un mandato urgente. Esfuércense al máximo. Sean diligentes. Sean intencionales. Sean proactivos. Su eficacia espiritual depende de ello.

Al incorporar estas cualidades a tu fe, tu vida será más productiva y eficaz para el reino de Dios, ¡glorificándolo! Descubrirás que las oraciones son respondidas con mayor facilidad, que los obstáculos que antes parecían insuperables se convierten en oportunidades para que el poder de Dios se manifieste, y que tu testimonio a los demás adquiere mayor peso y autenticidad.

Recuerden, la fe sin estos aditivos puede seguir siendo fe, pero no será una fe eficaz. No será una fe productiva. Y Dios no nos ha llamado simplemente a poseer fe; nos ha llamado a vivir por fe, a andar por fe y a ver su reino avanzar mediante nuestra fe.

Así que hoy, comprométete. Examina tu vida a través de estos siete aditivos. Pídele al Espíritu Santo que te revele dónde necesitas crecer. Luego, esfuérzate por añadir estas cualidades a tu fe cada vez más. El resultado será una fe que no solo cree en las promesas de Dios, sino que las ve manifestadas; una fe que no solo habla del poder de Dios, sino que lo demuestra; y una fe que no solo glorifica a Dios con palabras, sino en cada aspecto de tu vida.

Tu camino espiritual es demasiado importante como para recorrerlo con una fe incompleta. Lléname de estos siete aditivos y observa cómo tu fe se convierte en la fuerza poderosa, eficaz y productiva que Dios siempre quiso que fuera. El mundo espera ver creyentes cuya fe realmente funcione. ¡Sé uno de ellos!

Principio13

La fe como un grano de mostaza

En Mateo 17:20, Jesús les dice a sus discípulos: «Si tienen fe como un grano de mostaza, dirán a este monte: “Pásate de aquí allá”, y se pasará; y nada les será imposible». Esta poderosa declaración transmite una profunda verdad sobre la fe: su impacto no se determina por su tamaño, sino por su potencial cuando se deposita en Dios.

Durante siglos, muchos creyentes han malinterpretado esta parábola, centrándose únicamente en la pequeñez de la semilla de mostaza. Han creído que Jesús decía: «Solo necesitas un poquito de fe». Pero esa no es la lección principal. La verdadera revelación es esta: la semilla de mostaza, aunque comienza siendo increíblemente pequeña, posee en sí misma el ADN y el potencial de crecer hasta convertirse en algo extraordinariamente grande. De la misma manera, nuestra fe, por pequeña que parezca al principio, contiene el potencial divino de crecer exponencialmente hasta convertirse en una fe que mueve montañas, obra milagros y extiende el reino.

El Reino de Dios y la semilla de mostaza

Jesús solía usar parábolas para ilustrar verdades espirituales, y la semilla de mostaza era una de sus analogías favoritas. En Lucas 13:18-19, dice: "¿A qué es semejante el reino de Dios? ¿Y a qué lo compararé? Es como una semilla de mostaza que un hombre tomó y sembró en su huerto; y creció y se hizo un árbol grande, y las aves del cielo anidaron en sus ramas".

Aquí, Jesús compara el reino de Dios con una semilla de mostaza, destacando sus humildes orígenes y su extraordinario crecimiento. En el antiguo Israel, la semilla de mostaza era conocida como una de las semillas más pequeñas que un agricultor podía plantar, midiendo apenas uno o dos milímetros de diámetro. Sin embargo,

plantada y cultivada adecuadamente, podía convertirse en un árbol de entre tres y tres metros y medio de altura, lo suficientemente grande como para que los pájaros anidaran en sus ramas. Esta dramática transformación de una semilla minúscula a un árbol considerable es el núcleo de la enseñanza de Jesús.

Así como la semilla de mostaza, aunque diminuta, crece hasta convertirse en un gran árbol que brinda refugio y sustento, también el reino de Dios comienza pequeño dentro de nosotros, pero tiene el potencial de crecer e impactar profundamente el mundo que nos rodea. Tu camino de fe puede haber comenzado con una simple oración, un momento de desesperación o un pequeño paso de obediencia. No desprecies esos pequeños comienzos. Como nos recuerda Zacarías 4:10: «No desprecies estos pequeños comienzos, porque el Señor se regocija al ver la obra comenzar».

Charles Spurgeon predicó una vez: «Un poco de fe llevará tu alma al cielo, pero mucha fe traerá el cielo a tu alma». La misma fe que nos salva tiene la capacidad de crecer, madurar y convertirse en una fuerza que transforma no solo nuestras vidas, sino también las de quienes nos rodean. La cuestión no es si tu fe es pequeña, sino si estás dispuesto a plantarla, nutrirla y verla crecer.

Comprender el potencial de crecimiento

El principio fundamental que Jesús quiere que comprendamos es que la fe, como la semilla de mostaza, está viva. Los seres vivos crecen. Cuando se planta una semilla de mostaza en tierra fértil, no es necesario forzar su crecimiento; el crecimiento es inherente a su naturaleza. Simplemente se le proporcionan las condiciones adecuadas: buena tierra, agua, luz solar y tiempo. La semilla cumple su función: crecer.

Tu fe funciona de la misma manera. Cuando la siembras en la tierra fértil de la Palabra de Dios, la riegas con oración, la expones al Hijo

de la justicia y le das tiempo para que madure, crecerá naturalmente. No tienes que forzarla ni inventarla. Como declaró Smith Wigglesworth: «No me conmueve lo que veo. No me conmueve lo que siento. Solo me conmueve lo que creo». Este enfoque inquebrantable en la Palabra de Dios crea el ambiente perfecto para que la fe florezca.

Marcos 4:26-29 lo ilustra hermosamente: «Así es el reino de Dios: un hombre esparce semilla en la tierra. Noche y día, ya sea que duerma o se levante, la semilla germina y crece, aunque él no sepa cómo. Por sí sola, la tierra produce grano: primero el tallo, luego la espiga, y finalmente el grano entero en la espiga». Fíjense en la frase «por sí sola»: cuando las condiciones son propicias, el crecimiento es automático.

TD Jakes enseña: «La fe no es creer que Dios hará lo que quieres. Es creer que Dios hará lo correcto». Al alinear nuestra fe con el carácter y las promesas de Dios, creamos las condiciones para un crecimiento exponencial. Nuestra pequeña fe inicial en la salvación puede convertirse en fe en la sanidad, la provisión, la guía y un avance sobrenatural.

El poder de la fe

El milagro de mover montañas, mencionado en Mateo 17:20, nos enseña que la fe tiene el poder de vencer lo aparentemente imposible. El contexto de esta afirmación es crucial. La incapacidad de los discípulos para expulsar un demonio de un niño (Mateo 17:17-21) resalta la importancia de la disciplina espiritual. Contaban con la autoridad que Jesús les había dado, pero fracasaron porque su fe no fue cultivada adecuadamente.

Jesús diagnosticó el problema de inmediato: «Por vuestra incredulidad» (Mateo 17:20). Pero no se detuvo ahí. Explicó que este tipo de liberación requiere oración y ayuno. En otras palabras,

si querían que su fe creciera desde su nivel actual a un nivel que les permitiera afrontar situaciones más difíciles, necesitaban invertir en disciplinas espirituales que nutrieran el crecimiento de la fe.

La fe debe nutrirse mediante una vida espiritual constante, marcada por la oración y el ayuno. Así como un fisicoculturista no desarrolla fuerza levantando pesas ocasionalmente, tampoco desarrollamos una fe poderosa mediante la actividad espiritual esporádica. Joyce Meyer afirma sabiamente: «No se puede tener una vida positiva y una mente negativa». Cultivar la fe requiere una renovación constante de nuestra mente mediante la Palabra de Dios, la oración constante y el ayuno regular para agudizar nuestra sensibilidad espiritual.

El apóstol Pablo usa a Abraham como ejemplo de fe inquebrantable en Romanos 4:20-22: "No dudó de la promesa de Dios por incredulidad ni desconfianza, sino que se fortaleció y fue fortalecido por la fe, dando alabanza y gloria a Dios, completamente satisfecho y seguro de que Dios era poderoso para cumplir su palabra y hacer lo que había prometido".

Observe que Abraham se fortaleció en la fe. Su fe no permaneció estática, sino que se desarrolló y maduró. Cuando Dios lo llamó por primera vez, su fe era pequeña, como un grano de mostaza. Pero al caminar con Dios, obedecer su voz y ser testigo de su fidelidad, su fe creció exponencialmente. Para cuando Dios le pidió que sacrificara a Isaac, su fe había crecido tanto que creía que Dios podía resucitarlo si era necesario (Hebreos 11:19). Ese es un crecimiento exponencial: de creer que Dios podía darle un hijo a creer que Dios podía resucitarlo.

La fe de Abraham le fue contada como justicia porque creyó en las promesas de Dios, incluso cuando las circunstancias parecían imposibles. Esto nos enseña que la fe no se trata de la magnitud de

nuestra creencia, sino de la firmeza de nuestra confianza en Dios y de nuestra disposición a dejar que esa fe madure con el tiempo.

Kenneth E. Hagin Sr. solía enseñar: «La fe es creer lo que Dios dice en su Palabra, independientemente de las circunstancias». Este enfoque inquebrantable en la Palabra de Dios, en lugar de en nuestras circunstancias, crea el ambiente donde una pequeña fe puede convertirse en una gran fe.

El papel de la intercesión

Curiosamente, muchas de las sanaciones que Jesús realizó fueron en respuesta a las oraciones de otros. La historia del padre que suplicó por la sanación de su hijo endemoniado (Marcos 9:19, 23-24) es un testimonio de ello. Su súplica desesperada: «Ten compasión de nosotros y ayúdanos», demostró una fe tímida pero genuina que Jesús honró. Cuando Jesús lo desafió diciendo: «Al que cree todo le es posible», el padre exclamó: «Señor, creo; ¡ayuda mi incredulidad!».

Esta es una de las oraciones más sinceras de las Escrituras. El padre reconoció que su fe era pequeña, pero también demostró el potencial de crecimiento de la fe al pedirle a Jesús que la ayudara a crecer. Y Jesús respondió a esa fe pequeña y sincera con un milagro poderoso. La fe del padre, como un grano de mostaza, creció en ese preciso instante, expandida por su encuentro con Jesús.

Esto resalta un aspecto esencial de la fe: su naturaleza comunitaria. La fe no es solo personal; también es intercesora. Podemos ejercer la fe a favor de los demás, y Dios responde a nuestras oraciones, incluso cuando nuestra fe se siente pequeña o incierta. Pensemos en los cuatro amigos que bajaron al paralítico por el techo hasta Jesús. Marcos 2:5 dice: «Al ver Jesús la fe de ellos, le dijo al paralítico: 'Hijo, tus pecados te son perdonados'». Jesús respondió a la fe de los amigos, no solo a la del enfermo.

Andrew Murray escribió: «El hombre que moviliza a la iglesia cristiana a orar hará la mayor contribución a la evangelización mundial de la historia». Cuando ejercemos la fe en beneficio de los demás, nos convertimos en conductos del poder de Dios y canales a través de los cuales su reino crece. Al igual que el árbol de mostaza que da refugio a las aves, nuestra fe madura puede brindar protección espiritual y bendición a los demás.

La fe de la semilla de mostaza

La clave de una fe tan grande como la semilla de mostaza no reside en la magnitud de nuestra creencia, sino en la grandeza del Dios en el que creemos y el potencial de crecimiento que reside en esa fe. Jesús dice en Marcos 9:23: «Al que cree todo le es posible». Esto significa que incluso la fe más pequeña, cuando se dirige a Dios, puede producir resultados extraordinarios y, lo que es más importante, puede convertirse en una fe aún mayor.

Piénsalo así: una pequeña bellota contiene en sí misma el diseño completo de un enorme roble. Todo lo que ese roble llegará a ser — su altura, su fuerza, su anchura— ya está codificado en esa pequeña semilla. De igual manera, cuando creíste por primera vez en Jesús para salvación, esa fe inicial contenía todo lo que necesitarías para toda tu trayectoria cristiana. Tu fe para la sanidad estaba en esa semilla. Tu fe para la provisión estaba en esa semilla. Tu fe para el ministerio, para los milagros, para el progreso; todo estaba allí, esperando ser cultivado y desarrollado.

La fe actúa como una puerta abierta a una relación con Dios y sirve como escudo ante los ataques espirituales. Cuando depositamos nuestra confianza en Dios, incluso en la medida más pequeña, nos alineamos con su poder y propósito. Efesios 6:16 describe la fe como un escudo que puede "apagar todos los dardos de fuego del maligno". Pero observe que ese escudo se vuelve más eficaz a medida que nuestra fe madura y se expande.

El pastor Rick Warren enseña: «La fe es dar el primer paso, incluso cuando no ves toda la escalera». Ese primer paso es tu semilla de mostaza. Pero a medida que sigues caminando en fe, dando más pasos, esa semilla comienza a brotar, a crecer y, finalmente, se convierte en un enorme árbol de fe que no se deja sacudir por las tormentas ni las circunstancias.

Conclusión

No te desanimes si tu fe se siente pequeña hoy. Recuerda, Jesús no dijo que necesitas una gran fe; dijo que necesitas una fe del tamaño de un grano de mostaza. El énfasis no está en el tamaño actual, sino en el increíble potencial de crecimiento. Esa pequeña semilla en tu mano hoy puede convertirse en un árbol imponente mañana si la plantas en la Palabra de Dios, la riegas con oración, la expones al Hijo y le das tiempo para que madure.

Como declara Bill Johnson: «Dios no busca vasos de oro; busca vasos rendidos». Entrégale hoy tu pequeña fe a Dios. Confía en que Aquel que comenzó la buena obra en ti será fiel para completarla (Filipenses 1:6). Tu fe, como un grano de mostaza, contiene todo lo que necesitas, no por lo que aportes, sino por quién es Dios y lo que puede hacer a través de ella.

La misma fe que te salvó puede crecer para sanarte, liberarte, proveer para ti y usarte poderosamente en su reino. Empieza donde estás. Empieza con algo pequeño si es necesario. Pero empieza y observa cómo tu fe, como una semilla de mostaza, se convierte en algo magnífico, algo que brinda refugio y bendición no solo a ti, sino a todos los que entran en contacto con tu vida. Nada será imposible para ti cuando tu fe, aunque comenzó pequeña, haya alcanzado su máximo potencial, el que Dios te dio.

Principio14

Fe que mueve montañas

Introducción

El concepto de la "fe que mueve montañas" es una de las enseñanzas más poderosas e inspiradoras de la Biblia. Ilustra el increíble potencial de la fe para superar obstáculos aparentemente insuperables. En este capítulo, exploraremos brevemente qué es la fe que mueve montañas, basándonos en fuentes bíblicas y bíblicas para ofrecer una comprensión integral de este profundo concepto.

Definición de una fe que mueve montañas

La fe que mueve montañas es un término derivado de las enseñanzas de Jesús en el Nuevo Testamento, donde usa la imagen de mover una montaña para describir el poder de la fe. Este tipo de fe no se refiere necesariamente a mover montañas físicamente, sino a superar los enormes desafíos, dificultades y obstáculos que pueden parecer imposibles de superar en nuestra vida espiritual y cotidiana.

Fundamento bíblico

Los pasajes bíblicos clave que hablan de una fe que mueve montañas incluyen:

1. **Mateo 17:20** Él respondió: «Porque tienen poca fe. Les aseguro que si tienen fe, aunque sea pequeña, como un grano de mostaza, podrán decirle a este monte: “Pásate de aquí para allá”, y se moverá. Nada les será imposible».

2. **Marcos 11:23**– “De cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dude en su corazón, sino crea que sucederá lo que dice, le será hecho.”
3. **Lucas 17:6**– Él respondió: «Si tienen fe como un grano de mostaza, podrán decirle a este morero: “Desarráigate y plántate en el mar”, y les obedecerá».

Así, en tres ocasiones distintas, Jesús habló del poder de la fe en términos similares. Si bien las circunstancias, la audiencia y los entornos geográficos variaron, su mensaje se mantuvo constante. ¿Qué quiso decir Jesús cuando afirmó que la fe podía mover montañas o arrancar árboles? ¿Hablaba literalmente o había un significado más profundo tras sus palabras? Analicemos estos pasajes y descubramos las lecciones que Jesús quería impartir.

La naturaleza de la fe

La fe, como se describe en Hebreos 11:1, es «la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve». Es más que una simple creencia; es una confianza plena en las promesas y el carácter de Dios. Esta fe no se basa en evidencias visibles, sino en la certeza de que Dios es fiel y capaz de cumplir sus promesas.

Jesús enfatiza que la eficacia de la fe no depende de su tamaño, sino de su autenticidad. La semilla de mostaza, una de las semillas más pequeñas, crece hasta convertirse en un árbol grande. De igual manera, incluso una fe pequeña y genuina, cuando se cultiva y se aplica, puede crecer y producir grandes resultados.

Aplicando la fe en nuestras vidas

Tener una fe que mueve montañas significa confiar en Dios en cada circunstancia, creyendo que Él puede superar cualquier

obstáculo en nuestra vida. Esta fe no es pasiva; requiere acción. Debemos alinear nuestros pensamientos, palabras y acciones con las promesas de Dios, hablando a nuestras montañas con la confianza de que Dios las moverá.

Por ejemplo, ante una situación difícil, en lugar de dejarnos llevar por el miedo o la duda, podemos orar con fe, confiando en que Dios nos dará una solución. Esto también implica perseverancia, ya que algunas "montañas" pueden tardar en moverse. La fe requiere paciencia y confianza en el tiempo de Dios.

Cómo funciona la fe que mueve montañas

La fe que mueve montañas opera a través de unos cuantos principios clave:

1. **Creencia en el poder de Dios** El fundamento de esta fe es la creencia de que Dios es todopoderoso y que nada es imposible para Él. Esta creencia se basa en la comprensión de que Dios creó el mundo y lo sustenta, y que tiene la autoridad para alterar las circunstancias según su voluntad.
2. **Confía en las promesas de Dios** La fe que mueve montañas se basa en las promesas de Dios reveladas en las Escrituras. Cuando los creyentes se aferran a estas promesas, pueden afrontar los desafíos con confianza, sabiendo que Dios es fiel en cumplir su palabra.
3. **Hablando con fe** En Marcos 11:23, Jesús enfatiza la importancia de hablar con fe: «Si alguien le dice a este monte...». Esto indica que la fe implica no solo creer, sino también declarar la verdad de Dios en cada situación. Hablar con fe alinea nuestras palabras con las promesas de Dios, lo cual puede activar el poder de Dios en nuestras vidas.

4. **Perserverancia** Una fe que mueve montañas requiere perseverancia. A veces, las "montañas" en nuestra vida no se mueven de inmediato. La fe requiere paciencia y confianza en el tiempo de Dios, creyendo que Él está obrando incluso cuando no podemos ver los resultados de inmediato.

La fe que vence

El apóstol Juan escribió: «Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe» (1 Juan 5:4). La fe no se trata solo de superar obstáculos; se trata de vivir en la realidad del Reino de Dios ahora. La fe nos da la valentía para afrontar los desafíos de la vida, confiando en que Dios obra en cada situación. Nos capacita para mover montañas, tanto metafóricas como literales, y para superar las pruebas del mundo confiando en las promesas de Dios.

Conclusión

La fe que mueve montañas es una fuerza poderosa y transformadora en la vida del creyente. Es una fe arraigada en el conocimiento del poder, las promesas y el carácter de Dios. Al comprender y aplicar los principios de la fe que mueve montañas, los creyentes pueden superar los obstáculos en sus vidas, crecer en su relación con Dios y experimentar su poder milagroso. Esta fe no se trata de la magnitud de nuestra creencia, sino de la grandeza del Dios en quien depositamos nuestra confianza.

Notas:

Principio15

La fe de Tomás contra la fe de Abraham

La Biblia presenta dos tipos distintos de fe: la fe de Tomás y la fe de Abraham. Estos dos tipos de fe ilustran una diferencia significativa en cómo las personas pueden acercarse a creer en las promesas de Dios.

La fe de Tomás: basada en evidencia física

Tomás, uno de los discípulos de Jesús, demostró una fe natural y humana. Este tipo de fe es común a todos, creyentes o no. Se basa en la evidencia física: creer solo en lo que se puede ver, tocar o percibir con los sentidos.

En Juan 20:24-29, vemos a Tomás negándose a creer que Jesús había resucitado hasta que pudo ver y tocar sus heridas. Más tarde, Jesús se le apareció a Tomás y le permitió hacerlo. Sin embargo, Jesús también señaló que la verdadera fe no se basa en lo que vemos, diciendo: «Bienaventurados los que no vieron y creyeron».

El tipo de fe de Tomás es un tipo de fe natural basada únicamente en lo que podemos ver, tocar y comprender en nuestra mente.

La fe de Abraham: basada en la promesa de Dios

En cambio, Abraham tenía una fe espiritual, centrada en el corazón; una fe que no se basaba en lo que veía o sentía, sino en lo que Dios le había prometido. A pesar de la imposibilidad física de que él y su esposa Sara tuvieran hijos a su avanzada edad, Abraham creyó en la promesa de Dios de que sería padre de muchas naciones.

Romanos 4:17-21 Destaca la fe inquebrantable de Abraham. No se centró en la imposibilidad natural de la situación; en cambio, estaba «plenamente convencido de que Dios tenía el poder para cumplir lo que había prometido». Esta es la esencia de la fe de Abraham: creer en la Palabra de Dios por encima de todo.

La fe abrahámica se basa únicamente en la Palabra de Dios y en la plena confianza en Él. Al igual que Abraham, estamos plenamente convencidos de que Dios cumplirá su promesa, independientemente de lo que veamos o sintamos.

La bendición de Abraham

Como creyentes en Cristo, se nos considera descendientes espirituales de Abraham y heredamos las mismas bendiciones que le fueron prometidas. Gálatas 3:14 nos dice que «la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles en Cristo Jesús, para que recibiéramos la promesa del Espíritu mediante la fe».

La bendición de Abraham es triple: espiritual, física y material. Esta bendición incluye crecimiento espiritual, salud y provisión financiera. Gracias a Cristo, somos redimidos de la maldición de la ley y tenemos derecho a estas bendiciones mediante la fe.

La importancia de la fe de Abraham

Muchas personas intentan recibir las bendiciones de Abraham con una fe similar a la de Tomás, creyendo solo en lo que ven o sienten. Sin embargo, para experimentar verdaderamente estas bendiciones, debemos operar con una fe similar a la de Abraham, basada en las promesas de Dios y no en la evidencia física.

Fe y sentimientos

Un error común es basar la fe en los sentimientos. Por ejemplo, algunas personas creen que solo son salvas si se sienten salvas. Pero la verdadera fe no se trata de sentimientos; se trata de creer lo que Dios dice en su Palabra. Juan 15:16 nos recuerda que Dios responde a nuestras oraciones no porque sintamos que lo hace, sino porque su Palabra lo dice.

La verdadera fe: creer con el hombre interior

La verdadera fe nace del corazón, de lo interior, no de lo que vemos ni sentimos. 2 Corintios 5:7 nos dice: «Porque por fe andamos, no por vista». La verdadera prueba de la fe es creer en la Palabra de Dios, independientemente de las circunstancias físicas.

El apóstol Pablo enfatizó la importancia de mantener el cuerpo (el hombre exterior) bajo control para que el espíritu (el hombre interior) pudiera dominar. En 1 Corintios 9:27, dijo: «Golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre». Esto significa no dejar que nuestros sentidos físicos dicten nuestra fe, sino más bien dejar que la Palabra de Dios nos guíe.

Vivir según la fe de Abraham

Vivir por fe significa confiar en la Palabra de Dios por encima de todo. Se trata de dejar que las promesas de Dios dicten nuestra realidad, no nuestros sentidos físicos. Siguiendo el ejemplo de Abraham, podemos experimentar la plenitud de las bendiciones de Dios en cada área de nuestra vida.

Notas:

Principio16

La fe contra la presunción y la necesidad

La fe es una fuerza poderosa en la vida del creyente, pero es esencial distinguir la fe bíblica genuina de sus falsificaciones. Dos de las falsificaciones más peligrosas son la presunción y la necesidad. El enemigo busca socavar nuestra fe introduciendo estas alternativas engañosas, llevándonos a vivir según una "fe fraudulenta". Además de estas, existen otras falsificaciones que pueden engañar a los creyentes, pero comprender las diferencias entre fe, presunción y necesidad es crucial para vivir en la verdadera fe bíblica.

Falsificaciones de la fe

1. La fe basada en la filosofía personal

Una falsificación común de la fe genuina es un sistema de creencias moldeado por experiencias personales o de otros, en lugar de por la Palabra de Dios. Este tipo de "fe" cambia y se adapta a lo que uno ha visto o sentido, en lugar de a lo que Dios ha declarado en su Palabra. Por ejemplo, cuando una persona se enfrenta a una situación que contradice su comprensión de las promesas de Dios, podría alterar sus creencias para que coincidan con su experiencia, en lugar de aferrarse firmemente a las Escrituras. Recientemente escuché a un predicador que impartía una serie sobre la fe, pero sus enseñanzas se basaban en su filosofía personal, no en la verdad bíblica. Aunque sus palabras sonaban lógicas y razonables, no se alineaban con la Biblia. Este tipo de fe, basada en el razonamiento humano, es una falsificación que carece del poder de la fe bíblica genuina.

2. Fe en tu fe

Otra falsificación peligrosa es confiar en la propia fe en lugar de en Dios. La verdadera fe bíblica se trata de confiar en Dios y sus promesas, no en nuestra capacidad de creer. Cuando las personas

empiezan a centrarse en la fuerza de su propia fe en lugar de en el objeto de su fe —Dios—, pueden caer fácilmente en la autosuficiencia. Esta confianza equivocada convierte la fe en un acto egocéntrico, en lugar de uno centrado en Dios. La fe genuina no se trata de la cantidad de fe que reunimos, sino de Aquel en quien depositamos nuestra fe.

Entendiendo la presunción y la necesidad

La presunción y la necesidad a menudo surgen de la falta de comprensión, conocimiento o enseñanza sólida. Muchos cristianos, en su deseo de vivir por fe, sin darse cuenta, actúan con presunción o necesidad. Aunque sus motivos puedan ser puros, el resultado suele ser desastroso.

Algunos ejemplos incluyen:

- **No comprar seguro** porque creen que Dios los protegerá.
- **Rechazar medicamentos o tratamientos médicos** Porque confían en Dios para sanarlos.
- **Escribir cheques sin fondos** en la creencia de que el dinero aparecerá milagrosamente antes de que se cobre el cheque.
- **Negarse a trabajar** porque creen que Dios proveerá para sus necesidades.

Estas acciones, aunque enmarcadas en el contexto de la fe, en realidad tienen su raíz en la presunción y la necesidad, no en la fe bíblica genuina.

Presunción: un falso sentido de fe

La presunción ocurre cuando esperamos que Dios actúe en nuestro nombre sin que demos los pasos de fe necesarios que Él requiere. Implica "presumir" de Dios, esperando que cumpla sus promesas sin que hagamos nuestra parte. Por ejemplo, algunos podrían citar Filipenses 4:19: "Y mi Dios, conforme a las riquezas de su gloria en Cristo Jesús, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en

gloria en Cristo Jesús", y concluir que no hay necesidad de trabajar ni actuar, porque Dios proveerá. Esta actitud es presuntuosa porque ignora el principio de que Dios bendice el trabajo de nuestras manos (Deuteronomio 28:12). Dios es, sin duda, nuestra fuente, pero espera que actuemos con fe, lo que a menudo requiere esfuerzo de nuestra parte. La fe sin la acción correspondiente no es fe en absoluto (Santiago 2:26).

Necedad: Acciones equivocadas que tientan a Dios

La necedad, por otro lado, implica tomar acciones imprudentes que ponen a prueba o tientan a Dios. Un excelente ejemplo se encuentra en Lucas 4:9-12, donde Satanás tentó a Jesús para que se arrojara desde el pináculo del templo, citando las Escrituras para justificar el acto. Jesús respondió: «No tentéis al Señor vuestro Dios». Extender un cheque sobre una cuenta con fondos insuficientes, con la esperanza de que el dinero aparezca a tiempo, no es un acto de fe; es necedad. A lo largo de los años, he visto a muchas personas tomar decisiones insensatas en nombre de la fe, poniendo en peligro a sus familias, sus finanzas y su bienestar.

En mis tres décadas de ministerio, he conocido a numerosas personas y familias que, por falta de sabiduría, arriesgan a sus hijos, negocios y vidas, todo bajo el pretexto de la "fe". Por ejemplo, negarse a buscar ayuda médica cuando se necesita, creyendo que solo la "fe" traerá sanidad, es insensato y presuntuoso. La verdadera fe bíblica no ignora las provisiones prácticas que Dios ha puesto a disposición, como los médicos y los medicamentos.

El papel de la sabiduría en la fe

Nuestra fe no debe depositarse en médicos ni en la medicina, sino en el Señor, quien es nuestro sanador supremo. Sin embargo, recurrir a la ayuda médica no es señal de una fe débil; es reconocer

la provisión de Dios a través de estos medios. La clave es mantener nuestra confianza en Dios al usar los recursos que Él nos ha provisto.

Vivir por fe requiere un equilibrio entre sabiduría y discernimiento, guiados por el Espíritu Santo (Proverbios 1:7). Aunque la fe a veces pueda parecer insensata al mundo, la fe bíblica genuina se basa en confiar en Dios y su Palabra, incluso cuando las circunstancias sugieren lo contrario. Romanos 10:17 nos recuerda que «la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». La verdadera fe es sencilla, pero vivirla puede ser desafiante, requiriendo perseverancia y una confianza constante en la guía del Espíritu Santo.

Conclusión

En conclusión, es vital estar alerta ante los intentos del enemigo de sustituir la verdadera fe por la presunción, la necesidad u otras falsificaciones. La auténtica fe bíblica se basa en una profunda confianza en Dios y su Palabra, no en nuestras experiencias, filosofías personales ni siquiera en nuestra fe misma. Al mantenernos firmes en las Escrituras y ser guiados por el Espíritu, podemos evitar las trampas de la presunción y la necesidad, y vivir en la plenitud de las promesas de Dios. Procuremos vivir por fe, con sabiduría y entendimiento, siempre atentos a las artimañas del enemigo y anclados en la verdad de la Palabra de Dios.

NOTAS:

Principio17

La fe da la victoria

El apóstol Juan proclama con valentía en 1 Juan 5:4: «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe». ¡Escúchame hoy! La victoria que trae la fe no es una mera ocurrencia tardía, ni un premio secundario; es la esencia misma de lo que significa vivir como hijo del Dios Altísimo. La fe no es pasiva, no es una ilusión, sino una fuerza dinámica que vence al mundo y te impulsa a la plenitud de las promesas de Dios.

El poder conquistador de la fe

La fe, amigos míos, es el puente entre lo natural y lo sobrenatural, lo visible y lo invisible. Es la fe que se aferra a las realidades invisibles del reino de Dios y las trae a nuestra experiencia presente. El diablo intentará lanzarles todo: miedo, duda, incredulidad, intentando quebrantar su confianza y silenciar su confesión. Pero deben aferrarse a la palabra de su testimonio, firmes en su creencia de que la Palabra de Dios es verdadera, sin importar lo que las circunstancias les provoquen.

Hebreos 10:23 nos exhorta a "mantener firme la profesión de nuestra fe sin vacilar, porque fiel es el que prometió". ¡Ahí lo tienen! La victoria de la fe no se encuentra en la ausencia de pruebas, sino en la firmeza de nuestra confesión en medio de ellas. El enemigo quiere que miremos la tormenta y olvidemos al Salvador, pero no nos conmueve lo que vemos ni lo que sentimos; nos conmueve solo la Palabra eterna e inmutable de Dios.

La fe transforma los obstáculos en oportunidades

Permítanme decirles algo hoy: la fe que Dios da no es débil ni frágil; es robusta, resiliente e implacable. La fe transforma los obstáculos que el enemigo pone en tu camino en peldaños que te elevan a nuevas alturas de gloria. Cuando tu fe está anclada en la Palabra de Dios, cada prueba se convierte en un testimonio, cada obstáculo en una oportunidad para que Dios se muestre fuerte a tu favor.

Jesús dijo en Marcos 11:23: «Porque de cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: «Quítate y échate en el mar», y no dude en su corazón, sino crea que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho». La fe habla a las montañas de tu vida y les ordena que se muevan, no algún día, no en un futuro próximo, sino aquí y ahora.

La fe derrota al enemigo

No olvidemos que la fe es un arma en el arsenal del creyente. Efesios 6:16 nos instruye a tomar "el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos de fuego del maligno". La fe no retrocede ante el enemigo; avanza, conquista territorio y apaga todo dardo de fuego que el adversario os lance. El enemigo puede atacaros por un lado, pero la fe le hará huir por siete.

No permitas que las dudas de tu mente te roben la victoria que ya es tuya. La fe trasciende las limitaciones de la carne, las mentiras del enemigo y penetra en el corazón mismo de las promesas de Dios. El mundo dice: «Ver para creer», pero el reino de Dios se rige por una ley superior: «Creer para ver». La fe cree en lo que Dios ha dicho antes de que la manifestación sea evidente, porque sabe que Dios no puede mentir.

La fe es la victoria

Cuando la Palabra de Dios está en tu corazón y en tu boca, y cuando te mantienes firme en ella, nada —escúchame, ¡nada puede contra ti! No nos conmueve lo que vemos ni lo que sentimos; solo nos conmueve la Palabra de Dios. 2 Corintios 5:7 declara que «por fe andamos, no por vista». Nuestra fe se basa en la Palabra de Dios, eterna e inmutable, no en las circunstancias temporales y siempre cambiantes que nos rodean. Es por fe que vemos la victoria, por fe que la alcanzamos, y por fe que vivimos en la victoria que Cristo ya nos ha asegurado.

Amados, ¡que tu fe se eleve hoy! Que rompa las barreras de la duda y la incredulidad. Que supere todo desafío y toda prueba, porque esta es la victoria que vence al mundo: ¡nuestra fe!

NOTAS:

Principio18

Cómo funciona la fe

Introducción

La fe es una fuerza poderosa. Mueve montañas, sana enfermedades, recibe respuestas a las oraciones y trae la victoria. Nada es imposible cuando la fe es activa. Pero si la fe es tan poderosa, ¿por qué algunas personas no siempre ven los resultados positivos que esperan? La respuesta está en comprender el ingrediente clave que hace que la fe sea verdaderamente efectiva: el amor. ¿Cuál es ese ingrediente clave?

Es “Amor”

Gálatas 5:6 revela una verdad vital sobre la fe: “Porque en Jesucristo ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor”. Este versículo lo deja claro: la fe obra por el amor. Imagina tener el auto más caro y potente del mundo. Sin embargo, si ese auto no tiene motor, no te servirá de nada; ni siquiera te permitirá cruzar la calle. La fe funciona de manera similar. Sin amor, la fe es como un auto sin motor: tiene potencial, pero no te llevará a ninguna parte.

En 1 Corintios 13:1-3, Pablo enfatiza la necesidad del amor para que la fe sea efectiva:

Aunque hablara lenguas humanas y angélicas, si no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si tuviera el don de profecía, y entendiera todos los misterios y todo el conocimiento, y si tuviera tanta fe como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Y si

repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, si no tengo amor, de nada me sirve.

Puedes poseer la fe más profunda, capaz de mover montañas, pero sin amor, no tiene sentido. El amor es lo que le da a la fe el poder de producir resultados reales. Si tu corazón está lleno de falta de perdón, prejuicios, orgullo, egoísmo, envidia, malicia o contienda, entonces no estás actuando en amor. En consecuencia, tu fe será como ese coche potente sin motor: no te llevará a ninguna parte.

El amor: el motor de la fe

El amor que impulsa tu fe es el amor de Dios. Este amor no es solo una emoción o sentimiento; es una elección deliberada, una decisión de tu voluntad. Debes elegir amar, sin importar cómo te sientas. La buena noticia es que, como cristiano, ya tienes este amor en tu interior. Romanos 5:5 nos dice: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo». Solo necesitas dejar que fluya de ti.

Caminar en el amor: La clave de la fe

Los animo a vivir en amor a diario. Muestre a los demás la bondad de Dios con sus acciones, palabras y actitudes. Traten a los demás como Jesús lo haría. Vean a las personas como Jesús las ve. Perdonen pronto, sean lentos para la ira y dejen atrás el rencor. El amor no es jactancioso ni orgulloso, ni busca venganza. Este tipo de amor nunca falla (1 Corintios 13:4-8), y es precisamente lo que hace que su fe funcione.

Si quieres ver la fe obrar en tu vida, debes aprender a vivir en amor. Esto significa dejar atrás tu naturaleza carnal y dejar que el

amor de Dios en ti aflore. El secreto para liberar el poder de la fe en tu vida es simple: elige amar.

¿Cómo funciona la fe?

La fe obra por el amor. Cuando el amor es el fundamento de tu fe, verás cómo se mueven las montañas de tu vida. Tus oraciones serán respondidas y la victoria será tuya. Así que, la próxima vez que te preguntes por qué tu fe no produce los resultados que deseas, pregúntate: ¿Estoy viviendo en amor? Porque la respuesta a cómo funciona la fe se basa en una simple verdad: ¡la fe obra por el amor!

NOTAS:

Principio19

La llave que abre tu fe

La fe es una de las fuerzas más poderosas del universo, que Dios nos dio para afrontar los desafíos de la vida y alcanzar sus promesas. Sin embargo, la fe no es una fuerza pasiva; exige acción. No basta con tener fe; debemos saber cómo liberarla. La clave para liberar tu fe reside en un principio poderoso: declarar la Palabra de Dios.

En 2 Corintios 4:13, el apóstol Pablo escribe: «Y teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: 'Creí, por lo cual hablé', también creemos, por lo cual hablamos». Observen lo que Pablo enfatiza aquí: no solo creer, sino hablar. La fe que produce resultados cree y habla. Si solo crees en la Palabra de Dios sin hablarla, el poder de la fe permanece latente en tu corazón. Es la palabra hablada la que activa la fe en ti.

Liberando la fe a través de la declaración

Cuando declaras la Palabra de Dios con tu boca, liberas el poder de la fe que reside en tu corazón. Efesios 2:8 nos dice que somos salvos "por gracia, mediante la fe". Pero ¿cómo se libera esta fe salvadora? Romanos 10:9-10 nos da la respuesta: "Si declaras abiertamente que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque es creyendo en tu corazón que eres justificado ante Dios, y es declarando abiertamente tu fe que eres salvo".

Este pasaje ilustra el proceso a la perfección: la fe nace en el corazón, pero se manifiesta por la boca. El acto de declarar con la boca lo que crees en tu corazón es como liberas el poder de la fe. Y este principio se aplica no solo a la salvación, sino a toda promesa

de Dios. Ya sea que creas para sanidad, provisión o liberación, el proceso es el mismo. La fe se desarrolla en tu corazón y se manifiesta por la boca.

El plan de Jesús para la fe

En Marcos 11:22-24, Jesús nos da un poderoso plan para liberar nuestra fe: «Tengan fe en Dios. Porque de cierto les digo que cualquiera que diga a este monte: “Quítate y échate al mar”, y no dude en su corazón, sino crea que se hará lo que dice, lo que diga le será otorgado. Por eso les digo que todo lo que pidan orando, crean que lo recibirán, y les vendrá».

Jesús es claro: para mover montañas en tu vida, debes hacer más que solo creer; ¡debes hablar! Observa cómo Jesús menciona "creer" dos veces, pero "decir" cuatro veces. Esto no es casualidad. Si bien tanto creer como hablar son esenciales, Jesús enfatiza la parte de hablar porque es la palabra hablada la que trae lo invisible al reino visible. Cuando declaras la Palabra de Dios sobre tus circunstancias, estás avivando la fe que reside en ti.

El poder de la declaración

Job 22:28 dice: «Anunciarás algo, y te será confirmado». ¡Qué poderoso! Declarar significa hablar en voz alta con autoridad y énfasis. Pero ¿qué debemos declarar? ¡La Palabra de Dios que creemos de corazón! La palabra hablada tiene un inmenso poder e influencia. Cuando Jesús fue tentado por el diablo, no solo pensó en la Palabra, sino que la pronunció en voz alta, diciendo: «Escrito está...». Por eso Proverbios 18:21 nos advierte: «La muerte y la vida están en poder de la lengua».

Aquí está la clave: Debes elegir declarar la Palabra de Dios. La decisión es tuya. ¿Qué palabras estás pronunciando? ¿Son palabras de duda, miedo y negatividad, o de fe, vida y victoria? Solo tú decides lo que sale de tu boca. Es natural hablar de las cosas y circunstancias negativas que te rodean, pero es crucial que tomes la decisión consciente de declarar lo que dice la Palabra de Dios, incluso frente a esas circunstancias negativas. No negamos los hechos ni la realidad de nuestras circunstancias; simplemente elegimos declarar la verdad de la Palabra de Dios.

La Palabra de Dios vs. Nuestras Circunstancias

La verdad perdura para siempre, pero los hechos cambian. Las circunstancias son temporales; cambian a diario. Las modas cambian, lo popular cambia, lo políticamente correcto cambia, pero la Palabra de Dios nunca cambia. El cielo y la tierra pasarán, pero su Palabra permanece para siempre (Mateo 24:35). La decisión es tuya: ¡decide declarar la Palabra de Dios y decir la verdad!

Jeremías 1:12 nos dice que Dios vela por su Palabra para que se cumpla. Observa que es su Palabra la que Él vela por ella, no las tuyas ni las de nadie más. Isaías 55:11 lo confirma aún más: «Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero y prosperará en aquello para lo que la envié». Dios es responsable de que su Palabra se cumpla, pero tú eres responsable de declararla.

Activa tu fe hoy

Hay un poder innegable en tus palabras. Para liberar el poder de la fe, debes comenzar a declarar la Palabra de Dios. Sea lo que sea que desees de Dios, ya sea sanidad, provisión, paz o progreso, cree que lo recibes y exprésalo. Ora por él, decláralo y libéralo a través de tus palabras.

He recopilado 31 declaraciones de la Palabra de Dios, una para cada día del mes, que puedes usar para empezar a activar tu fe hoy mismo. Puedes descargarlas en este enlace.

<https://pastorbruce.com/31-declaraciones>

Comience a declarar uno cada día y observe cómo su fe comienza a desbloquear las promesas de Dios en su vida.

La clave que abre tu fe es declarar la Palabra de Dios. Decide hoy hablar de vida, de verdad y de la Palabra de Dios en cada situación. ¡Tu fe te abrirá las puertas a la victoria que Dios ya te ha prometido!

NOTAS:



**Desbloquea tu fe
declarando la Palabra
de Dios**

Principio20

Fe inquebrantable

Vivimos en un mundo quebrantado. El mundo que nos rodea se tambalea constantemente. Sin embargo, Hebreos 10 nos dice que no necesitamos ser sacudidos. El versículo 28 dice: «Seamos agradecidos por recibir un reino inconmovible». Si todo a nuestro alrededor tiembla, se estremece y se estremece, ¿cómo podemos no ser sacudidos? Es porque somos ciudadanos del Reino de Dios, que es inconmovible. Así que, independientemente de lo que suceda a nuestro alrededor, podemos tener paz y alegría.

¿Cómo permanecer inquebrantable?

Es por fe, una fe inquebrantable. La buena noticia es que la fe funciona en cualquier circunstancia. La fe no depende de lo que sucede a nuestro alrededor, porque está arraigada en nuestro Dios inquebrantable, quien está muy por encima de todo.

La fe inquebrantable se basa en la confianza plena en Dios. La confianza es una piedra angular de la fe cristiana, entretejida en las páginas de la Biblia. Al estudiar la Palabra de Dios, recuerdo constantemente la fidelidad inquebrantable de nuestro Padre celestial.

La fe nos lleva más allá de las cosas inestables que nos rodean y nos arraiga en un reino con un Rey inquebrantable. En un mundo lleno de incertidumbre, es fácil dejar que la duda y el miedo se apoderen de nosotros. Pero la Palabra de Dios nos ofrece un fundamento firme, invitándonos a depositar nuestra confianza plena en Él.

Jesús nos dice que los problemas y las pruebas formarán parte de nuestra vida (Juan 16:33). Pero ¿qué hacemos cuando nos golpean?

¿Qué hacemos cuando no vemos a Dios obrando activamente en nuestras circunstancias?

La Biblia está llena de instrucciones sobre cómo tener una fe como la de Dios: cómo se adquiere, cómo funciona y qué es. En esta lección sobre «Fe inquebrantable», usaremos el Salmo 71 para aprender a tener y mantener una fe inquebrantable.

En el Salmo 71, leemos cómo el escritor clama a Dios por ayuda. Sus problemas se acumulaban y no podía ver la acción de Dios. Veamos cinco cosas que hizo para mantenerse firme en la verdad de Dios cuando todo a su alrededor se tambaleaba.

1. **Preguntar**— No dudes en compartir tu necesidad con Dios y pedirle que intervenga. “Líbrame, oh Dios mío, de la mano del impío” (versículo 4).
2. **Recordar** -Reflexiona sobre las maneras en que Dios ha obrado en tu vida y te ha ayudado en el pasado. Incluso hay historias de la Biblia donde Dios intervino y libró a su pueblo de una calamidad tras otra. ¡Mira lo que el Señor ha hecho, y lo volverá a hacer! «Porque tú has sido mi esperanza, oh Señor Soberano, mi confianza desde mi juventud. Desde mi nacimiento he confiado en ti» (versículos 5-6).
3. **Elogio** Esto es enorme. Con demasiada frecuencia, nos quedamos estancados en quejarnos y refunfuñar de nuestros problemas. David nunca se fijó en el tamaño del gigante. En Marcos 11, Jesús no nos dijo que nos quejáramos ni que habláramos de la montaña. Dijo: «Habla al monte: ¡Quítate!». ¡Hay poder en la alabanza! ¡Glorifica a Dios por quien es! Fomentará la confianza en tu gran Dios. «Mi boca está llena de tu alabanza, proclamando tu esplendor todo el día» (versículo 8).

4. **Esperanza** -No pierdas la esperanza. Pon tu esperanza y confianza en que Dios obrará en tus circunstancias. La esperanza es el preludio de la fe. «Pero yo siempre tendré esperanza» (versículo 14).
5. **Anticipar** -¡Esperen la obra de Dios! ¡Anticipen su liberación! «Aumentarás mi honor y volverás a consolarme» (versículo 21).

Como el salmista, incluso en medio de sus dificultades, podemos mantenernos firmes en Dios y su verdad. Podemos tener una fe inquebrantable. Quizás no lo veamos obrar, pero podemos refugiarnos en nuestra Roca y Fortaleza (versículo 3).

¿Qué tormenta te rodea hoy? Clama a Dios por ayuda. ¡Alábalo y espera su liberación! La fe inquebrantable es un principio de fe.

NOTAS:

Principio21

Fe y paciencia

“Para que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas. Hebreos 6:11-12

La fe es la mano que recibe de Dios. En otras palabras, todas las promesas y provisiones que Dios tiene para nosotros se hacen realidad mediante la fe. Somos salvos por la fe. (Efesios 2:8) La manera en que recibimos sabiduría, paz, gozo, favor, misericordia, gracia y todas las provisiones de Dios es mediante la fe. Sin embargo, aquí en Hebreos 6, vemos otro principio importante de la fe: la paciencia.

La mayoría de las veces, cuando las personas no poseen las promesas de Dios, es porque se dan por vencidas demasiado pronto. En nuestra cultura actual, la gente está acostumbrada a recibir las cosas de inmediato. Hemos sido programados para la inmediatez. A la gente no le gusta esperar. ¡Lo quieren ya! A la mayoría no nos gusta esperar. Sin embargo, cuando se trata del Reino de Dios y de recibir las promesas de Dios, la paciencia es fundamental.

ES A TRAVÉS DE LA FE Y LA PACIENCIA QUE HEREDAMOS LAS PROMESAS DE DIOS.

Dios a menudo requiere que quienes creen en sus promesas esperen más de lo esperado para su cumplimiento. La fe dice "Lo tengo ahora", incluso cuando no lo vemos; la paciencia dice "Estoy bien esperando hasta que lo vea".

A veces, es fácil para las personas tener fe. Decimos: «Dios, creo que voy a lograr mis sueños. Dios, creo que voy a superar este obstáculo». Pero se vuelve más difícil cuando tenemos que caminar con paciencia. Una persona de fe firme debe ser de gran paciencia.

Debemos estar dispuestos a esperar en Dios. La fe requiere paciencia. Es mediante la fe y la paciencia que heredamos las promesas.

¿Qué es la paciencia?

Paciencia significa la capacidad o disposición para soportar la espera, la demora o la provocación sin enojarse ni alterarse. Sinónimos de paciencia son calma, serenidad, diligencia, serenidad, paciencia, fortaleza, imperturbabilidad, longanimidad, perseverancia, persistencia, aplomo, moderación, autocontrol, serenidad, perseverancia y tolerancia.

Esto no es un fallo de Dios, por supuesto. Él tiene razones sabias y buenas para determinar su tiempo en todo. Tiene un plan para nosotros de vasto alcance que se extiende literalmente hasta la eternidad, mientras que nosotros tenemos una sola situación en mente.

La paciencia es lo opuesto a la frustración, la impaciencia, la agitación y la intolerancia. La paciencia que demostramos ante las dificultades de la vida fortalece nuestra fe. A medida que nuestra fe crece, nos volvemos más fuertes y firmes en las cosas de Dios. Nuestros músculos de la fe se ejercitan. Así como los músculos físicos solo pueden crecer mediante la oposición (pesos), también nuestros músculos espirituales (nuestra fe) crecen mediante la oposición. Cuanto más crece nuestra fe y paciencia, más podemos superar las pruebas, las tentaciones y los ataques del enemigo. Cuanto más crecemos en fe y paciencia, mayores son nuestras victorias. ¡Podemos hacer todo en Cristo que nos fortalece!

El tiempo de Dios

El tiempo de Dios es perfecto. Él conoce el principio y el fin. Su perspectiva es eterna. Debemos aprender a confiar en Él y en su

plan. Abraham tuvo que esperar 25 años para que se manifestara la promesa de Isaac. José esperó 14 años para que se cumpliera el sueño de Dios.

Entonces, ¿cómo manejamos la espera? Primero, puedes orar: «Dios, no solo creo en ti por (cualquiera que sea la promesa), sino que confío en tu tiempo. Dios, no me voy a desanimar. Sé que el tiempo señalado es el momento perfecto. Voy a esperar con fe y paciencia porque sé que está en camino». Luego, alábalo. Dale gracias por la respuesta. En el momento en que las dudas o preguntas comiencen a invadir tu mente, llévalas cautivas y agradécele; tienes la respuesta.

Recuerda, mediante la fe y la paciencia heredamos sus promesas. ¡Confía en su Palabra, confía en su tiempo y confía en que tu respuesta está en camino! Es un principio de fe.

NOTAS:

Principio22

La fe es ahora

Hebreos 11:1 dice: «Ahora bien, la fe es...». La fe no es algo que va a suceder, no es lo que ya sucedió. ¡Es AHORA! Oigo a gente decir: «Tengo esperanza y creo en esto y aquello». Eso no es fe. Puede que sea un paso necesario para alcanzar la fe, pero no es fe. Esperan que algo suceda en el futuro.

Mucha gente solo espera y se queda ahí. Y eso no funciona. La fe es la certeza de lo que se espera. Si dices: «Bueno, espero que Dios haya escuchado mi oración», y eso es todo lo que haces, no lo hizo, y no habrá respuesta. Pero tu fe puede y dará certeza a la respuesta a esa oración.

Recuerda esto: La esperanza dice: "Lo tendré algún día". La fe dice: "Lo tengo ahora". Yo la llamo "Fe del ahora".

"Ahora la fe" dice que, aunque no lo vea ni lo sienta, sé que lo tengo. Es la sustancia y la evidencia de lo que no se ve ahora. Estoy plenamente convencido de que Dios ya ha respondido y provisto.

Por lo tanto, puedo dejar de preocuparme y simplemente agradecerle de antemano por el trabajo que ya está haciendo, aunque la manifestación o la evidencia pueda tardar días, semanas, meses o años.

Abraham “ahora tenía fe”.

A pesar de no tener un hijo, aunque se le había prometido, Abraham tuvo que tener fe inmediata para recibir el pacto y convertirse en padre de muchas naciones. No veía un heredero en el mundo natural, por lo que probablemente le costaba imaginar una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo, pero en aquel momento, Abraham creyó.

Como creyentes, la Biblia nos dice que no fijemos la vista en las cosas que se ven, sino en las que no se ven (2 Co 4:18 NVI). La fe, en cambio, se basa en algo, aunque no lo veamos (He 11:1 NVI). Pablo dice: «Por fe andamos, no por vista» (2 Co 5:7 NVI). Con demasiada frecuencia, basamos nuestros sentimientos en lo que vemos en lugar de en lo que Dios dice en su Palabra.

Usemos la ley de la gravedad como ejemplo. La fe es una ley espiritual, y la gravedad es una ley natural. Si te bajas de un edificio, la ley de la gravedad actúa y caerás. La gravedad es una "ley del ahora". La ley de la gravedad está ahí, siempre en presente, aunque no puedas verla con tus ojos naturales.

La ley espiritual de la fe funciona de la misma manera. Aunque no puedas verla, cuando haces lo que las Escrituras te enseñan para vivir por fe, esa ley entra en vigor, pero siempre estuvo ahí.

La fe no se detiene en los errores y las oportunidades perdidas del pasado ni en las incertidumbres del futuro, porque la fe siempre es AHORA. Dios no vive en tu ayer; su nombre es "YO SOY", no "YO FUI" ni "YO SERÉ"; la fe es ahora. Cuando Dios se apareció a Moisés, le reveló su nombre. ¿Cuál es el nombre de Dios? YO SOY. Él no es el "Yo era" ni el "Yo seré", sino el gran "YO SOY", Dios siempre en presente. Hoy es lo que cuenta, así que muévete para ser tu mejor versión hoy. El mañana solo pertenece a quienes se aferran al hoy, porque hoy es el trampolín hacia el mañana.

La fe es ahora: ¡es un principio de fe!

Principio23

La esperanza: el preludio de la fe

Aunque la esperanza no es fe, es fundamental. Es un principio de fe. Sin esperanza, nunca habrá fe; pero si solo se espera, nunca habrá fe. La esperanza es uno de los mayores dones que Dios nos ha dado. Es indispensable para la vida cristiana, pues nos motiva y nos persevera. Es fuente de alegría y fortaleza, y permite a los creyentes soportar las pruebas y las dificultades. La esperanza es el preludio de la fe.

¿Qué es un preludio?

Un preludio es una presentación, acción o evento introductorio que precede y prepara el asunto principal o más importante. Es la introducción o prólogo. Por lo tanto, la esperanza es lo que establece la fe. Procede y sirve de introducción a lo principal: la fe. Necesitamos esperanza para tener fe.

¿Qué es la esperanza?

La esperanza es una palabra que se usa con frecuencia en nuestro idioma, pero si le preguntas a alguien qué quiere decir cuando la usa, sus respuestas pueden ser vagas. Esto se debe a que la esperanza es una entidad inmaterial, algo real, pero inalcanzable. No puedes tocarla, pero puedes compartirla.

Hay una diferencia entre la esperanza secular y la esperanza bíblica. En el mundo, la esperanza se define como un estado mental que desea el bien sin garantía de que realmente suceda. Incluso el diccionario la define como "ilusiones". La gente "espera" en cosas que no puede controlar. Espero que el tráfico esté bien. Espero que gane mi equipo deportivo.

La definición bíblica de esperanza, sin embargo, está llena de seguridad, certeza y confianza. Es una esperanza en la que puedes creer porque un Dios confiable y fiel ya te ha prometido que así será. La esperanza bíblica se basa en las promesas de Dios. La esperanza está en tiempo futuro. Para recibir las promesas, debes convertir tu esperanza en fe. Sin embargo, sin esperanza, el futuro es sombrío, la vida no vale la pena vivirla y no hay nada que esperar. La esperanza mira hacia adelante y ve las posibilidades.

Jesús es la fuente de la esperanza

La Biblia presenta constantemente a Dios como la fuente suprema de esperanza. En Romanos 15:13, el apóstol Pablo escribe: «Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer en él, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo». Este versículo destaca que la esperanza no es simplemente una emoción humana, sino un don divino impartido por Dios a través del Espíritu Santo. La naturaleza fiel, amorosa y soberana de Dios asegura a los creyentes que su esperanza está bien fundada.

Jesucristo es fundamental para la comprensión cristiana de la esperanza. Su vida, muerte y resurrección sientan las bases de la esperanza de salvación y vida eterna. En 1 Pedro 1:3, está escrito: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos». Esta esperanza viva es dinámica y transformadora, y ofrece a los creyentes la seguridad de su futura herencia en el cielo.

Nuestra esperanza en Cristo es para el presente y el futuro. Participamos de las promesas de Dios aquí y ahora, pero alcanzaremos la plena expresión de nuestra esperanza cuando Jesús regrese.

La esperanza es el combustible de nuestra fe

Hebreos 11:1 dice: «Ahora bien, la fe es la certeza de lo que se espera». La fe comienza con la esperanza, una esperanza basada en la Palabra de Dios. La fe hace realidad nuestra esperanza. Es importante pasar de la esperanza a la fe; si no lo haces, te desanimarás y perderás la esperanza. Proverbios 13:12 dice: «La esperanza que se demora enferma el corazón, pero el deseo cumplido es árbol de vida». Si pierdes la esperanza, pierdes la fe. La fe y la esperanza están entrelazadas y conectadas.

Si bien la esperanza no sustituye a la fe, desempeña un papel muy importante y positivo en nuestra vida de fe. Quienes solo oran con esperanza o adquieren el hábito de esperar y orar no verán los resultados que desean a menos que pasen de la esperanza a la fe.

Deja que la esperanza haga su trabajo: preparar el camino para la fe. La esperanza es el preludio de la fe; es un principio de fe.

NOTAS:

Principio24

El espíritu de fe

En 2 Corintios 4:13, Pablo dijo: «Y teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: “Creí, por lo cual hablé”, también creemos, por lo cual hablamos». La verdadera fe tiene dos partes principales: creer y hablar.

CREYENDO LO QUE

1. Creer en dios

Primero, ¡debemos creer que Dios existe! Hebreos 11:6 dice: «Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que es galardonador de quienes lo buscan».

El punto de partida de la fe es creer en la existencia de Dios. Dios nos ha dado diversas pruebas en su creación para demostrarnos su existencia (Salmo 19:1; Romanos 1:20). Creer en que Dios creó el universo nos llevará también a creer en otras cosas. Primero, debemos creer que Él es la fuente de todas las bendiciones físicas (Santiago 1:17). Segundo, debemos creer que Él nos da esperanza espiritual por medio de Cristo (2 Tesalonicenses 4:14; Romanos 6:5; 1 Corintios 15:20). Pablo dijo en el siguiente versículo: «Sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros» (2 Corintios 4:14).

2. Cree en su palabra

En segundo lugar, debemos creer en su Palabra. La fe se basa en la Palabra y proviene de ella. Romanos 10:17 dice: «La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». Si no crees en su Palabra, no puedes tener fe. Debemos confiar plenamente en su Palabra. Incluso cuando

la experiencia y las circunstancias parezcan contradecir lo que dice la Palabra, elegimos creer.

En la primera parte de 2 Corintios 4, Pablo habla del ministerio que le fue encomendado en la predicación del evangelio y de cómo fue severamente perseguido y sufrió dificultades por su predicación. Aun así, continuó predicando. Esto demuestra su fe absoluta en la palabra de Dios.

Dios no puede mentir (Tito 1:2). Su palabra es la verdad (Juan 17:17). Si tenemos el espíritu de fe que tenía Pablo, entonces cuando la palabra de Dios dice algo, lo creemos sin importar lo que sea. Hoy en día, la gente cuestiona muchas cosas que la Biblia enseña (la Creación en siete días, el diluvio universal, algunos o todos los milagros, etc.). ¿Qué clase de fe tenemos si no creemos lo que está escrito en la Biblia? Si decimos que vamos a creer un pasaje pero no otro, ¿cómo decidimos qué es creíble y qué no? Debemos tener un "espíritu de fe" que crea lo que dice la palabra de Dios, tal como escribió el salmista: "La suma de tu palabra es verdad" (Salmo 119:160).

El espíritu de fe comienza con creer en Dios y confiar en su Palabra. Si dudas de la Palabra de Dios, no hay forma de tener fe, y sin fe, no puedes recibir de Dios. «El que duda es como una ola del mar, agitada y echada de un lado a otro por el viento. No piense, pues, ese hombre que recibirá algo del Señor; es un hombre de doble ánimo, inconstante en todos sus caminos». (Santiago 1:6-8)

Sólo creer no es suficiente

Aunque creer es fundamental, solo creer no basta para tener una fe verdadera. He conocido y ministrado a cientos de personas que creen, pero no reciben de Dios lo que dicen creer. ¿Por qué? Porque creer solo no basta; además, si solo creen con la cabeza, no producirá

fe. Hay dos tipos de creencia: creer con la cabeza y creer con el corazón.

Creer con la cabeza – Asentimiento mental

Creer con la cabeza es simplemente dar asentimiento mental a lo que se ha dicho o presentado. Significa un mero acuerdo mental sin la acción correspondiente. El asentimiento mental significa aceptar intelectualmente la Palabra de Dios como verdadera: admirarla y estar de acuerdo con ella, pero sin permitir que te afecte de forma que no te beneficie. En esencia, el asentimiento mental concuerda con Dios, pero no cree en Él.

La persona que solo cree con la cabeza afirma que toda la Biblia proviene de Dios, que es la revelación de Dios y que cada palabra es verdadera. Pero cuando llega una crisis, añade un "PERO" a su creencia. Dirá: "Sí, creo que la Biblia es verdadera, PERO no me sirve en esta situación". Incluso puede citar las Escrituras, pero en realidad no las cree. Por ejemplo, podría afirmar mentalmente la promesa: "Dios suplirá todas mis necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús. Filipenses 4:19", pero nunca confía en que Dios lo haga.

Quienes creen solo con la cabeza no actúan. Son capaces de citar las Escrituras y conocer mucho de la Palabra, pero no hay una acción correcta que corresponda. El verdadero creyente es hacedor de la Palabra, no solo oidor (Santiago 1:23). El creyente edifica sobre roca, mientras que quien asiente mentalmente edifica sobre arena. (Véase Mateo 7:24-27).

Creendo con el Corazón – El Espíritu

Creer con el corazón, por otro lado, es creer con tu ser interior, tu espíritu. En Romanos 10:9, Pablo dijo: «Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de

entre los muertos, serás salvo». Pablo explica cómo ahora, por medio de Cristo, somos justificados ante Dios por la fe y no por la ley. Luego explica cómo sucede esto: creer con el corazón y decir con la boca que Jesús murió, fue sepultado y al tercer día resucitó de la tumba (eso es el evangelio).

Pablo está definiendo aquí el mismo espíritu de fe que estaba explicando en 2 Corintios 4:13, sólo que en el contexto de ser hecho justo ante Dios – ser salvo, lo cual es creer y hablar.

La palabra corazón no se refiere al órgano que bombea sangre a todas partes del cuerpo. Se refiere al espíritu del hombre, o al ser humano interior. La fe requiere creer en nuestro espíritu, en el centro mismo de nuestra esencia. Cuando creemos con el corazón, estamos plenamente convencidos de que lo que Dios ha dicho es verdad, y nada de lo que veamos ni oigamos en sentido contrario nos convencerá de lo contrario. No dudaremos de las promesas de Dios.

HABLA QUÉ

Si solo creemos eso, NO se produce una fe verdadera. Santiago nos dice que hasta los demonios creen. «Tú dices que tienes fe, porque crees que hay un solo Dios. ¡Bien por ti! Hasta los demonios lo creen, y tiemblan de terror» (Santiago 2:19). Santiago aborda directamente el tema de la fe verdadera: la fe no es solo creer, y usa a los demonios como prueba. Piénsenlo. Los demonios creen que Jesús existe. Lo ven. Han visto todo lo que ha hecho por la eternidad, pero no son salvos; no viven una vida de fe ni reciben las promesas de Dios, ni experimentarán la eternidad en el cielo.

Ahora bien, creer es fundamental. Sin creer, no se puede tener fe. Entonces, ¿qué más necesita la fe? Necesita "hablar". El espíritu de la fe es: "Creo y hablo". ¿Decir qué?

Hablamos lo que Dios ha dicho

La fe proclama con confianza lo que Dios ha dicho. Esto es fundamental. Primero, debemos entender que la fe requiere que hablemos, pero segundo, necesitamos proclamar la Palabra de Dios. Si solo expresas lo que piensas, tu opinión, tu filosofía, tu doctrina, o incluso los hechos, o lo que las noticias o la ciencia informan, no producirá fe. Solo la Palabra de Dios tiene el poder de la fe. Cuando proclamamos la Palabra de Dios y la creemos de corazón, Él la cumple (Jeremías 1:12). Él se asegura de que Su Palabra se cumpla cuando la transmitimos (Isaías 55:11). Confirmará Su Palabra con señales y prodigios (Marcos 16:20). Dios se ha comprometido con Su Palabra. Los cielos y la tierra pasarán, pero Su Palabra nunca pasará. La hierba se secará y las flores se marchitarán, pero la Palabra de nuestro Dios permanece para siempre.

Tus palabras tienen poder

Tus palabras son poderosas. Proverbios 18:21 dice: «La muerte y la vida están en poder de la lengua, y el que la ama comerá de sus frutos». Probablemente hayas escuchado la frase: «Te vas a comer esas palabras». ¡Hay mucha verdad en esto! Las palabras que pronunciamos contienen poder y tienen la capacidad de influir en nuestras vidas, para bien o para mal.

Tienes lo que dices

Jesús lo deja muy claro en Marcos 11. En el versículo 23 dice: Porque de cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dude en su corazón, sino crea que se hará lo que dice, lo que diga le será hecho.

Jesús no dijo que obtendrías lo que crees, punto; dijo que obtendrás lo que digas (cuando lo creas de corazón). Hasta que tus palabras

concuenden con tu creencia, no estás ejerciendo la fe bíblica, ¡la fe que recibe! No basta con simplemente estar de acuerdo con las doctrinas de la Biblia; asentir con la cabeza mientras el predicador predica sobre una de las doctrinas más poderosas de la Biblia no basta. Es lo que dices día tras día sobre esa doctrina lo que determina lo que recibes.

Libera tu fe

Te animo a que comiences a liberar tu fe a través de las palabras de tu boca. Descubre lo que la Palabra de Dios dice sobre ti y luego exprésalo tan a menudo como puedas. Toma la decisión de hablar la Palabra de Dios sobre tu vida. Aquí hay algunas cosas que puedes decir: "Soy bendecido yendo y viniendo". "Todo lo que pongo en mi mano prosperará". "Todas mis necesidades son satisfechas conforme a sus riquezas en gloria". "Soy el sanado del Señor". "Tengo favor con Dios y los hombres". "Mis pasos son ordenados por el Señor". "Tengo la paz de Dios en mi vida". "Tengo un gozo inefable y lleno de gloria". "Soy perdonado". "Soy un hijo de Dios". Todo esto es lo que dice la Palabra de Dios. Encuentra los versículos y escríbelos.

Deja de hablar mal de tu vida, familia, finanzas, trabajo, etc. Oigo a gente decir cosas como: "Bueno, solo digo la verdad, o simplemente soy sincero". Sí, y estás sabotando tu fe y perdiéndote lo mejor de Dios para tu vida. Nunca negamos los hechos; simplemente elegimos creer que Dios puede cambiarlos, y liberaremos nuestra fe creyendo y hablando la Palabra de Dios. ¡Eso es el espíritu de fe: un principio de fe!

Principio 25

El don de la fe – Fe especial

Este libro, en su mayor parte, se centra en ayudar a los creyentes a desarrollar su fe. Todos recibimos una medida de fe (Romanos 12:3), y luego nos corresponde hacer lo que queramos con esa medida. Podemos no hacer nada, o podemos desarrollar nuestra fe, hacerla crecer. Jesús habló de los que tenían poca fe, los que tenían poca fe y los que tenían mucha fe. Pablo elogió a los creyentes de Tesalónica porque su fe «crecía cada vez más» (2 Tesalonicenses 1:3). Quiero ayudarte a cultivar tu fe y a convertirte en una persona de gran fe, y creo que este libro puede ayudarte a lograrlo.

Además de la medida de fe que se le da a cada creyente, la Biblia también nos dice que existe el “Don de Fe”. “Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo... pues a uno se le da palabra de sabiduría por el Espíritu; a otro, palabra de conocimiento por el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; a otro, dones de sanidades por [*El mismo Espíritu...*” (1 Corintios 12:4-8). En estos versículos, Pablo nos enseña sobre los nueve dones del Espíritu, uno de los cuales es el don de fe. Creo que es importante que entendamos qué es el don de fe en comparación con el espíritu de fe que posee todo creyente.

¿Qué es el don de la fe?

Primero, los dones del Espíritu se manifiestan a través de los creyentes individuales SOLO según la voluntad del Espíritu de Dios. En otras palabras, los creyentes NO pueden decidir cuándo ni dónde usar cualquiera de estos dones. Los dones del Espíritu operan solo cuando el Espíritu así lo dispone.

Los dones espirituales no se dan al individuo para su beneficio personal, sino para beneficiar a toda la asamblea o cuerpo de

creyentes. Cuando los dones del Espíritu se manifiestan, siempre exaltarán el señorío de Jesucristo. Esto aplica al don de fe.

El don de fe también se llama don de fe especial. Hay momentos y situaciones que requieren una "FE ESPECIAL" para creer en Dios por algo que va más allá de lo natural; es sobrenatural. Es cuando Dios concede a alguien una fe especial y única, que va más allá de lo ordinario. El uso principal de este don es empoderar al creyente para que pueda recibir milagros. Es una manifestación sobrenatural del Espíritu Santo mediante la cual el creyente recibe una fe especial, una fe que obra milagros, una fe ilimitada que va más allá de la fe simple (salvadora) o general. No hay nada que puedas hacer para que suceda o para tenerlo; Dios lo hace todo por ti.

En mi ministerio, ha habido varias ocasiones en las que Dios nos ha pedido hacer algo que parecía totalmente imposible. Desarrollar la fe para creer estaba más allá de mi capacidad, así que Dios infundió en mi espíritu una "fe especial", una capacidad única para creer en Dios más allá de lo común y perseverar hasta que se cumpla lo que Él nos ha pedido.

La fe especial es diferente

La fe especial es diferente de la fe que Dios da para la salvación y de la medida de fe que Dios nos da para crecer y desarrollarnos. A cada persona se le da la fe salvadora, que también es un don. Efesios 2:8 dice: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios». La fe por la que sois salvos es un don de Dios, pero no es uno de los nueve dones del Espíritu.

La fe especial es diferente de la fe espiritual general. A cada creyente se le otorga una "medida de fe". Esta es la fe por la que vivimos. Es la fe que usamos para obtener respuesta a nuestras oraciones. Es la

fe que usamos para obtener las promesas de Dios. Si el don de fe tuviera que manifestarse para obtener respuesta a la oración, para recibir el bautismo del Espíritu Santo, para recibir sanidad física o para satisfacer una necesidad financiera, entonces nunca podríamos obtener respuesta a nuestras oraciones hasta que el don de sanidad estuviera en acción.

La fe especial es algo más que la fe general o la fe salvadora. Es una manifestación sobrenatural del Espíritu Santo mediante la cual el creyente recibe una fe especial según la voluntad del espíritu, y va más allá de la fe espiritual general.

La fe especial es toda de Dios y se da a algunos creyentes según la voluntad del Espíritu. La fe salvadora y la medida de la fe son dadas por Dios a todos, y se usan y se liberan según la voluntad de cada persona.

Saber qué es la fe especial y en qué se diferencia de la fe es clave para comprender correctamente la fe y desarrollarla y poder vivir una vida de fe.

NOTAS:

Principio26

Pensamiento correcto

Nuestra fe se ve afectada por nuestro pensamiento. Como un hombre piensa, así es él. (Proverbios 23:7) Si tu pensamiento no es correcto, nunca podrás tener una fe como la de Dios. Lo que piensas se convierte en lo que crees, lo que crees se convierte en tus valores fundamentales, y tus valores fundamentales determinan quién eres y lo que haces: tus acciones.

Para tener una fe firme, debemos pensar correctamente. Si pensamos correctamente, creemos correctamente y hablaremos correctamente; entonces, actuaremos correctamente. Si pensamos incorrectamente, creemos incorrectamente y hablaremos incorrectamente; entonces, ocurrirán cosas incorrectas.

Dios solo puede obrar mediante el pensamiento correcto, pero el diablo solo puede obrar mediante el pensamiento erróneo. Por eso busca introducir pensamientos erróneos en nuestra vida mental. El pensamiento erróneo abre la puerta al diablo y se la cierra a Dios. Pero el pensamiento correcto abre la puerta a Dios y se la cierra al diablo.

¿Qué es el pensamiento correcto? Los pensamientos de Dios: pensar conforme a la Palabra de Dios. El pensamiento incorrecto son aquellos que no se alinean con la Palabra de Dios.

Ser transformado

Romanos 12:2 nos instruye: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente...». El primer paso para pensar correctamente es «renovar nuestra mente». Necesitamos renovar nuestra mente con la Palabra de Dios, adoptando su manera de pensar. ¡Al hacerlo, nos transformamos!

Los cristianos que no renuevan su mente con la Palabra de Dios vivirán atormentados, angustiados y derrotados. Pero no tenemos por qué vivir así. No debemos vivir con miedo, culpa, tormento ni derrota en esta tierra. Nuestras vidas pueden transformarse al renovar nuestra mente.

Qué hacer cuando tienes pensamientos equivocados

Aprende que todo pensamiento que te llega no proviene de ti. El diablo nos transmite pensamientos, y debemos reconocerlos cuando lo hace. El mundo nos bombardea con imágenes y pensamientos impíos. ¿Qué hacemos cuando nuestra mente se ve bombardeada con pensamientos impíos de duda, miedo, condenación, etc.?

Ponemos la Palabra en práctica. 2 Corintios 10:4-6 nos dice: “Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”. Se ha dicho: “No puedes evitar que las aves vuelen sobre tu cabeza, pero sí puedes evitar que aniden en tu cabello”. En otras palabras, los pensamientos pueden venir, pero depende de nosotros si pensamos en ellos y meditamos en ellos o los expulsamos y los tomamos cautivos. No dejes que los pensamientos negativos, contrarios a Dios o impíos se queden en tu mente. Átalos y deséchalos.

En qué pensar

Una vez que liberas esos pensamientos erróneos, necesitas reemplazarlos con pensamientos correctos. La mente siempre piensa en algo, así que ¿en qué debemos pensar? Una vez más, la Biblia nos da la respuesta: «Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Filipenses 4:8).

No podemos hacer que el diablo nos deje en paz, pero podemos aprender a que no nos moleste en absoluto, al no escucharlo ni prestar atención a sus pensamientos. No solo debemos desechar los pensamientos erróneos, sino que también debemos proclamar la Palabra de Dios. Cuando el diablo tentó a Jesús con pensamientos erróneos, él respondió: «ESCRITO ESTÁ...». La Palabra es la espada del espíritu (Efesios 6:17). Prepárense para proclamar la Palabra.

Deshazte de los malos pensamientos

Si queremos edificar nuestra fe y vivir una vida de victoria, necesitamos “deshacernos de los malos pensamientos”, necesitamos pensar correctamente: es un principio de fe.

NOTAS:

Principio 27

Jesús es el autor de nuestra fe

Un autor es quien crea u origina una obra escrita, como un libro, un artículo o una obra de teatro. El término también puede referirse a quien crea cualquier obra original de prácticamente cualquier tipo. La historia de la fe cristiana fue escrita por Jesús, quien es el «Autor y Perfeccionador» de nuestra fe (Hebreos 12:2). Otras traducciones usan los términos fundador, pionero y fuente. La traducción de la Buena Noticia dice: «Mantengamos la mirada fija en Jesús, en quien se basa nuestra fe, de principio a fin».

Nuestra fe comienza y termina con Jesús. Obviamente, si no hubiera Jesús, no existiría la fe llamada cristianismo, y en ese sentido, Él es el fundador de la fe cristiana, pero también es quien inicia y culmina nuestro camino de fe.

Creo que debemos entender que Jesús es la fuente de nuestra fe, es en Él que vivimos, nos movemos y existimos. (Hechos 17:28) Si no mantenemos nuestra mirada fija en Él y nuestra vida anclada en Él, sabotaremos nuestra fe individual.

¿Cómo es Jesús el autor de esta fe?

Jesús es Uno con Dios, el autor de las Escrituras, que definen nuestro estilo de vida. Jesucristo fue pionero o fundador de la Iglesia. Él es el Cristo, y sobre esa revelación, la Iglesia se edifica. (Mateo 16:18) Nos dio el ejemplo a seguir y nos proporcionó las enseñanzas a seguir, y selló nuestra confianza en ella en la resurrección.

Todo lo que Jesús nos mandó hacer, él lo hizo primero. Se sometió a la voluntad del Padre: «no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lucas 22:42). Alimentó a los hambrientos, sanó a los enfermos y los cuidó a todos.

Aunque lamentaba la muerte de su primo Juan, Jesús no despidió a la gente, sino que “tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas sin pastor” (Marcos 6:34).

Jesús dio su vida por sus amigos (Juan 15:13), así que incluso cuando nos dice que tomemos nuestras cruces y lo sigamos, sabemos que Cristo entiende lo difícil que es esto.

Como pionero, enseñó a judíos y gentiles a amar al Señor y a los demás con el corazón, no solo con las acciones. Jesús rechazó todas las tentaciones de Satanás en el desierto después de su bautismo.

Nuestro Salvador era “celoso de buenas obras”, realizando muchos actos milagrosos de sanación, incluso resucitando a personas de entre los muertos.

Luego, por su Espíritu, dio a los discípulos la plenitud de sí mismo para que dieran fruto espiritual. «Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra» (2 Corintios 9:8).

Toda buena obra que procede de nosotros es resultado de lo que Dios ha hecho en nosotros por su gracia y nuestra disposición a dejar que nos refine. Aunque tenemos libre albedrío para excluir a Cristo de nuestras vidas, ninguna obra del Reino es posible con nuestras propias fuerzas. Todo lo que hacemos por el reino es por fe.

Jesús es el Perfeccionador de Nuestra Fe

Jesús no solo es quien inicia, deposita y da comienzo a nuestro caminar de fe con Él, sino que también está con nosotros, ayudándonos a desarrollar y perfeccionar nuestra fe. Él es quien la perfecciona. Otras traducciones dicen consumidor, quien completa nuestra fe, y la Traducción de las Buenas Noticias dice el fin de nuestra fe.

No hay fe en nuestra fe

Nunca descuides esta verdad: todo gira en torno a Jesús. Él es quien da origen a nuestra fe, y solo gracias a Él y a nuestra continua dependencia de Él, nuestra fe es completa. A veces, en nuestro sincero deseo de cultivar nuestra fe, nos centramos en NUESTRA FE. Nunca se trata de NUESTRA FE; siempre se trata de la fe que tenemos gracias a Jesús. La esencia de la verdadera fe reside en confiar plenamente en Dios y en su Palabra. La confianza se basa en la relación. Nuestra relación se basa en permanecer en Jesús. Así que, mantén la mirada fija en Jesús, porque Él es el autor de nuestra fe. Es un principio de fe.

NOTAS:

Principio28

La fe agrada a Dios

Creo que todo verdadero cristiano desea agradar a Dios, pero ¿cómo lo hacemos? Quizás pensemos que si oramos, testificamos, damos, servimos, adoramos u obedecemos sus mandamientos, lo complaceremos. Todas estas cosas son importantes, y Dios las espera de nosotros, y puede que le agraden, pero Hebreos 11:6 dice: «Pero sin fe es imposible agradarle». Este versículo deja muy claro que lo único que se requiere para agradar a Dios es la FE. Todas esas otras cosas, si se hacen sin fe, no agradarán a Dios. ¡Se requiere fe para agradar a Dios!

¿Qué tipo de fe agrada a Dios?

Si agradar a Dios es imposible sin fe, entonces debemos preguntarnos: ¿qué clase de fe le agrada? El resto de Hebreos 11 narra las historias de grandes hombres y mujeres de fe. Este capítulo se conoce como "el Salón de la Fe".

Leemos cómo Noé, Abraham, Sara, Isaac, José, Moisés y otros, “por fe”, obedecieron a Dios y vivieron con fe. No fueron perfectos y todos tuvieron problemas, decepciones y obstáculos que superar. Por fe, mantuvieron su confianza en Dios y nunca se dieron por vencidos. Algunos incluso murieron antes de recibir lo prometido. Agradaron a Dios y obtuvieron su aprobación mediante su fe (versículo 39).

Todos tenemos la oportunidad de ser un héroe de la fe a quien alguien admire. A. W. Tozer afirmó: «Podemos ser en nuestros días lo que los héroes de la fe fueron en su época, pero recordemos que en aquel entonces no sabían que eran héroes». Incluso cuando nuestras circunstancias no cambian, podemos tener una fe como la

de David. Podemos enfrentar a nuestros gigantes con fe porque Dios está de nuestro lado.

La fe que agrada a Dios no vacila, permanece firme, está basada en la confianza en Jesús y en las promesas de Su Palabra.

El versículo 6 nos da dos ingredientes claves que debe tener la fe para agradar a Dios. 1) Creer que Dios existe y 2) creer que Dios es galardonador de quienes lo buscan sinceramente.

Creer que Dios existe es más que creer que hay un Dios. Incluso los demonios lo creen y se estremecen (Stg 2:19). La palabra «existe» se relaciona con la existencia de Dios, revelada a Moisés cuando dijo: «Yo soy el que soy» (Éx 3:14). Dios se encontró personalmente con Moisés y se mostró vivo, eterno y todopoderoso. Este Dios se preocupa por su pueblo y lo redime de la miserable esclavitud. Este Dios es santo, amoroso y bueno. Moisés se entregó a este Dios y vivió como su siervo el resto de sus días. Podemos creer que este Dios existe cuando lo conocemos.

Cuando enfrentamos dificultades y persecución, o cuando prevalece la injusticia, el enemigo puede intentar inundar nuestra mente con pensamientos como: “¿Dónde está Dios?” “¿Por qué permite que sucedan estas cosas?” Pero no seremos conmovidos porque nuestra fe cree que Dios existe y que Él es un Dios bueno.

Por la fe, puedes penetrar más allá de la superficie de las cosas para percibir el buen propósito de un Dios todopoderoso que obra incluso en los momentos más difíciles. Cuando el apóstol Pablo ejerció esta clase de fe con un corazón quebrantado por su pueblo judío, descubrió el asombroso gobierno soberano de Dios y no pudo evitar prorrumpir en un cántico de alabanza a Dios (Romanos 11:33-36). Esta fe agrada a Dios. Por otro lado, si no confiamos en él, resulta ofensivo. Es como un hijo que les dice a sus padres que no existen.

Cuando confiamos plenamente en Dios, él se complace en nosotros y está dispuesto a bendecirnos.

La fe que agrada a Dios también sabe que Él recompensa a quienes lo buscan con sinceridad. Algunas personas piensan que buscar una recompensa de Dios es deshonesto. Pero cuando no buscamos una recompensa de Dios, podemos buscar una recompensa de las personas. Además, podemos sufrir una sensación de pérdida. ¿Cuál es la recompensa de Dios? La recompensa de Dios es la vida eterna y su reino. Además, es Dios mismo. Dios dijo: «Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» (8:10b). Dios le dijo a Abraham: «Yo soy... tu gran recompensa» (Génesis 15:1b). Acercarse libremente a Dios y tener comunión con Él es una gran recompensa. Cuando los héroes de la fe creyeron que Dios los recompensa, pudieron superar todo tipo de dificultades y vivir una vida victoriosa.

La fe agrada a Dios ¡es un principio de fe!

NOTAS:

Lección 29

La fe comienza donde se conoce la voluntad de Dios

La fe comienza donde se conoce la voluntad de Dios. La fe no puede ejercerse cuando hay incertidumbre sobre la voluntad de Dios en el asunto. Los perdidos no pueden invocar a Jesús para que los salve si no saben que es la voluntad de Dios que sean salvos. Si no conocemos la voluntad de Dios, no podemos tener fe.

La voluntad de Dios se revela a través de su palabra escrita, la Biblia, y Dios no hace nada sin su palabra. Por lo tanto, para que los perdidos conozcan la voluntad de Dios respecto a su salvación, deben escuchar lo que su palabra escrita revela sobre la salvación para los perdidos.

La fe viene por el oír: Romanos 10:17

Así pues, la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios. Cuando el pecador escucha el evangelio de salvación, cómo Cristo cargó con su pecado en su propio cuerpo en la cruz, la fe surge en su corazón y puede invocar al Señor para que lo salve, porque confía en que Cristo ha quitado su pecado.

Este proceso es el mismo para cada provisión o promesa de la Biblia. Es cierto para la paz, la sabiduría, la provisión, la sanidad, la dirección, la protección, etc. Toda necesidad que tengas en la vida está incluida en la Biblia (2 Pedro 1:3). Sin embargo, si no sabes que está en la Biblia o si no la crees, no puedes tener fe. La fe comienza donde se conoce la voluntad de Dios.

¿Cómo puedes conocer la voluntad de Dios?

La respuesta más sencilla y breve es leer la Palabra de Dios. Estúdiala, escúchala, medita en ella y aprende lo que dice. La Palabra de Dios es la voluntad de Dios. Sin embargo, quiero

ofrecerte un estudio más profundo sobre cómo puedes conocer la voluntad de Dios.

La voluntad de Dios no debe ser un misterio; Él desea que sus hijos la conozcan y la practiquen a diario. No pretende ocultarnos su voluntad. Sin embargo, descubrirla y cumplirla requiere sensibilidad espiritual, conocimiento bíblico y una relación íntima con el Espíritu Santo.

Aquí tienes 7 pasos prácticos que te ayudarán a descubrir la voluntad de Dios. Aprenderás a reconocer la guía de Dios y a evitar errores comunes que pueden dificultar tu comprensión.

1. Renueva tu mente con la Palabra de Dios

El primer y más crucial paso para conocer la voluntad de Dios es renovar tu mente mediante las Escrituras (Romanos 12:2). La Palabra de Dios es el fundamento de su voluntad. Cuando llenas tu corazón y tu mente con las Escrituras, comenzarás a pensar, desear y actuar en armonía con Dios.

Cómo aplicar este principio:

- Dedicar tiempo diariamente a leer y meditar la Biblia.
- Alinear tus pensamientos y deseos con la Palabra de Dios: Su voluntad nunca es contraria a las Escrituras.
- Reemplazar el miedo, la duda y la confusión con la verdad bíblica.

Una mente renovada es una mente capaz de reconocer la guía de Dios. Sin ella, es fácil dejarse llevar por las emociones, las circunstancias o las opiniones mundanas.

2. Desarrollar una relación íntima con Dios a través de la oración

No puedo dejar de recalcar la importancia de este paso. Dios revela su voluntad a quienes lo buscan en oración (Jeremías 33:3). Si

quieres conocer el plan de Dios para tu vida, debes cultivar una vida de oración constante y aprender a escuchar su voz.

Cómo aplicar este principio:

- Reserve un tiempo diariamente para orar y comunicarse con Dios.
- No te limites a hablar; aprende a escuchar en oración. Dios suele hablar con una voz suave y apacible o a través de un testigo interior.
- Oremos en el Espíritu (orando en lenguas) para desarrollar la sensibilidad espiritual.

Cuando cultivas una relación cercana con Dios, reconocer su voluntad se vuelve más natural. Así como con el tiempo aprendes a reconocer la voz de un buen amigo, pasar tiempo con Dios te ayuda a reconocer su guía.

3. Aprende a seguir el testimonio interior del Espíritu Santo

La principal manera en que Dios guía a sus hijos es a través de un testimonio interior: una profunda sensación de paz o inquietud ante una decisión (Romanos 8:14, 16). Es esa pequeña voz interior. Todos anhelamos una experiencia como la de Moisés, donde Dios emite una voz atronadora. Dios aún puede hacerlo, pero no es así como nos habla a diario. Dios te habla a diario. La cuestión es: ¿lo estás escuchando y discerniendo?

Cómo aplicar este principio:

- Si estás en paz con una decisión, sigue adelante; si te sientes incómodo o preocupado, espera.
- No te apresures: la voluntad de Dios nunca está presionada por el miedo, la ansiedad o la urgencia.
- Aprenda a distinguir entre sus emociones y la inspiración del Espíritu Santo.

Recuerda que Dios habla principalmente a través del testimonio interior. La sensibilidad a esta inspiración interior proviene de un estilo de vida de oración y estudio bíblico.

4. Caminar en amor y obediencia

La voluntad de Dios se revela a quienes viven en amor y obediencia. La desobediencia y la falta de perdón pueden nublar el discernimiento espiritual, dificultando escuchar a Dios (1 Juan 2:10).

Cómo aplicar este principio:

- Examina tu corazón: ¿albergas amargura, falta de perdón o rebeldía? Si es así, arrepíentete.
- Haz que andar en amor sea una prioridad diaria. El amor es la naturaleza de Dios, y cuando andas en amor, andas en su voluntad.
- Obedece a Dios en las cosas pequeñas. Cuanto más obedezcas, más clara será su voz.

Si te cuesta escuchar a Dios, pregúntate: ¿Estoy verdaderamente entregado a Él? ¿Me aferro a algo que contradice su Palabra? La obediencia trae claridad.

5. Reconocer que la voluntad de Dios se revela paso a paso

Dios rara vez revela su plan completo de una sola vez. En cambio, nos guía paso a paso (Salmo 37:23). Muchas personas dudan en avanzar porque quieren ver el panorama completo, pero la fe requiere confiar en Dios en cada paso.

Cómo aplicar este principio:

- Actúa según lo que ya sabes. Si Dios te ha dado una pequeña instrucción, obedécela antes de esperar más revelación.

- No esperes cada detalle: confía en que Dios te guiará a medida que avanzas.
- Ten paciencia. El tiempo de Dios es perfecto, y los retrasos suelen ser preparativos divinos.

No necesitas saber cada detalle para andar en la voluntad de Dios. Sé fiel en el presente y Él te guiará hacia el futuro.

6. Comprender el papel de la paz y la confirmación

Dios a menudo confirma su voluntad mediante una paz sobrenatural. Colosenses 3:15 dice que dejemos que la paz de Dios gobierne nuestro corazón. Si nos sentimos confundidos, ansiosos o inquietos ante una decisión, eso suele ser una señal para detenernos y orar más.

Cómo aplicar este principio:

- Si algo es verdaderamente la voluntad de Dios, estará acompañado de Su paz.
- Si sientes confusión o inquietud, espera: Dios no es autor de confusión (1 Corintios 14:33).
- Busque consejo sabio de cristianos maduros, pero siempre confirme el consejo con la guía del Espíritu Santo.

La paz es una fuerza que te guía. Si sientes que algo no va bien, no lo ignores; ora hasta que logres claridad.

7. Evite los errores comunes que impiden conocer la voluntad de Dios

No permitas que las distracciones ni los engaños te alejen de la voluntad de Dios. Estos incluyen:

- **Dejarse llevar por las emociones** Los sentimientos cambian, pero la Palabra de Dios permanece inmutable. Nunca tomes decisiones importantes basándote únicamente en tus emociones.

- **Corriendo delante de Dios** La paciencia es clave: muchos creyentes pierden lo mejor de Dios porque actúan prematuramente.
- **Ignorando la Palabra:** Si una decisión contradice las Escrituras, NO es la voluntad de Dios.
- **Descuidar la oración** Una vida de oración débil conduce a un discernimiento pobre.

Al permanecer arraigado en la Palabra de Dios, mantener una fuerte vida de oración y ser sensible al Espíritu Santo, puede evitar estas trampas y caminar con confianza en el plan de Dios.

Reflexiones finales:

Caminar en la voluntad de Dios es un viaje de fe

Conocer la voluntad de Dios no es un evento que ocurre una sola vez; es un proceso que dura toda la vida: renovar la mente, buscar a Dios en oración, seguir el testimonio interno del Espíritu Santo, caminar en amor y confiar en la guía de Dios paso a paso.

Si aplicas estos principios bíblicos, crecerás en sensibilidad espiritual y podrás caminar con confianza en la perfecta voluntad de Dios para tu vida.

Cuando se conoce la voluntad de Dios, comienza la fe. No podemos confiar en que Dios nos dará algo si no estamos seguros de su voluntad. «Y esta es la confianza que tenemos en él: que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho». La fe comienza cuando se conoce la voluntad de Dios. Es un principio de fe.

Principio 30

Lucha por tu “fe”

El ring estaba lleno de aficionados que gritaban. El retador había peleado doce brutales asaltos, con el cuerpo maltrecho y sangrando. En la esquina, su entrenador se acercó y le dijo: "Te quedan tres minutos. Todo lo que has entrenado se reduce a esto. ¡Tienes que luchar por ello!". El boxeador asintió, volvió al ring y lo dio todo en el último asalto.

Esa es la imagen que Judas pinta cuando usa la palabra "contender". No es una palabra pasiva. No sugiere que mantengas tus creencias a la ligera mientras los demás hacen lo suyo. Contender significa luchar con vigor, batallar intensamente, competir con cada gramo de fuerza que posees. Tu fe está bajo ataque, y es hora de dejar de defenderte y empezar a contender por lo que crees.

¿Alguna vez luchas con tu fe?

¿Alguna vez dudas o cuestionas tus creencias? ¿Te has preguntado si la Biblia es realmente cierta en un mundo que la contradice constantemente? ¿Sientes presión para ceder en tus convicciones para encajar, ser aceptado o evitar conflictos? Si es así, no estás solo: tu fe se ve desafiada a diario, a veces a cada hora.

Por eso quiero animarlos a "contender por su fe". Este concepto no es nuevo; Judas instó a los creyentes del primer siglo a hacer lo mismo cuando escribió:

Queridos amigos, aunque tenía un gran deseo de escribirles acerca de nuestra salvación común, me sentí obligado a escribirles para exhortarlos a luchar por la fe que una vez fue confiada al pueblo santo de Dios. (Judas 1:3)

Observe que Judas tenía otros planes para su carta. Quería escribir sobre la maravillosa verdad de la salvación. Pero el Espíritu Santo lo redirigió a un asunto más urgente: la necesidad de luchar por la fe. La situación era tan crítica que se sintió obligado a cambiar de rumbo. Si luchar por la fe era urgente en el primer siglo, ¿cuánto más crucial es hoy?

¿Por qué contender por vuestra fe?

¿Por qué necesitamos contender por nuestra fe? Por la misma razón que lo hicieron los primeros creyentes: la verdad de la Palabra de Dios estaba bajo ataque, lo que los llevó a cuestionar su fe. Este mismo ataque está ocurriendo hoy, quizás de forma más sutil, pero igual de destructiva. De hecho, el ataque a la verdad bíblica en nuestra generación podría ser el más sofisticado y extendido de la historia.

Charles Spurgeon advirtió: «Llegará un tiempo en que, en lugar de pastores que apacienten a las ovejas, la iglesia tendrá payasos que entretengan a las cabras». Vivimos en esa época. El entretenimiento ha reemplazado al discipulado, los sentimientos han reemplazado a la verdad y la popularidad ha reemplazado a la santidad. La pregunta no es si tu fe será desafiada, sino si estarás preparado para defenderla cuando llegue el desafío.

Piensa en tu fe como un castillo asediado. El enemigo no siempre ataca frontalmente; a veces excava túneles bajo tierra, socavando lentamente los cimientos. Antes de que te des cuenta, muros que parecían fuertes se derrumban desde dentro. Eso es lo que le está sucediendo a la fe en nuestra generación. El enemigo está socavando los cimientos de la verdad bíblica, y muchos creyentes ni siquiera se dan cuenta de que sus muros se están derrumbando hasta que es demasiado tarde.

La verdad bajo ataque

Judas estaba profundamente preocupado porque los cristianos estaban "dormidos al volante", permitiendo que les robaran la verdad. La historia muestra que este patrón se repite, y está sucediendo ahora mismo con una velocidad alarmante. El apóstol Pablo advirtió a Timoteo sobre esto en 2 Timoteo 4:3-4: "Porque vendrá tiempo cuando no tolerarán la sana doctrina, sino que, para satisfacer sus propias concupiscencias, se rodearán de muchos maestros que les dirán lo que les pica el oído. Apartarán el oído de la verdad y se volverán a los mitos".

Hoy en día, los valores seculares están reemplazando las creencias bíblicas fundamentales sobre las que se construyó nuestra nación. Comportamientos y estilos de vida que antes se consideraban inaceptables ahora se normalizan e incluso se celebran. Vivimos en un mundo cada vez más marcado por el pluralismo y el secularismo, donde la mera sugerencia de que existe una verdad absoluta se recibe con hostilidad y burla.

Generaciones de socialismo, humanismo y relativismo han erosionado las verdades absolutas de la Palabra de Dios. El evangelio sufre constantes ataques, se minimiza sistemáticamente y se margina. El cristianismo bíblico está siendo abandonado en favor de la corrección política, el posmodernismo, la tolerancia social y una cosmovisión neutral en cuanto a valores. La cultura grita: "¡Tu verdad es tu verdad, y mi verdad es mi verdad!". Pero la Palabra de Dios declara: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan 14:6).

Francis Schaeffer observó hace décadas: «La iglesia actual se encuentra en un estado lamentable porque ha perdido su visión de lo sobrenatural. Se ha rendido a la cultura secular y se ha convertido en un reflejo de la época en lugar de un desafío a ella». Sus palabras resuenan aún más acertadas hoy. En lugar de que la iglesia influya

en la cultura, la cultura influye en la iglesia. Doctrinas que se han considerado sagradas durante dos mil años están siendo cuestionadas, revisadas o descartadas por completo para adaptarse a las sensibilidades modernas.

Piensa en cómo se desarrolla esto en la práctica. Al abrir las redes sociales, te bombardean con mensajes que contradicen las Escrituras. Al encender la televisión, se burlan y ridiculizan los valores bíblicos. Al entrar en un aula o lugar de trabajo, se espera que dejes tu fe en la puerta. Incluso algunas iglesias han cedido, diluyendo el evangelio para no ofender a nadie. Es como intentar mantenerse firme en una playa mientras las olas te golpean constantemente, erosionando la arena bajo tus pies. Sin un esfuerzo intencional por defender tu fe, poco a poco te dejarás llevar.

El costo de no competir

¿Qué sucede cuando no contendemos por nuestra fe? La perdemos, no de golpe, sino gradualmente. Empieza con pequeñas concesiones. Nos quedamos callados cuando deberíamos hablar. Toleramos las falsas enseñanzas para no parecer críticos. Adoptamos los valores del mundo en áreas donde entran en conflicto con las Escrituras para no parecer anticuados o intolerantes.

Leonard Ravenhill advirtió: «El entretenimiento es el sustituto del gozo que el diablo le da. Cuanto más gozo tengas en el Señor, menos entretenimiento necesitarás». Cuando los creyentes dejan de luchar por la fe, pierden el gozo y buscan sustitutos. Pierden su poder y se conforman con los programas. Pierden su pasión y la reemplazan con el desempeño.

La generación que no contiene por la verdad se convierte en la generación que no la conoce. Y la generación que no la conoce se convierte en la generación que no la vive. Estamos observando cómo esto se desarrolla en tiempo real a medida que la

alfabetización bíblica se desploma, incluso entre quienes se identifican como cristianos. Los estudios demuestran que muchos creyentes no pueden articular la doctrina cristiana básica, no pueden defender su fe cuando se les cuestiona y no pueden distinguir la verdad del error. Esto no ocurrió por casualidad, sino porque las generaciones anteriores no lograron contender.

Sed fuertes en el Señor

En un mundo así, saber qué creemos y por qué lo creemos es más crucial que nunca. Debemos estar firmemente arraigados en nuestra fe en Jesús, el evangelio y la verdad de su Palabra. Para luchar con éxito por nuestra fe, necesitamos mantenernos espiritualmente fuertes. Pablo nos insta en Efesios 6:10: «Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza».

Observe que Pablo no dice: «Sé fuerte en tus propias habilidades», ni «Sé fuerte en tu educación», ni «Sé fuerte en tus argumentos». Dice: «Sé fuerte en el Señor». Este no es momento de flaquear ni perder la esperanza. Debemos mantenernos fuertes, no en nuestras propias fuerzas, sino en Su poder. Ser fuerte en el Señor es vital para luchar por nuestra fe.

¿Cómo nos mantenemos firmes en el Señor? Mediante las mismas disciplinas que han fortalecido a los creyentes durante siglos: tiempo constante en la Palabra de Dios, oración ferviente, comunión con otros creyentes, adoración y obediencia. DL Moody dijo: «La Biblia no fue dada para aumentar nuestro conocimiento, sino para transformar nuestras vidas». Cuando nos sumergimos en las Escrituras, no solo obtenemos información, sino que somos transformados y fortalecidos.

Piensa en la fuerza espiritual como si fuera fuerza física. Un fisicoculturista no desarrolla músculos yendo al gimnasio de vez en cuando. Requiere un entrenamiento constante y disciplinado. De

igual manera, no puedes luchar por tu fe el domingo si no entrenas de lunes a sábado. No puedes defender una verdad que desconoces. No puedes mantenerte firme sobre un fundamento que no has construido.

Cómo luchar por tu fe

Defender tu fe es tanto defensivo como ofensivo. Defensivamente, debes proteger tu corazón y tu mente de las falsas enseñanzas. Filipenses 4:7 habla de la «paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento», que «guardará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús». Proteges tu fe manteniéndote conectado a la verdad.

Ofensivamente, debes proclamar y defender activamente el evangelio. 1 Pedro 3:15 nos instruye: «Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con mansedumbre y respeto». Contender no significa ser contencioso. Significa estar comprometidos con la verdad con confianza, amor e inquebrantablemente.

AW Tozer proclamó: «El hombre que tiene a Dios como su tesoro, lo tiene todo en Uno». Cuando estamos arraigados en Dios, cuando atesoramos su Palabra por encima de todo, tenemos algo por lo que vale la pena luchar, y tenemos la fuerza para luchar con éxito.

Conclusión: Levántate y lucha

La batalla por la verdad no se acerca, ya está aquí. Cada día, tu fe se ve desafiada por una cultura que le ha declarado la guerra al cristianismo bíblico. La pregunta no es si enfrentarás oposición, sino si te mantendrás firme cuando la encuentres.

Judas no sugirió que los creyentes "consideraran" contender por la fe ni "pensaran" en defender la verdad. Los instó —con fuerza, pasión y urgencia— a luchar por ella. Esa misma urgencia se aplica

a nosotros hoy. Sus hijos están observando si se mantienen firmes. Sus vecinos están observando si su fe es auténtica. La próxima generación está observando si vale la pena preservar el cristianismo.

Este es tu momento. Esta es tu ronda en el ring. Puedes rendirte y rendirte a la presión de la cultura, o puedes levantarte y luchar por la fe que una vez fue confiada a los santos. La gran nube de testigos que te precedió —los mártires, los misioneros, los creyentes fieles que se negaron a transigir— te anima. Lucharon por su fe, muchos a costa de sus vidas. ¿Lucharás tú por la tuya?

Martín Lutero, al comparecer ante las autoridades que le exigieron que se retractara de sus creencias, declaró: «Aquí estoy. No puedo hacer otra cosa. Que Dios me ayude». Ese es el espíritu de la contienda: un compromiso inquebrantable con la verdad, cueste lo que cueste.

El mundo no necesita más cristianos que se integren. Necesita creyentes que destaquen, se mantengan firmes y firmes. Necesita hombres y mujeres que sepan lo que creen, por qué lo creen y que estén dispuestos a luchar por ello. Fortalézanse en el Señor. Pónganse toda la armadura de Dios. Y luchen —con vigor, pasión y sin vergüenza— por la fe que se les ha confiada. La batalla es real, pero también lo es la victoria para quienes se niegan a rendirse.

NOTAS:

Principio31

La fe nunca se rinde

¡La fe genuina nunca se rinde! ¿Por qué? Porque la fe divina se basa en la certeza de que Dios siempre tiene la última palabra. La fe no es solo un sentimiento; es la firme certeza de que, por imposibles que parezcan las cosas, las promesas de Dios son verdaderas y su Palabra es inquebrantable.

La verdadera fe nunca se rinde porque Dios nunca falla. Incluso cuando todo está en nuestra contra, cuando todo apunta a la derrota, podemos mantenernos firmes, sabiendo que Dios sigue en control y obrando a nuestro favor.

El poder de la fe en medio de la desesperación

Consideremos al apóstol Pablo por un momento. En 2 Corintios 1:8-10, Pablo relata una ocasión en la que enfrentó una adversidad extrema: «Estábamos tan abrumados, más allá de nuestras fuerzas, que perdimos la esperanza de vivir. De hecho, sentimos que habíamos recibido la sentencia de muerte». Pero entonces viene la poderosa revelación: «Pero eso fue para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios, que resucita a los muertos. Él nos libró de tan mortal peligro, y nos librará. En él hemos puesto nuestra esperanza de que nos librará de nuevo».

Incluso en los momentos más oscuros, cuando parezca que se ha perdido la esperanza, recuerda esto: Dios es quien da vida a la muerte. Cuando todo parece desesperanzado, Dios puede infundir resurrección en nuestras circunstancias. Él siempre está obrando, incluso cuando no podemos verlo, y cumplirá sus promesas, si no te rindes.

La inquebrantable fidelidad de Dios

Hebreos 10:23 nos anima a mantener firme la profesión de nuestra fe sin vacilar (porque fiel es el que prometió). La Palabra de Dios es la verdad suprema: inmutable, inquebrantable y eterna. Las circunstancias pueden cambiar, las opiniones pueden cambiar, pero las promesas de Dios permanecen firmes para siempre. Por lo tanto, sigue declarando la Palabra de Dios con confianza, sabiendo que es la autoridad final. Si sigues confiando en Él, nunca te defraudará.

Así recibió Abraham la promesa de Dios de ser Padre de muchas naciones. (Génesis 17:4) En Romanos 4:20 dice Abraham, *“no dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios.”* ¡La verdadera fe permanece firme, no flaquea, no se da por vencida!

No te desanimes: tu cosecha está cerca

Gálatas 6:9 nos recuerda: «No nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo cosecharemos si no desmayamos». Cuando realmente crees que algo es tuyo, lucharás por conservarlo. Y cuando veas en la Biblia que Dios ya te ha provisto algo, no dejes que el enemigo te lo robe. ¡Mantente firme, resiste al diablo y no te rindas!

Todo lo que busca robar, matar o destruir proviene del enemigo. Hechos 10:38 nos dice que todos los que Jesús sanó estaban oprimidos por el diablo. Pero aquí está la buena noticia: la Biblia nos manda resistir al diablo y sus obras. ¡Eso significa nunca rendirnos, nunca retroceder!

El poder de superar

Efesios 4:27 nos dice que no demos cabida al diablo, mientras que Santiago 4:7 nos anima a: «Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo, y huirá de vosotros». ¡El enemigo no tiene más remedio que retirarse cuando lo resistes con fe!

1 Pedro 5:8-9 presenta un panorama claro: «Vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resistidlo, firmes en la fe, sabiendo que los mismos sufrimientos se están cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo». El diablo no puede devorar a todos, solo a quienes no se mantienen firmes en su fe. ¡Pero ese no tiene por qué ser tú!

Lucas 10:19 nos fortalece con esta promesa: «Miren, les he dado autoridad para hollar serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, y nada les hará daño». No importa cuán aterradora parezca su situación, en Cristo Jesús se les ha dado autoridad sobre todo el poder del enemigo. ¡Así que úsenla con valentía y confianza!

La victoria es tuya: ¡nunca te rindas!

Al igual que los héroes de la fe en la Biblia, quienes enfrentaron leones, incendios e innumerables pruebas, tú también puedes salir ileso si sigues creyendo. Nunca renunciar a tu fe, incluso cuando todo a tu alrededor te grita que te rindas, no es fácil. Pero con Dios como tu Ayudador, ¡es posible! Puedes vencer y recibir las bendiciones reservadas para quienes perseveran.

Declara esto con valentía: Dios nunca se rinde, así que yo nunca dejaré de creer en su Palabra. Tu victoria está asegurada; solo mantén la fe y no te rindas.

Cierre Pensamientos

Vivir una vida que cuente para la eternidad

El objetivo final de cada uno de nosotros debería ser escuchar al Padre decir al final de nuestra vida: "¡Bien hecho, buen siervo y fiel!" (Mateo 25:21). Estas palabras representan el mayor reconocimiento que podríamos recibir, no de los hombres, ni de las instituciones, ni de los sistemas del mundo, sino de Aquel que nos creó, nos redimió y nos llamó a vivir por fe.

Esta afirmación divina significa comprometernos a vivir una vida de fe, confiando en el Señor en todo lo que hacemos, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor y cumpliendo nuestro propósito divino para glorificar a Dios. La vida de fe es emocionante y a la vez desafiante, gratificante y exigente, sobrenatural y práctica. A lo largo de este libro, hemos explorado los principios, las prácticas y el poder de vivir por fe. Para concluir, quiero animarte a que pongas en práctica a diario todo lo aprendido.

Te animo a estudiar estas lecciones repetidamente para que tu fe crezca y termines tu carrera con fuerza. No leas este libro una sola vez y lo dejes en un estante. Regresa a él. Medita en las verdades que hemos abordado. Deja que transformen tu forma de pensar, hablar y vivir. Como dijo Charles Spurgeon: «Con perseverancia, el caracol llegó al arca». Tu camino de fe no se trata de perfección, sino de persistencia, de avanzar paso a paso, día a día, acto de obediencia a acto.

La carrera que tenemos por delante

Todos deberíamos poder decir como el apóstol Pablo: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe» (2 Timoteo 4:7). Observe que la declaración de Pablo contiene tres

elementos cruciales: luchó, terminó la carrera y guardó la fe. Estos no son logros pasivos; requirieron un esfuerzo deliberado y sostenido a lo largo de toda su vida.

Pablo no dijo: «A veces lo intenté». Dijo: «Luché». No dijo: «Empecé la carrera». Dijo: «La terminé». No dijo: «Tuve fe por un tiempo». Dijo: «Mantuve la fe». La vida cristiana no es una carrera de velocidad, sino un maratón que requiere resistencia, disciplina y un compromiso inquebrantable hasta la meta.

Billy Graham reflexionó una vez: «Algún día leerás o escucharás que Billy Graham ha muerto. No creas ni una palabra. Estaré más vivo que ahora. Simplemente habré cambiado de dirección. Habré entrado en la presencia de Dios». Esa es la confianza de alguien que vivió por fe y llegó a la meta con fuerza. Ese también puede ser tu testimonio.

La fe es una lucha

Esta es la realidad que debemos aceptar: la fe es una "batalla". Pablo nos anima a "pelear la buena batalla de la fe" (1 Timoteo 6:12). Fíjense que la llama "la buena batalla". ¿Por qué? Porque es una que estamos destinados a ganar, si mantenemos la fe. Esta no es una batalla con un resultado incierto. Esta no es una batalla donde la victoria esté en duda. Jesús ya aseguró la victoria. Nuestra lucha es simplemente mantener la fe en lo que Él ya ha logrado.

La estrategia del enemigo es robarnos la fe sembrando la duda y la incredulidad. Satanás no necesita destruirte, solo necesita neutralizar tu fe. Si logra que dudes de la Palabra de Dios, cuestiones su bondad o abandones tu confianza en sus promesas, habrá logrado su objetivo. Cuando estos ataques vengan —y vendrán—, debemos

estar listos para contraatacar, aferrándonos firmemente a nuestra fe (Hebreos 4:14).

Smith Wigglesworth declaró: «No me conmueve lo que veo. No me conmueve lo que siento. Solo me conmueve lo que creo». Esa es la postura de quien comprende la lucha de la fe. Tus sentimientos fluctuarán. Tus circunstancias te desafiarán. Tu mente presentará dudas. Pero tu fe debe permanecer anclada en la Palabra inmutable de Dios.

Comprender contra qué luchamos realmente y cómo defender nuestra fe es clave para la victoria. No puedes ganar una batalla si no sabes quién es tu verdadero oponente ni qué armas tienes a tu disposición. Por eso este conocimiento es tan crucial.

¿Estás luchando la batalla equivocada?

Como cristianos, a menudo nos encontramos en medio de batallas, pero muchos desconocen cuál es la verdadera lucha ni cómo participar en ella eficazmente. Nos agotamos librando batallas ya ganadas o luchando contra enemigos que no son nuestros verdaderos adversarios. Es como un soldado que gasta toda su munición disparando a las sombras mientras el verdadero enemigo avanza desapercibido.

Concéntrese en la lucha correcta

Es común escuchar a los creyentes decir que luchan contra el diablo o el pecado. Sin embargo, Jesús ya ganó esas batallas por nosotros. Derrotó al diablo y proveyó la cura para el pecado en la cruz. El verdadero peligro es quedar atrapado en la lucha contra el enemigo equivocado, ya sean otras personas, circunstancias difíciles, síntomas físicos o presiones financieras. Aunque estos puedan

parecer tus enemigos, no son tu batalla principal. La verdadera lucha que enfrentamos es la "buena batalla de la fe".

Joyce Meyer enseña: «No se puede tener una vida positiva y una mente negativa». Muchos creyentes están perdiendo la batalla de la fe no por falta de poder, sino porque se centran en la batalla equivocada. Intentan derrotar a un enemigo ya derrotado en lugar de mantener la victoria ya ganada.

Cuando te sientas abrumado, pregúntate: "¿Estoy luchando la buena batalla de la fe o estoy desperdiciando energía en algo que Dios ya ha resuelto?". Esta simple pregunta puede redirigir tu atención y restaurar tu paz.

El diablo es derrotado

En la cruz, Jesús desarmó y derrotó a Satanás y a todos sus demonios (Colosenses 2:15). Hebreos 2:14 nos dice que, mediante su muerte, Jesús destruyó a «al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo». Esto no está en futuro, sino en pasado. La victoria está asegurada. Mientras el diablo siga activo y rondando como león rugiente (1 Pedro 5:8), no debemos centrarnos en luchar contra él, sino en mantener nuestra fe en la obra consumada de Cristo.

El diablo se aprovecha de quienes carecen de fe, por lo que es crucial fortalecer diariamente nuestro fundamento espiritual a través de la Palabra de Dios. Martín Lutero dijo la famosa frase: «La mejor manera de expulsar al diablo, si no cede a los textos de las Escrituras, es burlarse de él, pues no soporta el desprecio». Lutero comprendió que Satanás no puede oponerse a un creyente que conoce su autoridad en Cristo y se niega a ser intimidado.

Reconoce tu autoridad en Cristo y mantente firme en tu confesión de fe. Jesús te dio autoridad para pisotear serpientes y escorpiones y vencer todo el poder del enemigo (Lucas 10:19). No luchas por la victoria, luchas desde ella. No te dejes distraer por el miedo, la impaciencia ni los pensamientos negativos. Estas son las herramientas del enemigo para desviarte de la fe y llevarte a la incredulidad.

Kenneth Hagin Sr. enseñó: «Puedes tener lo que dices. Puedes escribir tu propio boleto con Dios». Entendía que nuestras palabras, que fluyen de nuestra fe, determinan nuestra experiencia. Cuando el diablo ataque, no discutas con él; simplemente declara la Palabra de Dios y mantente firme en tu fe.

La fe es nuestra victoria

1 Juan 5:4 nos recuerda que nuestra fe es la victoria que vence al mundo. No nuestra fuerza. No nuestra estrategia. No nuestra inteligencia ni nuestros recursos. Nuestra fe es la victoria. Este es el gran secreto que muchos creyentes pasan por alto. Intentan ganar batallas con su propio esfuerzo cuando Dios ya les ha dado el arma de la victoria: la fe en su Palabra y en su obra consumada.

Dios nos llama a vivir por fe (Romanos 1:17), y es la fe la que le agrada (Hebreos 11:6). Nuestra tarea no es obligar a Dios a actuar en nuestro nombre; Jesús ya aseguró nuestra victoria en el Calvario. Nuestra lucha es mantener la fe, con la mirada puesta en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe (Hebreos 12:2).

Andrew Murray escribió: «La ley de la fe es esta: cuanto más trabajamos, más recibimos». La fe no es pasiva, es activa. Obra. Persevera. Se mantiene firme. Declara. Obedece. La fe que no funciona no es fe verdadera.

Tu misión divina

Fuiste creado para un momento como este. Dios no te salvó solo para ocupar un lugar hasta que mueras y vayas al cielo. Te salvó y te llenó de su Espíritu para lograr algo significativo para su reino. Tu vida de fe no se trata solo de recibir bendiciones, sino de convertirte en una bendición. Se trata de impulsar el reino de Dios en la tierra. Se trata de demostrar a un mundo que observa que Dios es real, su Palabra es verdadera y la fe obra.

El mundo necesita creyentes que vivan por fe, no solo que hablen de ella. Necesitan ver una fe que sane a los enfermos, libere a los oprimidos, provea a los pobres, reconcilie a los quebrantados y transforme comunidades. Necesitan ver creyentes que no se derrumben ante la presión, que no entren en pánico en las crisis y que no abandonen sus convicciones cuando se vuelven impopulares.

¿Serás ese creyente? ¿Tomarás los principios que has aprendido en este libro y los pondrás en práctica? ¿Pelearás la buena batalla de la fe hasta escuchar esas hermosas palabras: "Bien hecho"?

El desafío ante ti

Pon en práctica estas lecciones sobre la fe y vive una vida de fe y victoria. No dejes que este libro se convierta en una simple colección de conceptos espirituales. Que se convierta en un manual para una vida victoriosa. Recuerda: la batalla no es contra el diablo ni contra otras personas; se trata de mantener y fortalecer nuestra fe en Cristo. Mantente enfocado en Él. Mantente arraigado en su Palabra. Mantente conectado con su Espíritu.

Rick Warren nos recuerda: «Fuiste creado por Dios y para Dios, y hasta que lo entiendas, la vida no tendrá sentido». Tu camino de fe

cobra sentido cuando comprendes que todo gira en torno a Él: su gloria, su reino, sus propósitos, que se cumplen mediante tu obediencia voluntaria y llena de fe.

Recuerda que la victoria ya es tuya por la fe. No tienes que ganártela, esforzarte por ella ni rogar por ella. Jesús la compró con su sangre y la ofrece gratuitamente a todo el que crea. Tu responsabilidad es simplemente mantenerte firme en la fe, caminar en la fe y vivir por fe hasta que cruces la meta.

Una última palabra

Al cerrar este libro y retomar tu vida diaria, oro para que seas como Josué y Caleb: personas de fe que creyeron en las promesas de Dios a pesar de la abrumadora oposición. Oro para que seas como Abraham, dispuesto a dar un paso de fe incluso cuando el camino no esté claro. Oro para que seas como David, confiado en el poder de Dios para librarte de todo gigante. Oro para que seas como Pablo, decidido a terminar tu carrera y mantener la fe cueste lo que cueste.

La vida de fe es la vida más gratificante, plena e impactante que puedes vivir. Es una vida que importa para la eternidad. Es una vida que glorifica a Dios. Es una vida que marca la diferencia en el mundo. Y es la vida que Dios te llama a abrazar, no algún día, sino hoy.

Así que, ¡levántate, creyente! Ponte la armadura de la fe. Toma el escudo de la fe. Pelea la buena batalla de la fe. Y corre tu carrera con perseverancia, sabiendo que quien comenzó la buena obra en ti será fiel para completarla. Tus mejores días de fe no han quedado atrás, están por venir. ¡Ahora, vívelos!

22 versículos bíblicos poderosos sobre la fe

Romanos 1:17

Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.

Gálatas 3:11

Pero que por la ley nadie se justifica ante Dios es evidente, pues «el justo por la fe vivirá».

Hebreos 10:38

Ahora el justo por la fe vivirá; pero si retrocede, no agrada a mi alma.

Habacuc 2:2

“He aquí el soberbio, cuya alma no es recta; Mas el justo por su fe vivirá.

Romanos 10:17

La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Cristo.

2 Corintios 2:13

Y teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual hablamos,

Hebreos 11:6

Y sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que recompensa a los que le buscan.

Hebreos 11:1

Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.

Santiago 2:19

Crees que Dios es uno; haces bien. ¡Hasta los demonios creen, y tiemblan!

1 Corintios 13:13

Así que ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.

1 Juan 5:4

Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe.

1 Timoteo 6:12

Pelea la buena batalla de la fe. Echa mano de la vida eterna a la que fuiste llamado y de la que hiciste buena profesión ante muchos testigos.

2 Corintios 5:7

Porque por fe andamos, no por vista.

Efesios 2:8

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no es obra vuestra, sino don de Dios.

Efesios 6:16

En toda circunstancia tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.

Gálatas 2:16

Pero sabemos que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, así también nosotros hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe en Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.

Hebreos 12:2

Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.

Santiago 1:6

Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la ola del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra.

Santiago 2:17

Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma.

Lucas 17:5

Los apóstoles dijeron al Señor: «¡Aumenta nuestra fe!»

Marcos 10:52

Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y al instante recobró la vista, y le seguía por el camino.

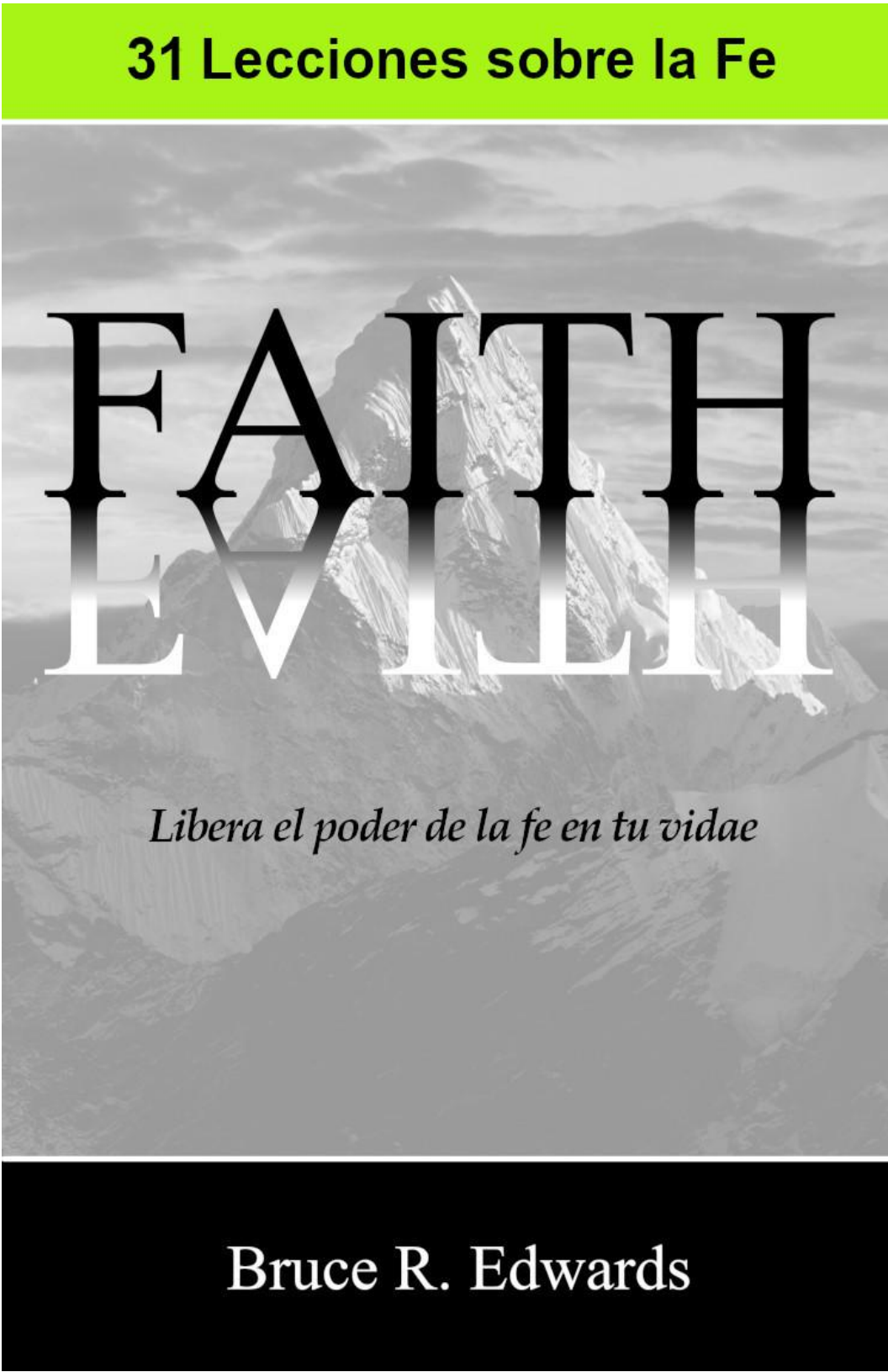
Marcos 11:22

Y Jesús les respondió: Tened fe en Dios.



“Porque por fe vivimos, no por vista.”
– 2 Corintios 5:7

31 Lecciones sobre la Fe



FAITH EVIL

Libera el poder de la fe en tu vida

Bruce R. Edwards